

A close-up portrait of an elderly woman with dark skin, looking directly at the camera with a slight, knowing smile. She is wearing a vibrant orange and green patterned headwrap tied in a large, decorative knot. Her attire includes a yellow garment with green and blue patterns, a white lace collar, and a thick, multi-strand necklace of small brown beads. The background is a textured, mottled grey.

ÁLVARO MONTERROSA-CASTRO

La condesa de Gimaní

LA CONDESA DE GIMANÍ

Álvaro Monterrosa-Castro

LA CONDESA DE GIMANÍ

Álvaro Monterrosa-Castro

La condesa de Gimaní

Primera reimpresión: 2019

ISBN: 978-958-48-6567-0

ISBN eBook: 9788417533922

Impresión bajo demanda

© del texto: Álvaro Monterrosa-Castro ©

Derechos reservados de autor

Ley 23 de 1982

alvaromonterrosa@gmail.com

Realizado el depósito legal.

Diseño y retoque de imagen de portada: Martha Barbosa

Imagen de portada: <https://unsplash.com/photos/aP65qX8Zy38> Estudio
fotográfico del autor: Bellas Artes - Cartagena - Colombia

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a alvaromonterrosa@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ÁLVARO MONTERROSA-CASTRO

Colombiano. Nació el 14 de febrero de 1957 en Cartagena de Indias. ha combinado el ejercicio de la medicina, la docencia y la administración universitaria, la investigación epidemiológica, la indagación histórico/documental y la escritura científica, con la literatura de ficción. Ha escrito dos libros de cuentos: *En el remolino de la fiesta y la catástrofe* y *Me diste lo más dulce del amor y lo más amargo del sufrimiento*. Varios cuentos, relatos, entrevistas y reseñas están publicados en páginas de prensa o en su blog personal. *La condesa de Gimán* es su primera novela en ser publicada, es producto final de una investigación histórica, documental y testimonial, realizada al marco de su proyecto sobre historiografía médica en su ciudad natal. Tiene publicados mas de cien informes finales de investigación en revistas científicas especializadas.

A los estudiantes:
sobre todo, si son dignos de los lauros triunfales con que
los pueblos premian a sus hombres de lucha. En vuestra
sangre va escrita una tradición de dos siglos de sufrimiento.
Vuestro espíritu será la antorcha de la epopeya más grande
del continente, cuando seáis capaces de escribirla. Ustedes
deben recordar forever a otros jóvenes que sean capaces de
promover una gesta que persista por siempre.

Primera parte

Ya es tarde, se va acercando la noche. Siga por aquí, señor forastero. Trae una hermosa boina a rayas de color caramelo y una chaqueta gruesa de líneas blancas y amarillas, con cuello de lana burda, lo que me hace pensar que viene de uno de los polos de la Tierra. Siéntese en esta mecedora de mimbre, a mi lado, y disfrute; olvídense de los afanes y los apremios de todos los días, que tengo mucho que contar y bastantes cosas que mostrar.

Venga, señor que viene a preguntarme sobre este reinado; haga silencio y escuche, no más, que todo comenzó en junio de mil novecientos cuarenta y nueve. En aquellos días yo no era la que actualmente soy. No estoy segura de qué horas serían, pero recuerdo que fue en la mañana, y estaba en la casona de los tres pisos. Sé que, poco antes, había finalizado el ritual de organizar el reguero de cosas que dejaban los muchachos que vivían en la pensión para estudiantes donde trabajaba como empleada doméstica, en la calle de la Dulce Espera, en Cartavieja de las Indias Caribeñas, la más importante ciudad de la comarca de Los Conquistadores, en la región de los Comuneros.

En esa época, yo era la negra Cipriana Salgado Simarra, natural del Palenque de San Bartolo el Basilico, reconocida des-

endiente de esclavos traídos de África y tataranieta del famoso cimarrón Cassiani. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer: ese día cambió de un planazo mi vida, y lo que me rodeaba. Tenía en mis manos el trapero, y secaba el piso del pasillo interno de la tercera planta, mojado por una leve lluvia que cayó de repente.

Acomódese bien en la mecedora. En esos momentos, llegaron varios estudiantes de tercer y cuarto año de la escuela de Medicina. Entraron en tropel, peleándose la delantera. Así eran siempre, aunque perdieran el examen de Anatomía Primera. Mas ese día brillaban diferentes: estaban muy felices, excesivamente contentos, envueltos en sus trajes de lino blanco bien almidonado e impecablemente planchados. Tenían, como siempre, los cabellos engominados con brillantina.

No recuerdo quiénes eran todos los que entraron, ni cuántos, pero sí que en el grupo estaban Israel Maximiliano Trascamocho, Huguito Maganguay, José Vicente del Parnaso, Evelino Montes, Fernandito Segundo Infantes, Manolo-III Bermúdez y Lucrecio Albaricoque.

Realmente, los estudiantes de profesión que vivían en la pensión donde yo trabajaba eran Israel Maximiliano Trascamocho —siempre me pareció que su nombre era largo y difícil, y por ello siempre lo llamé Israel—, y Wilfrido Emerital Trascamocho. Dos hermanos. El primero era el mayor y estudiaba medicina. El segundo, cuatro años menor, se interesaba por la farmacia. Yo conocía a muchos de los jóvenes aspirantes a médicos, porque a esa pensión de la panameña Mimbres Casas del Pilar venía a encontrarse la muchachada para salir a estudiar, y a quemarse las pestañas hasta la madrugada en el parque del Bicentenario; en el portal de los Dulces Lechosos o en el de los Escribanos Católicos; en el parque del Libertador de los Reinos o en las escalinatas de la Casa Oficial de los Locutores, Periodistas y Fotógrafos, según el sitio donde estuviese el libro que tenía el tema a estudiar. Los

escuchaba decir que los libros eran ediciones francesas traducidas al español, que eran muy escasos, y que quienes los poseían se cuidaban de prestarlos por temor a perderlos.

Allí, en mi lugar de trabajo de aquellos días, era donde se preparaban los jóvenes para ir a los bailes de los sábados por la noche, o donde se citaban para posteriormente tomar cerveza, vinillo o ron. Mire usted, señor que viene a preguntarme cosas del reinado de Paola Matilde I: el rinconcito era el comedero popular y nocturno más importante de ese momento. Tenía unas mesas largas y al aire libre, instaladas al anochecer dentro del mercado público, y organizadas y atendidas en persona por Matachín, un maricón querido y respetado. Lo frecuentaban pobres y adinerados, incluidos los personajes más importantes, sin importar que salieran bien trajeados del club Élite. También iban mis muchachos y todos los estudiantes de profesión, a encontrarse con los asados o con el bistec de carne de monte; ya fuese conejo, *guartinaja*, armadillo, venado o ponche. O a comer arroz con camarón o cangrejo.

Israel y sus acompañantes tiraron aquella mañana, en una de las sillas, un manual de Anatomía Patológica, algunos de los seis tomos de la Patología Interna, un tomo del Tratado de Anatomía Humana de Testeu Latarjet, y un reguero de huesos. Recogieron algunas cosas y, tratando de salir al mismo tiempo, se fueron envueltos en un revuelo.

«Se volvieron locos, estos muchachos», dije para mis adentros cuando los vi partir. Hasta pensé que sería que todos aprobaron con buena nota el examen de Anatomía que realizaba el doctor Rivera. Me habían dicho que era el profesor cuchilla de los estudiantes: cumplidor del deber, estricto para calificar y justo. Un señor alto, apuesto, de voz profunda pero paternal, que se sabía a fondo el esqueleto y no había agujero de cualquier hueso humano que no conociera. También me contaron que se delei-

taba girando de un lado a otro uno de los huesos de la cabeza, mientras lo describía con asombrosa precisión.

Me habría gustado conocerlo, pero no, nunca logré verlo ni de lejos.

Uno de mis muchachos se quedó el último. Me miró, y no sé si me vio más cara de pendeja de la que tengo, pero retrocedió un paso para hablarme. Era Israel: delgado, apuesto, espigado, excesivamente serio, aparentemente tímido. Muy riguroso en el estudio, por lo cual siempre figuró entre los mejores alumnos, y quien en más de una ocasión me dijo: «Tengo un miedo inmenso a hacer el ridículo o a quedar mal ante los demás».

¿Escuchó su voz, mi señor visitante? Tengo facilidad para imitar las voces. Ese tono que he usado es el de mi chico, Israel. Va a tener la dicha de escuchar de mis labios las voces de muchos de los participantes en la historia de este reinado.

Le cuento que, aquel día, de forma muy extrovertida, me anunció:

—Vamos a hacer un reinado; será de verdad y se recordará *forever*... Perdona, niñita Cipriana, quise decir “para siempre”. Ya tenemos reina: se llama Paola Matilde. Apréndetelo porque lo oirás continuamente, incluso cuando seas muy viejita y se haya acabado este siglo. Tenemos un palacio real de dos pisos. Queda en la calle Segunda de Zapatillo, en el número 95. Vamos a conformar el Comité Promotor de la candidatura, a constituir numerosas comitivas, y a hacer actividades para que ella tenga muchos, muchos súbditos, y llegue a ser la soberana de todos los estudiantes de la comarca.

»A Paola Matilde la propuso Evelino Montes; ella aceptó, y fuimos a hablar con su papá. Se llama don Simón Filadelfo. Al principio no quería, por los desórdenes y tumultos de los estudiantes, pero insistimos y lo convencimos. Habló con su esposa,

la señora María Regina, y también estuvo de acuerdo. Nos acaban de decir que sí; por lo tanto, serán conocidos como el monarca o rey padre y la reina madre. Los demás miembros de la familia real están contentos.

Cerró la puerta de golpe, se marchó y yo no entendí nada. Pero, dando un puntapié, la volvió a abrir, metió la cabeza entre el marco y la puerta y me dijo, radiante de emoción:

—Tú, negra Cipriana, óyelo bien: de ahora en adelante, ya no vas a ser nunca más ni negra, ni Cipriana. Te vas a llamar Rosalía, nombre de origen latino que significa rosa pequeña. Desde ahora y para siempre, pertenecerás a la alta nobleza, porque el monarca del palacio de la calle Segunda de Zapatillo te ha otorgado nobleza de privilegio, de tipo personal y de forma vitalicia. Estarás por siempre llena de pergaminos y te tendrán respeto. Tendrás sirvientes a tu cargo porque te han designado como la condesa de Gimaní. Se escribe Gimaní, y se pronuncia Yiiiiiiiimaní, como si fueran un montón de letras «i» pegaditas. Y en vez de «Gi» es «Yi».

Siguió diciéndome:

—Recuerda bien que desde ahora eres la condesa de Yiiiiiiiimaní, la noble más ilustrada e inteligente de Cartavieja de las Indias Caribeñas. Siempre estarás ubicada al lado de la reina, pendiente para asistirle en todo. Con tus conocimientos, también serás su asesora. No se te debe olvidar que, en retribución a tus servicios, el monarca y la reina madre te han otorgado la nobleza. Que no se te olvide nunca. Además, esto es para siempre. Eres Rosalía, ya sabes: la más importante, ilustrada en muchos libros y en varias enciclopedias. Debes hacer todo lo que hace una mujer noble.

»Estarás siempre donde debe estar la más importante de las condesas. Ándate, toma tus cosas y preséntate en el palacio real. A los sirvientes, les dices que vas a tomar las riendas: que vas a organizar, manejar y ordenar, porque el Comité Promotor de la

candidatura te envió y es su especial deseo. Además, porque eres de la alta nobleza, ilustrada y conocedora de cómo debe marchar un reino para convertirse en el más próspero de los existentes.

De nuevo, estrelló la puerta y se fue. Yo arrojé por allá el trapero, y creo que por el pasillo se regó el agua jabonosa del balde. Como trastornada, salí corriendo, tomé un atado de ropas que no me sirvió para nada, y bajé de dos en dos los peldaños hasta llegar al portón principal. Salí a la calle de la Dulce Espera y, saltando los charcos, partí veloz hacia mi destino.

Me introduje rápidamente en la aglomeración de gente del parque del Bicentenario, hasta llegar al monumento del cóndor calvo. Recuerde que es el mismo sitio donde se reunían los muchachos. Doblé a la derecha hasta salir del parque y me encontré con el solitario playón del Arroyo, que crucé de varias zancadas al tiempo que esquivaba los charcos.

Atravesé la oxidada carrilera del ferrocarril, divisé al frente y a la derecha la Casa Oficial de los Locutores, Periodistas y Fotógrafos de la comarca, y el edificio blanco de la oficina postal; a la izquierda, el edificio de Teléfonos y Marconigramas. Me adentré por la calle de los Tablones, llegué al final, doblé a la derecha, y en la calle Domingo Sabio pasé frente a los almacenes y tiendas de los turcos. Crucé la esquina, y ya estaba, de veras que en un santiamén, en la calle Segunda de Zapatillo, a escasos metros del parque de los Ilustres Capitanes de Altamar.

Llegué jadeando, con el corazón tan palpitante que casi se me sale por el esfuerzo. Me detuve en la puerta de la casa que me habían indicado. El número 95, forjado en cobre resplandeciente, estaba inscrito en el frontón.

Me disponía a tocar la aldaba cuando, de repente, la puerta se abrió. Sentí que me jalaban con fuerza de la blusa. Me metieron de un empujón en el zaguán largo y de paredes blancas, que poco a poco se fue convirtiendo en un hermoso pasillo que terminaba

en un patio lleno de begonias y trinitarias. Desde allí, divisé un balcón con una balaustrada adornada con helechos finamente cuidados, que parecían danzar alegres en sus cestas de fibra de coco. Todo fue invadido por una luz deslumbrante, acompañada de un eco ensordecedor que me aturdió. Luego, se hizo un silencio que me pareció eterno, y después el sonido intenso y delicioso de un par de trompetas reales que llamaban al orden.

Un heraldo, bellamente vestido con las letras «P» y «M» bordadas en color caoba sobre el corazón, me ordenó proseguir la marcha. Fue el anticipo al bullicio respetuoso de la realeza, la nobleza y la servidumbre del palacio, que me miraban y murmuraban, mientras que yo, sorprendida y extasiada, avanzaba lentamente conociendo salones, corredores y aposentos. Quienes serían mis asistentes se alinearon en fila detrás de mí, hasta que llegamos a una escalera con peldaños recubiertos con baldosas de arabescos, donde se combinaban el amarillo, el rojo y el negro; baldosas preciosas traídas de los lejanos territorios de Ultramar. La escalera se completaba con un pasamano con bolillos de color marfil, cuidadosamente torneados. Peldaño a peldaño, fuimos subiendo hasta descansar en el pasillo del segundo piso, adornado con *bonches* rellenos de color zanahoria, que servía de recibidor a los recintos y habitaciones privadas de la reina y sus familiares.

Señor forastero, que ahora está aquí a mi lado: parecía un sueño mirar desde el balcón hacia el patio interior. En esto, me pareció que me llamaban por mi nuevo nombre, y por el título de nobleza que me habían otorgado. Acicalándome las finas vestimentas con las que estaba ataviada, sin saber en qué momento me había cambiado, y elevando la mano derecha como haciendo un juramento, dije gritando... Pero antes, deje, deje que me levante y me coloque frente a usted, para que se haga una idea precisa de mi presentación. Escuche con atención: «Soy yo, Rosalía, nombre de origen latino que significa rosa pequeña. Soy la noble más bri-

llante, ilustrada e inteligente de la región de los Comuneros, capaz de leer y entender muchos libros. Soy la condesa de Gimání, la noble de confianza de su majestad Paola Matilde I. Soy la persona a cargo del ordenamiento y la pulcritud del palacio real que, para este año santo de mil novecientos cuarenta y nueve, y bajo el patronato de Nuestra Señora Virgen de las Candelarias, está identificado con el número 95 de la calle Segunda de Zapatillo».

Espere, que me siento de nuevo. Todo eso que le he dicho a usted, mi señor, sucedió tal cual, porque ahora, a finales del año tres mil diez, estando en este diciembre empapado por un invierno que más parece un diluvio, ha venido a preguntarme si recordaba algo sobre un reinado estudiantil que se realizó hace mil sesenta y un años. Y yo se lo estoy contando con detalle, porque nada es del pasado o de mentira: todo es actual y verdadero, porque no se ha acabado. Es eterno. Y no crea que viene a desempolvar mi memoria, porque la verdad es que conservo muy frescos todos los instantes, las personas y los acontecimientos, porque los recuerdo a diario; porque he estado aquí siempre; porque compartí con mis muchachos todas las dificultades y los desafíos, y los actos los viví con emoción. Y porque he seguido aquí, eternamente, como me pidió mi muchachito Israel.

Ilustrado caballero andante, yo he vivido todos estos años aquí, cuidándolo todo con dedicación y esmero, porque soy una condesa. He visto cómo fue proclamada una soberana; cómo y cuándo llegó un rey; cómo llegaron y crecieron unos príncipes, y cómo han hecho presencia por estos territorios de la región los nietos y los bisnietos. Créame, de veras créame, que no tengo que hacer ningún esfuerzo por recordar nada, porque todo lo tengo presente. Siempre he estado donde debe estar la ayudante de Su Majestad. Aquí, en estos doce álbumes de tapa roja, marcados y

enumerados, tengo los documentos, los escritos, los recortes de prensa y las fotografías de los acontecimientos del reino.

¡Quietas esas manos, mi señor, quietas esas manos! Perdón por gritarle, que me saltaron las babas y he escupido sus ropas. Se lo puedo mostrar, pero será poquito a poco, mi señor. Nada le puedo dejar tocar, porque tendría el mismo miedo que tenían mis muchachos con los libros de medicina cuando eran estudiantes. No quiero huellas de extraños en mis reliquias, óigalo bien y escuche, porque se lo repito así, con firmeza. No quiero ni siquiera que se les pegue el olor del aliento de los visitantes, ni la mugre que traen con ellos. Las cosas que dejo tocar se las enseñaré en el momento justo. Tenga en cuenta que solo lo permitiré durante el tiempo necesario. Solo yo conozco la verdad, mi señor; la conozco al completo porque, como ya le he dicho, soy la más brillante y con mucha inteligencia.

Ahora, entérese: el miércoles veintidós de junio fue el inicio. Aquel día fue de correndillas, reuniones, deliberaciones y mucho alboroto en el palacio. Pare, pare; guarde ese lápiz, nada de escribir. Solo ver y escuchar, y si se ha traído grabadoras, cámaras fotográficas o equipos para filmar, ni se le ocurra sacarlos porque puede terminar sus días en los calabozos o en el paredón donde fusilamos a los delincuentes. Aquí no se puede fotografiar ni grabar; está totalmente prohibido por decisión de la condesa de Gimaní, que soy yo, mi señor. Yo misma, la que le habla.

Le empecé a decir que aquel día, como asistente de confianza, estaba al mismo tiempo en todos lados para que estuviese el palacio impecable, y las vestimentas de la reina, el monarca, la reina madre, las princesas-hermanas y las doncellas, siempre inmaculadas.

Para que Su Majestad conservase siempre el rostro radiante y fresco, aunque hiciese mucho calor, tenía disponible suficiente cantidad de jabón sin potasa y polvos de harina de arroz refinado

o de trigo veranero, adquiridos en el almacén que funcionaba en el número 82 de la calle del Arzobispado.

Por la noche, quedó conformado el Comité Promotor de la candidatura, siendo todos estudiantes de profesión. Desde ese mismo momento fue conocido como Comité Paolista. Le voy a informar a usted sobre cómo quedó conformado: el presidente fue Evelino Montes. Vicepresidente y segundo vicepresidente, Jorge Urabá y Ascencio Olivar. Wilfrido Emerital Trascamocho, secretario; y Fernandito Segundo Infantes, tesorero. Las funciones de fiscal las asumió Quinto Nicolás. Como vocales, José Vicente del Parnaso, Manolo-III Bermúdez, Efraín Paniza, Lucrecio Albaricoque, Israel Maximiliano Trascamocho, Huguito Maganguey, José María Cardenal de la Tarulla y Julián Marcelino Mina. Los delegados al Comité Central Organizador fueron Manolo-III Bermúdez, Alex Betancourt y Ascencio Olivar. La comisión de prensa la conformaron Agapito del Real y Saúl Álvarez. La comisión de finanzas fue responsabilidad de Lucrecio Albaricoque, Fernandito Segundo Infantes y Quinto Nicolás. Finalmente, para la comisión de protocolo, fueron escogidos Julián Marcelino Mina, Jorge Urabá, Evelino Montes, Lucrecio Albaricoque y Wilfrido Trascamocho.

Cuéntelos con los dedos: son diecisiete muchachitos, estudiantes de profesión. Ellos fueron los fundadores de este reino; es por ellos que estoy aquí sentada, en esta mecedora, contándole con detalle lo que pasó. Ahora, a la salida, llegamos al jardín de los fundadores, que la gente también conoce bajo el nombre de patio de los diecisiete gloriosos marqueses. Puede verlos, cada uno con su escultura ecuestre. Cada año, el último viernes de junio, pareciera que adquirieran vida, porque se mueven. Algunos sonríen, y otros hacen ademanes de cortesía a los visitantes. Esto no lo pueden observar todos, solo los más fervientes súbditos de Su Majestad, que es mi Majestad, y por lo tanto nuestra Majestad.

Sígame el hilo. Inmediatamente, se redactó un edicto con el acompañamiento de las trompetas, para que se escuchara en toda la comarca y en áreas circundantes. Se hizo el primer anuncio de la postulación de la señorita Paola Matilde como Paola Matilde I, aspirante formal a ser la reina y gran soberana de todos los estudiantes de la comarca. Esa misma noche, otros grupos de estudiantes propusieron también a sus candidatas, las señoritas Adela y Avelina.

El jueves veintitrés de junio, mi reina estaba en las ondas radiales. Aunque apenas se iniciaba el certamen, era muchísimo el fervor y la entrega de todos los miembros del palacio real, tanto de caballeros y damas como de la servidumbre. A medida que pasaba el día, continuó creciendo el entusiasmo por la elección de la nueva soberana, que ese año habría de regir los destinos de todos los estudiantes.

Venga, mire: en este álbum de recortes tengo un pedazo del periódico local. Y dice:

Existe gran emoción entre los jóvenes por la realización del concurso. Se nota cómo empiezan las acciones para ganar adeptos para las bellas candidatas, de modo que puedan alcanzar pronto popularidad y favoritismo.

También se señala en ese mismo periódico:

Pese al entusiasmo de las candidatas ya propuestas, y al empuje que mostraban mis muchachos con su Paola Matilde I, otro grupo de estudiantes de Medicina, Derecho, Odontología y Farmacia había estado intercambiando ideas con el fin de presentar otra candidata que se declarase como única.

¡Mire usted, esa *empaná*! Desde el comienzo, tal propuesta no fue bien vista por numerosos estudiantes. Entre nosotros, el entusiasmo fue la mejor prenda para que muchos jóvenes llenos de brío llegaran buscando unirse a la campaña. La *bullaranga* y los vivas que lanzaban salían con fuerza desde muchos lados. En las aulas de la Universidad y en las de los colegios se organizaban las actividades de promoción, y se escribían los manifiestos y las cartas de adhesión.

Señorito mío, era real la fiebre en el desarrollo de los programas, especialmente en el organizado para sustentar el nombre de Paola Matilde I. Para esa noche, nos pusimos las mejores galas. Y yo, por ser la noble de confianza, preparé con premura y mucho cuidado para mi soberana un hermoso vestido color palo de rosa, de seda oriental adornada con encajes y tirantes en organdí. Cuando el gigantesco reloj de péndulo anunció las siete de la tarde, nos preparamos para salir en caravana para asistir a la primera actividad pública de mi reina. Había sido invitada por los directivos de Voces de la Costanera, a las ocho de la noche, en el programa Tribuna Estudiantil, que promocionaban como el informador y paladín más fuerte del certamen de los estudiantes.

La emisora se sintonizaba en los dos mil trescientos setenta HJAR. Estaba dirigida por su propietario, y quedaba en la calle del Arzobispado, frente a la esquina de la catedral, en el segundo piso de la heladería Esquimal, y era la competencia directa de Emisoras del Altiplano. El recinto estaba invadido por estudiantes que se agolpaban por todos lados, y en mitad del inmenso barullo estaba yo. La oratoria inicial para la presentación de la candidata estuvo a cargo del estudiante Julián Marcelino Mina, y de los estudiantes de Medicina Alex Betancourt y mi muchachito Israel. Dijeron palabras que me pusieron la piel de gallina. Estaba extasiada por su capacidad para ser oradores, y por el des-

envolvimiento que estaban teniendo ante los micrófonos frente a tanto público.

A continuación, tomó la palabra mi candidata, quien declaró abierto el debate y señaló el camino que debían seguir sus súbditos para finalizar con el triunfo y su coronación como reina de los estudiantes. A cada rato, sus palabras eran interrumpidas por los vítores, por la algarabía emocionada y por los aplausos delirantes de la multitud. Al finalizar el evento, se anunció que Paola Matilde I asistiría a la corrida de toros del próximo domingo veintiséis de junio en la plazuela del barrio de los Monjes Descalzos. Apenas se hizo el anuncio, el espacio se llenó de vivas. Adultos y jóvenes coreaban: «¡Paola Matilde, Paola Matilde, Paola Matilde!». Y en medio de una salva de aplausos, la comitiva, como si de la cola de un enorme cometa se tratara, fue saliendo del radio-teatro tras los pasos de mi señora.

Y yo allí, a su derecha.

En cuanto salimos de la emisora, nos trasladamos al Instituto Comercial de Señoritas, donde mi reina cursó las siguientes materias: Castellano y ortografía, Mecnografía al tacto, Taquigrafía en español, Correspondencia mercantil, Sistemas modernos de archivo, Códigos y claves, Redacción comercial y Técnicas de oficina... las cuales aprobó con suficiencia. Por ello, le expidieron el diploma de idoneidad como secretaria comercial, y se graduó con honores el ocho de diciembre de mil novecientos cuarenta y ocho.

Desde el comienzo del concurso, ella quiso iniciar sus visitas a los colegios, asistiendo primero a su casa de estudios y acercándose luego a la imagen de la Virgen Niña de la Bondad, que estaba en el pasillo a la entrada de la sala de profesores. Le rezó un avemaría como lo había hecho todos los viernes mientras fue estudiante. Ingresamos al colegio en medio de los aplausos de las

alumnas de ese plantel, que la esperaban con alborozo. Inmediatamente, se dirigió a la imagen tallada en mármol de color terracota, donde estuvo cinco minutos en piadosa oración. Luego, pasamos al salón de actos. Subieron a la tarima y pronunciaron unos entusiastas discursos, jugando a ser magnánimos oradores, los estudiantes Manolo-III Bermúdez y Evelino Montes.

De nuevo, Paola Matilde, haciendo alarde de improvisación, agradeció el homenaje que le brindaba el colegio. Al finalizar la ceremonia, envuelta en la algarabía estudiantil, mi soberana se lanzó de nuevo a la calle. Y yo a su lado, mirando, lista para lo que pudiera necesitar. Atenta al peinado, a que su vestido no se arrugara o se manchara, puesto que para eso estaba yo, Rosalía. Los estudiantes iban tras ella, ruidosos, alucinados y felices. Parecían sumidos en un estado de permanente encantamiento, como jalonados por una bella e inaudible música.

Escuche, señor que viene a preguntar: cuando yo los veía, recordaba unos dibujos que había visto en una de tantas enciclopedias, de los que ilustraban la fábula del Flautista de Hamelín. No me vaya a decir que no sabe qué es una fábula, o que no sabe nada sobre la leyenda de ese flautista, porque de ello no le voy a contar. En cambio sí le ligo que llegamos pronto a nuestro palacio. Se ofreció un cóctel de frutas con ron blanco a todos los asistentes, y la velada se prolongó hasta avanzadas horas de la noche. Los miembros del Comité Paolista brindaban a cada minuto por el éxito. Tengo que reconocer que, esa noche, la candidata estaba radiante, y yo, exhausta.

Temprano en la madrugada se tuvieron noticias de que una nueva candidata había sido lanzada al ruedo: se trataba de la señorita Carolina, la cuarta candidata al certamen.

El nombre de mi reina, estimado visitante, estuvo por primera vez en letras de molde al día siguiente, el veinticuatro de junio.

Escuche, que voy a leer lo que dijo el periodista del *Magazín de la Caligrafía*:

General expectativa existe en los círculos taurinos, por el singular mano a mano del próximo domingo en el coso de La Plazuela. Como es obvio, las mujeres hacen imprescindible su presencia en las corridas de toros. Y para esta ocasión, es apenas lógico que, encontrándonos en pleno desarrollo del reinado estudiantil, asistan las candidatas que cuenten con más adeptos. Ya se han escogido las bellas manolas que, con rigurosos pañolones y atuendos, aportan al espectáculo una nueva atracción. Se han realizado los necesarios preparativos para que dos de las aspirantes, Paola Matilde y Adela, partan plaza el domingo venidero, estando al frente de las cuadrillas de los respectivos matadores.

Sí, mi señor; relájese y escuche, porque para ese día la comunidad cartaviejera de la mitad de ese siglo veinte comenzaba a familiarizarse con el nombre de mi aspirante al trono. Ella estuvo reunida desde bien temprano con su Comité Promotor de la candidatura, organizando tareas y formulando planes. Se recibieron nutridísimas adhesiones de los diferentes colegios, así como la visita de emocionados simpatizantes, entre los cuales se destacó la graciosa figura de doña Amelia, ex reina de los estudiantes de la comarca de años anteriores.

Personalidades importantes del periodismo y de la radio llegaron al palacio de mi bella muchacha a manifestarle su complacencia por tan honrosa designación. Le escuché decir esto a un señor desconocido que llegó muy elegante, vestido con un traje negro con un girasol en la solapa: «El estudiantado, siempre consciente de su responsabilidad con la belleza, hizo bien al escogerla».

También aquel día se designó a los dos empapeladores oficiales, con la misión de pegar y pegar, día y noche, cartelones en

cuanto muro o pared libre encontrasen. Fueron José María Cardenal de la Tarulla, estudiante de Odontología —un jovencuelo largo como un palo de coco, huesudo y de cara amable—, y Fernandito Segundo Infantes, estudiante de Medicina —chiquitico, de lentes gruesos, serio y aplomado, a quien yo siempre le decía: «Ven, chiquito, regálame una sonrisa», y se ponía de todos los colores—. Divinos, mis muchachos.

Cerca de ese mediodía, retiraron de las instalaciones de la litografía Cartelones y Talonarios del Espinal una gran cantidad de hojas volantes y carteles, que en los días siguientes se pegaron por todos lados y se entregaron a los transeúntes. Se ubicaron en tiendas, comercios y almacenes. Pronto, muchos comerciantes también hablaban y se unían al curso del certamen y a la batahola de mis muchachos. Los comerciantes se vinculaban pegando cartelones en las paredes de sus establecimientos, en los mostradores, llenando vitrinas, lanzando vivas y aportando un dinero que se invertía en actividades.

Sepa, mi hidalgo, que el Comité Promotor de la candidatura de Paola Matilde realizó varias publicaciones de arengas, las cuales se entregaban a manos llenas. La primera hacía invitación a los estudiantes a participar, con las siguientes palabras... Escuche, porque voy de nuevo a leer:

Estudiantes, el torneo cívico para escoger a la reina se ha iniciado. La rutina de los libros la vamos a trocar por las dulces sonrisas de las candidatas. Esta, que es una fiesta de hondo regocijo, cuya única arma debe tener por escudo el sentido de la nobleza, será un certamen de cultura que pondrá en alto el nombre del estudiantado de la comarca. Interpretando el sentimiento para los carnavales, ha sido escogida candidata para este año la señorita Paola Matilde, cuyo nombre es un elogio por la fértil sonrisa que nos regalan sus labios; por la intrigante canción de sus ojos se-

ductores; por la euritmia vibrante de su estilo y por su exquisita cultura, ennoblecida por la diosa Minerva.

Siga así, escuche con atención:

Por ello, ha brotado el grito unánime de los estudiantes, los cuales, desde las fibras más recónditas de sus corazones, se aprestan a sacarla adelante en una jornada sin precedentes en los anales de las luchas de los grupos estudiantiles. Paola Matilde será la aspirante que ceñirá con orgullo la corona de la comarca.

Todo fue creciendo de forma acelerada. En las calles y los rincones se hablaba del reinado, de las candidatas, de los carteles o murales, y también se hacían conjeturas. Se fueron vinculando y tomando partido las radiodifusoras, los más importantes medios de comunicación de la época. Aquel viernes, en los estudios de Emisoras del Altiplano, la estación más prestigiosa, de gran sintonía y amplia cobertura en la comarca, fue entrevistada Su Majestad. Anótelos en su cabezota para que no se le olvide.

Estuvo en el programa Reportaje, que se retransmitía de ocho a ocho y cuarenta y cinco de la noche. El locutor y libretista, señor Sebastián del Portal y Arizal, popularmente conocido como Porizal, le hizo la entrevista. Se la voy a resumir para que vea que tengo muy presentes los hechos, y que me los sé de memoria. Si usted es necio y desea comprobarlo, puedo mostrarle la entrevista que está escrita a máquina en este papel que ya se ha vuelto amarillento. Estas fueron las preguntas y las respuestas, con pelos y señales. Voy a modificar la voz para que usted oiga lo que todos escucharon en su día por la radio. Serán tres voces.

Primero, el periodista preguntó:

—¿Qué opina usted de la anulación del matrimonio, dictada por el papa hace unos días?

Mi soberana respondió:

—Me extraña. El matrimonio, como contrato social, es la base fundamental de los pueblos y las naciones. Podría darse una anulación por los motivos siguientes: por falta de bautismo de los cónyuges, por bigamia o segundo matrimonio de uno de ellos, o por cohesión.

Enseguida, llegó la siguiente pregunta:

—¿Está de acuerdo con el voto femenino?

Ella respondió de golpe:

—Sí, porque los derechos civiles no deben tener sexo.

Porizal levantó las cejas, sorprendido por lo directo de la respuesta, y añadió:

—De los intelectuales o políticos actuales, ¿quién la atrae más?

Mi reina mostró un destello de inteligencia cuando contestó:

—Los políticos actuales no me atraen.

De inmediato, otra pregunta la siguió a quemarropa:

—¿Quién es para usted el mejor poeta del momento?

Paola Matilde I sonrió y dijo:

—La lista de poetas es numerosa, y hemos tenido épocas florecientes y otras cargadas de decadencia.

Mire, señor que viene a preguntar: si esa cuestión me la hubiesen planteado a mí, yo habría contestado lo mismo. Mi reina mencionó enseguida a los diez mejores autores de poesía de la región.

Se escucharon unos acordes musicales. Mi reina y el locutor aprovecharon para tomar unos sorbos de agua. Al regresar, el periodista cambió de tema:

—¿Qué artista la fascina más?

Ella le dijo:

—No me fascina ninguno. Seleccionando nombres, me agradan Ingrid Bergman y Rita Hayworth.

La siguiente pregunta fue:

—¿Considera conveniente que el reinado de la belleza sea en vestido de baño, de playa, o en traje de gala?

Sin pestañear, con convencimiento y certeza, Su Majestad señaló:

—En traje de gala, para que la belleza sea sublime.

Luego, una pregunta que era más una propaganda de los programas de la emisora:

—¿Cuál le gusta más?

Ella respondió sin vueltas, mostrando la realidad de lo intelectual:

—De todos, prefiero «Un momento contigo», por la selección de sus poesías.

La pregunta siguiente me llenó de desconcierto:

—¿Deben hacer las mujeres economía en sus vanidades?

Una vez más, ella sonrió. Movi6 las manos batiéndolas en el aire, dibujó una expresión que no comprendí, y constató:

—Las mujeres no entendemos de economía ni conocemos de vanidades. Un capricho puede llegar a ser un mandato. Depende de la forma como se exija.

El locutor, con malicia y un brillo en los ojos, le preguntó:

—¿Ha amado alguna vez?

Ella no se sonrojó; no se sintió vencida ni arrinconada. Lo miró con desafío, con coquetería juvenil, y le dijo:

—Todavía no. Espero el momento para ensayar.

El periodista se puso colorado. Sonrió entre nervioso y desconcertado, y optó por aplaudir.

Con el fondo dado por un tema musical y el aplauso del locutor, mi reina lanzó sin rodeos el siguiente anuncio:

Estudiantes, estoy de nuevo con ustedes, emocionada por las diversas manifestaciones de simpatía. Siento felicidad cada vez que tengo la oportunidad de presentarme ante el generoso

público, el que conforman los estudiantes de mi comarca. No podía ser de otra manera, pues ya no represento un nombre común dentro del conglomerado social sino un conjunto armónico de ideales. Soy portadora de los sentimientos más felices, mejor clasificados y mayormente expresivos de los que se pueda tener noticia. Estudiantes: al dirigirme a ustedes a través de los micrófonos, quiero recordarles de manera enfática el deber en que se encuentran de persistir en la lucha, poniendo todas las energías necesarias al servicio de los ideales de la juventud. Les prometo solemnemente, si la suerte me es favorable, aplicar en mi reino de la alegría un sabio principio democrático: cada uno según su capacidad, cada uno según su necesidad y cada uno según su aspiración. En mi gobierno no habrá antiguos ni nuevos. Soy la candidata de los estudiantes, y por ello mi reinado será el de los estudiantes, sin la más mínima discriminación ni rechazo.

Con bullicio, nos retiramos de los estudios, y mi reina — rodeada por su comitiva de miembros del Comité Paolista, un cortejo de bellísimas damas, unos tiernos pajecitos y por mí, su condesa de confianza— visitó a la señorita Avelina y después a Adela. Las gentiles candidatas nos recibieron emocionadas, y pusieron de manifiesto el espíritu cívico que las animaba en este torneo estudiantil, donde lo más importante era demostrar que el principal tesoro del estudiante es la expresión de elevada cultura y de buen comportamiento.

Escuche el ruido, señor forastero. A esas horas de la noche, se dio a conocer por medio de nuestra comisión de prensa la primera nota de inconformidad del certamen. El boletín se había escrito en una reunión de la tarde, y señalaba textualmente que queríamos hacer público nuestro descontento por haber sido incluido

el nombre de Julián Marcelino Mina, uno de nuestros destacados compañeros, en el comité de una reina distinta. Informamos que Julián solo pertenecía a la candidatura triunfal de mi reina.

Después del programa de radio y de la visita, pasamos una interesante velada en palacio a la que asistieron bellísimas muchachas en representación de los colegios de señoritas, con el fin de crear comités femeninos que complementaran a los masculinos. En esa reunión, la esplendorosa belleza de mi dama, aunada a su proverbial gentileza, fue la nota sobresaliente. Se me ocurrió brindarles una atención especial a las damitas, y ordené que se sirviera chocolate caliente elaborado con pastillas de Chocofán, la marca preferida por los entendidos. Fue servido en una vajilla de cerámica europea con arabescos en altorrelieve. Como acompañamiento, se obsequiaron galletas doraditas hechas con trigo molido, traído de las sabanas del cacique Mucacán, y rociadas con sal marina, lo que las hacía más deliciosas al masticar.

Pasada la medianoche, Evelino Montes anunció que un periódico traía noticias del certamen. Los presentes solicitamos su pronta lectura. Evelino, ceremonioso como siempre, se puso en pie, carraspeó cubriéndose la boca con un pañuelo, y leyó con profundidad. Mi visitante de ojos claros, le advierto que voy a imitar a Evelino, pero solo voy a leer unos fragmentos: «Somos los estudiantes —comenzó—. Nos declaramos orgullosos por haber organizado un reinado hace tres días y por tener cuatro candidatas inscritas, con sus respectivas cortes de oradores. Tenemos un comité en cada esquina, y una flora de manifiestos y proclamas que son obras maestras. Si de algo debemos enorgullecernos, es de nuestra capacidad para reemplazar en la vía pública a los políticos, sobre todo a los jurásicos. Creemos que con este sistema de los comandos individuales, se elimina de una vez por todas la posibilidad de hallar disidencia en el seno de cada comando».

Hubo aplausos. Muchos se miraron entre sí, tratando de buscar al autor de la noticia. Uno de mis muchachos, Huguito Maganguay, aseguró saber quién era el autor. Para alimentar el estado de suspenso, dijo que el escritor militaba en nuestras filas como ferviente servidor de la reina, pero que en ese momento no estaba presente.

El desconcierto fue total; se enunciaron nombres de varios estudiantes, pero ellos mismos desmintieron el señalamiento. Entonces, Huguito dijo que el autor era su amigo, recientemente escritor en ese periódico e integrante del Comité Paolista. Su nombre: Agapito del Real. Todos aplaudimos, y le dimos las gracias. Agapito era uno de los fundadores del reino, de origen guajiro, morenito de piel, ojos intensamente negros y cabello tan sedoso como el pelo de los potrillos árabes. Tenía un cantadito al hablar que todavía recuerdo. Acostumbraba a sacar la punta de la lengua cuando pronunciaba algunas palabras, y adornaba las terminadas en ese con un silbido. Añoro sus camisas floreadas, y su manera de hojear el librito de cuentos de dragones y leones marinos que siempre tenía en la mano derecha, y que me prestó una noche.

Al día siguiente, se decidió que era el momento de ir a visitar a los súbditos. Ojalá hubiese estado usted en la mañana del sábado, cuando mi reina, acompañada por una enorme comitiva, recorrió diferentes colegios femeninos, realizando la presentación formal del programa y solicitando súbditos. En todos los planteles visitados, fue acogida con delirante entusiasmo. Leyó el texto que había escrito en una carta y que me pidió que conservara. Lo escribió con su letra cursiva, rápida y hermosa; letra estilizada a la que había llegado tras esforzarse en largas y exigentes clases de caligrafía.

Señor forastero, abra los ojos y mire bien. Aquí la tengo para que usted la examine. Divina por aquí, bella por acá. Escuche lo que dice el texto. Así como voy a hablar ahora, habló mi reina ese día: «Señoritas alumnas, compañeras. Sumamente honroso es para mí poder saludar a tan distinguidas damas. Mi visita tiene por finalidad invitarlas muy atentamente a que me acompañen, para procurar que este certamen sea un torneo de cultura e inteligencia. Os prometo que, de triunfar, mi reinado será netamente estudiantil, donde será obligatoria la alegría».

Hermoso, mi señor: divina la oratoria y la composición. Gracias por su cumplido, pero de nada le vale. No se la puedo mostrar de nuevo. No quiero que la grasa de las manos, ni las gotas de saliva al hablar ni el sudor de extraños forasteros, impregnen este tesoro maravilloso.

Mi reina también visitó la Universidad, y muchos de los alumnos de las escuelas de Medicina, Derecho, Odontología y Farmacia se reunieron en la biblioteca. Al hacer su entrada, le tributaron una gran ovación. Hicieron uso de la palabra Manolo-III Bermúdez y Quinto Nicolás, quienes destacaron las cualidades físicas y morales de Paola Matilde. Luego, un estudiante se manifestó en nombre de sus compañeros: elogió a mi reina y puntualizó que los estudiantes profesionales estaban, como un solo hombre, alrededor de ella, dispuestos a agotar los esfuerzos para que su consagración y llegada al trono fuera un hecho.

Ella agradeció el homenaje y declaró, una vez más, que haría un reinado netamente estudiantil, donde fuera obligatoria la alegría. Nos dirigimos al colegio departamental, donde se estudiaba el Bachillerato clásico. Fue presentada por el mejor orador de todos, el insuperable declamador Wilfrido Emerital Trasmucho. Al final, pronunció expresivas frases de agradecimiento.

La agitación no acabó ahí. Fuimos a los colegios Fernández Conquistador y Divina Concepción. En el primero, un joven

fernandista, en feliz improvisación, resaltó las virtudes de Paola Matilde I como aspirante al trono. De igual manera, lo hicieron los estudiantes Lucrecio Albaricoque y Saúl Álvarez. Después, la candidata pronunció palabras llenas de ternura para los sostenedores de su nombre.

En el colegio de la Divina Concepción nos recibieron con entusiasmo; allí estudiaban las princesas-hermanas, y fueron las mejores animadoras. Nada más llegar, Julián Marcelino Mina pronunció una bella oración lírica. Hacia las doce del mediodía, bajo un gran sofoco y con un sol brillante en todo lo alto, con la señorita Paola Matilde a la delantera, pusimos rumbo hacia la avenida del Indio Mocaján para realizar una visita a los miembros del Bodegón de los Artistas, quienes nos habían invitado.

Entramos en tan importante caserón, templo de las letras, las pinturas y las letras musicales, en cuyas esculpidas escalinatas los muchachos se reunían de noche para estudiar bajo las corrientes de aire fresco que soplaban de la isla de los Esclavos Chambaculeros, y para favorecerse con la luz amarillenta de los faroles. Un periodista, dándole la mano a Su Majestad, le dijo: «Estas puertas estarán siempre abiertas a la belleza y a la inteligencia». A su lado, un joven de voz gruesa —que llegaría, con los años, a ser un importantísimo hombre de periódicos— le advirtió: «Las puertas del Bodegón de los Artistas estarán abiertas todas las veces para ver, escuchar y contemplar a la mujer que ha robado los palpitantes corazones estudiantiles». Otro señor, calvo, sereno y con un brillo en los ojos, señaló: «Paola Matilde lo merece, porque a su paso majestuoso solo le falta la presencia del manto real y la corona en las sienes».

Esas, entre otras, fueron las expresiones emotivas que se escucharon de los labios de algunas personalidades en tan engalanado lugar. Alguien desconocido para mí dijo en voz alta, tomándole la mano derecha y con un gesto incipiente de genuflexión:

—La Casa Oficial de los Locutores, Periodistas y Fotógrafos, donde tiene sede el gremio de los periodistas, y el Bodegón de los Artistas, sienten especial orgullo por su presencia, y quieren, como muestra de afecto, aprovechar su visita para testimoniarle nuestra admiración.

Se me hizo un nudo en la garganta. Enseguida, un señor de piel morena, miembro directivo del gremio de los periodistas, se puso de pie en el centro del salón. Solicitó con elegancia la palabra y, con acento de compromiso, dijo:

—Nada sería más placentero para nosotros que añadir un grano de arena a la plataforma que se construye para el monumento de la belleza helénica de Paola Matilde I, y que mereciera con justificada razón la exclamación del poeta. Paola Matilde nació reina; nosotros solo vamos a coronarla.

Le entregó como presente una caja de color dorado atada con una cinta verde, que contenía un lapicero de tinta mojada.

«¡Viva Paola Matilde, la futura reina de los estudiantes de la comarca de los Conquistadores!», gritaban los miembros de la comitiva y los súbditos que se habían colado. Esas palabras se gritaban en diversos sitios, a cada rato; incluso yo las gritaba. Al amparo de esa algarabía, hicimos el trayecto de regreso. Los transeúntes, cubiertos por sombreros panamá, nos decían adiós. Sonreían a la jauría de jóvenes que avanzaba feliz y sin inmutarse bajo los candentes rayos solares de ese mediodía.

Para que usted, que viene en diciembre del año tres mil diez a preguntarme cosas sobre mi reina, se convenza de que soy Rosalía, la mejor conocedora de este reino, puedo asegurarle que los habitantes usaban un sombrero tradicional con alas, hecho con hojas de la palmera paja toquilla. Era llamado sombrero de Panamá o simplemente panamá, y también *jipijapa*. A pesar de su nombre, se fabricaban en el Ecuador. Se había generalizado ese apelativo porque los trabajadores que realizaron la construcción

de un canal los utilizaron para protegerse del sol. Espero que esté de acuerdo y no me vaya a decir lo contrario, porque yo, como mujer, tengo el conocimiento de los sucesos y las costumbres de los súbditos de este reino.

Por la tarde, se jugó el clásico de béisbol, el deporte preferido por los cartaviejeros. El equipo del barrio Jaqueyes se enfrentó a los *toleteros* del equipo Indios. Fue una excelente tarde de pelota caliente, que disfrutamos los asistentes al estadio.

Mi reina fue la encargada de hacer el lanzamiento de la primera bola. Fue entrevistada por varias emisoras, y manifestó abiertamente que era fanática del equipo Jaqueyes. Arrancó nutridos aplausos y fue fuertemente avivada por la concurrencia. Se gozó el partido, y gritaba desde la tribuna de sombra a medida que el equipo marcaba su paso hacia el triunfo. El baño de popularidad que se dio mi alteza aquella tarde fue muy importante para sus aspiraciones.

Por otro lado, mi señor, vea que hay hombres que no quieren que el sol brille. Un grupo de estudiantes había constituido lo que bautizaron como Unión Universitaria. Para comunicarlo, enviaron una carta al doctor Arístides de los Santísimos Altares, director del Magazín de la Caligrafía, que la publicó en esa fecha bajo el titular: «El director de este periódico fue nombrado presidente honorario de la Unión Universitaria».

Escuche bien —y cuidadito, que se me duerme—:

El comité, integrado por estudiantes de profesión de la Universidad, ha tenido el honor de designarlo como su presidente honorario. Esta decisión la hemos tomado debido al entusiasmo que siempre han despertado en usted estos certámenes, para el triunfo de la inteligencia y el espíritu. Pese a que varias candidatas han tomado gran vuelo, muchos estudiantes deseamos que

no haya tantas candidatas, y estamos proponiendo que todas se unan y se escoja un solo nombre. En espera de que acepte esta designación, nos suscribimos como sus amigos. Firmado: Unión Universitaria.

¿Se da cuenta, mi señor, de cómo hay gente incómoda y dañina para los programas en esta vida? Lógicamente, dicha publicación generó rumores y causó desconcierto entre los seguidores de las diferentes reinas. Sobre todo, porque al mismo tiempo dijeron en una emisora:

Estudiantes de Medicina, Derecho, Odontología y Farmacia: la Unión Universitaria está desplegando una intensa actividad con el fin de brindar unos carnavales que constituyan un verdadero certamen cultural. Dentro de poco, daremos a conocer el nombre de la única candidata que representará a todos los estudiantes de profesión, a la que ustedes deberán apoyar. Olviden a las demás. Estén alertas. Estudiantes: si queréis brindar un certamen cultural, seguid las normas y consejos de la Unión Universitaria.

¿Había visto usted, en sus numerosos viajes, tal despropósito? ¿Tanto atrevimiento e imposición? Seguro que no. No obstante, debido a la intranquilidad que suscitaba, la decisión que se tomó en nuestro palacio fue la de no prestar atención a esos llamados, y no asumir orientaciones ni instrucciones ajenas. Se ordenó que todo siguiera igual, según lo planeado: mi reina continuaría con su derroche de energía.

Cuando esto fue anunciado, antecedido por la llamada a los súbditos mediante trompetas, la emoción y las ganas de triunfar se incrementaron. Se acuñó una frase que se hizo famosa: «Ante la fanfarronería y los anuncios de individuos ilusos, ¡ac-

tividad paolista presente!». Fue una arenga que propusieron los «Josués», como yo los llamaba: José Vicente del Parnaso y José María Cardenal de la Tarulla. Hicieron unas hojitas con su perorata, de las cuales se repartieron miles. Esos dos, cuando se juntaban a trabajar, eran capaces de detener el sol, como está explicado en la Biblia.

Se les pidió a los simpatizantes de mi reina que no hicieran caso de ninguna información que fuera dañina o ridícula. Usted, que se encuentra ahora delante de mí, dígame: ¿cómo darle credibilidad a un grupo de personas que movía a los estudiantes a participar en un reinado estudiantil, y no tenía ni reina? Y lo peor: pretendía que las reinas ya postuladas y en actividad renunciassen. Dígame qué opina. Dígame, señor que viene a preguntarme si conozco algo del reinado de Paola Matilde. Opine, no se calle. Porque el que calla, otorga. Y si no sabe qué decir, vaya y pregúntele a doña Anastasia del Veillar, para que le enseñe. La encontrará en el tenderete de los mancebos republicanos, al ladito de donde venden la papaya. Si no sabe quién es ella de malas, averigüe, que hoy no estoy para hablar de otras personas.

Mejor volvamos a mi reinado. En respuesta a estos anuncios de radio y prensa, se comenzó a pedir cordura, moral y seriedad. La muchachada quería que la elección tuviera lugar en un ambiente de cordialidad; que todo fuera una fiesta; que las votaciones transcurrieran en calma. En un radio-periódico, el locutor dijo, oiga su voz ronca:

—La cultura ha sido esgrimida como bandera por todas las soberanas. Ellas piden a sus súbditos que sea la base de la lucha. Vencidos o vencedores, deberán conservarla para ejemplo de los compañeros de generación, y para aquellos que apenas despuntan en las actividades estudiantiles. Eso acordaron las candidatas,

y se comprometieron a pronunciarlo en todos sus discursos y alocuciones radiales.

Aquel sábado fue muy caluroso, incluso de noche. Las puertas del palacio estuvieron abiertas, y en todo momento había jóvenes ocupando los pasillos y aposentos. El edificio fue tomado como propio por los estudiantes, así como por residentes de las calles vecinas. Se notaba el furor en la participación. El reinado se estaba convirtiendo en una cosa grande y de trascendencia, en un inmenso carnaval. La gente estaba esperando la fecha señalada, para que cuantiosos votos estuviesen presentes en las urnas.

Las actividades del día concluyeron con actos de adhesión, muchos discursos, mucha oratoria, muchos abrazos, mucha emoción, jolgorio y cánticos, estando los súbditos sentados por doquier. Con cerveza Lunática, maltín de cebada y la espumosa bebida Nevada, acompañamos a los seguidores de mi reina hasta el fin de la madrugada.

El domingo amaneció soleado, muy oportuno. Debe recordar que ese día iba a ser de arena y tendidos.

Tempranito, encontré en uno de los periódicos de aquel veintiséis de junio la publicación: «Un reinado a la moda». Para que se entere de cómo eran las cosas en aquellos años memoriosos, se lo voy a recitar a pie juntillas. Usaré voz de mujer mayor, aunque nunca se supo si aquello fue escrito por un hombre o una mujer. A propósito, ¿sabe qué significa la expresión «a pie juntillas»?

La nota decía, entre otras cosas, lo siguiente —pare orejas, mi señor forastero, que ya estoy de pie—: «Una de las más importantes características de este arrebatado reinado estudiantil, es la forma en que los agitadores están llevando a cabo sus campañas. Sin que ello suponga una crítica al sistema, sino la observación de unos espectadores imparciales, no se puede negar que los estudiantes están aplicando, no ya la técnica antigua, basada en

la belleza y la simpatía —que todas las candidatas poseen prodigamente—, sino la más moderna de la demagogia política. Las aspirantes hablan a su pueblo en encendidas proclamas, buscan la adhesión de la masa estudiantil y combaten decididamente las oligarquías. La modificación de los sistemas obedece al espíritu de la época. Los antiguos reinados, con carrozas floreadas, con alejandrinos musicales y deliciosamente cursis, han quedado atrás junto con los chalecos de fantasía.

»Todavía quedan algunos tradicionalistas que ensayan una perfumada carta, en donde la candidata, desmayándose, queda convertida en catorce versos sentimentales, con la consabida boca de rubí, el irremediable cuello de cisne y la incontenible corona de estrellas. Pero lo que está demostrado es que las candidatas de estos días tienen demasiadas preocupaciones electorales como para demorarse en problemas tan arcaicos como tener manos de azucena. Su electorado no responde igual que el de hace treinta años, y es necesario tocarle una tecla más adecuada al momento histórico. Las distinguidas damas que aspiran, todas con méritos indiscutibles, a regir el estudiantado, prefieren aparecer como representantes del proletariado, enemigas de la vida cara y de los bailes con traje de leva y cuotas desproporcionadas. De no ser así, pasarían a engrosar las tambaleantes filas de las oligarquías, con el consabido fracaso electoral.

»No hay en este certamen versos crepusculares: hay discursos contra el champán francés y contra los automóviles convertibles. No hay carrozas con azucenas de Quito, pero hay suficientes energías como para empapelar las calles con cartelones de batalla. No hay, finalmente, un cantor de la corte armado con un anémico lírico, pero hay un atlético lugarteniente que hace todas las diligencias a la vez, escribe las proclamas, improvisa un discurso en cada esquina y, por la noche, tiene ánimos suficientes como para bailar en un torneo de resistencia. El reinado estudiantil que

se está efectuando demuestra, por lo menos, que la generación de posguerra es una gente realista y práctica. Y está muy bien que así sea».

Deje que me siente de nuevo en mi mecedora de mimbre. Fueron unas bellas palabras que me enseñaron cosas, difíciles de leer y de entender a la primera; no niego que tuve que buscar varias veces en el diccionario para aumentar mi entendimiento, y poder repetirlo con seguridad. Esto forma parte de mis atribuciones.

Yo estaba dichosa con mis responsabilidades como dama de confianza. Tenía el más estricto control: no se hacía nada que yo no hubiese ordenado, ni se cambiaba nada de lugar sin mi consentimiento. Lo que se gastaba, estaba estrictamente calculado por mí. Con solo mover un dedo, la servidumbre actuaba de inmediato y cumplían sin titubear mis órdenes. «Es delicioso mandar», me dijo una vez Evelino Montes, y soltó una carcajada.

El jolgorio del reinado se fue agigantando, y conquistó las calles usualmente tranquilas y desoladas. Se fue alterando cada vez más y más la paz de las callejuelas empedradas, con tanto corre, ve y dile. La bulla de los agitadores rompió la parsimonia de los transeúntes que, al mediodía, bajo el sol brillante, marchaban desde sus sitios de trabajo a sus casas para hacer la siesta. En las paredes de los caserones abandonados se pegaban, a cada hora, cartelones de las distintas candidatas.

En medio de ese ventarrón, muchos se manifestaban en contra de la batahola de ese comité sin reina llamado Unión Universitaria, que seguía haciendo escándalo. Esa propuesta fue considerada descabellada y sin posibilidades; muchos no la tenían en cuenta, pero causaba desvelos. La realidad era que en varias candidaturas, incluida la de Paola Matilde I, muy pocas personas estaban dispuestas a renunciar a sus reinas y dejarse llevar por la ventolera de una Unión que nada decía y nada significaba. Nadie

quería esas uniones ficticias, y todos consideraban a su reina como la primera.

Es más, mi señor: nunca se supo quiénes fueron los estudiantes que crearon ese fantasma. Seguro que chicos perversos o inadaptados, pues de todo se ve en la viña del Señor. Apreciado forastero, ¿en su país queda la viña del Señor, sabe dónde se encuentra? Por aquí es muy comentada, pero nadie sabe dónde queda ni cómo se va hasta ella.

Ante la indiferencia de la gente hacia su propuesta, la Unión mandó una segunda carta al Magazín de la Caligrafía, la cual fue publicada al día siguiente. Y decía —escuche esta voz de fantasma de ultratumba—: «Por todos los medios a nuestro alcance, hemos trabajado para tratar de presentar este año un certamen cultural con un propósito verdaderamente justificativo, para volver por los fueros de la Universidad, cuyo nombre muy ilustre ha sufrido un desmedro por causas muy conocidas. En efecto, organizamos un comité que hemos llamado Unión Universitaria, compuesto única y exclusivamente por estudiantes de profesión, cuyo fin primordial era darle un carácter de seriedad y altura a la fiesta estudiantil próxima a desarrollarse, en las postrimerías del mes de julio. Hemos tratado de formalizar un cambio en la vida universitaria, y hacer algo digno de los muchachos que hacen su travesía por los claustros.

»Este movimiento estaba fundamentado en la experiencia que, de otros años, había quedado en cuanto a estos torneos. Para nosotros, el marco de las aspiraciones de los universitarios es hacer un reinado estudiantil de grandes proporciones, por lo que decidimos lanzar candidata única. Hicimos lo imposible por conseguir la aceptación de una señorita. Sin embargo, todas se negaron.

»Al no ser comprendidos por dichas damas ni por la ciudadanía, que en esta ocasión se mostró por debajo de las aspiracio-

nes de los estudiantes, hemos resuelto retirarnos definitivamente del torneo, y hemos dejado constancia de que no participaremos de ninguna manera en señal de protesta por el vacío que se nos ha hecho».

¿Cómo te quedó el ojo, mi señor? Ni nombres, ni nada. Nunca se pudo averiguar la identidad de los involucrados. Cuando esa carta fue del conocimiento general, en muchas candidaturas estalló la euforia. En nuestro palacio, la nobleza y los súbditos paolistas nos expresamos con alborozo. Los miembros del Comité Promotor brindaron con soda, jugo de néctar y cerveza. Con emoción, nos preparamos para asistir al festejo taurino que se avecinaba. Y prepárese, mi señor, pues oírás todas las palabras que conozco del arte y ciencia del toreo. Recuerde que soy ilustradísima. No se burle ni ponga esa mofa en su cara. Y ¡olé!

Por la tarde, estuvimos eufóricos y contentos, llenos del más puro sentimiento taurino y apretujados en los tendidos de sombra de la plaza de toros. En la comitiva de mi reina, la manzanilla estuvo disponible en cantidades suficientes. Los miembros del Comité Paolista acordaron uniformarse con pantalón negro, boina roja y camisa, terciada al pecho una bota de vino de piel de cabra, llena de la dorada y espumosa manzanilla. Se veían muy coquetos, mis muchachos, y en una de esas fue que tomé mi pañolón —que había preparado como si fuera el capote de los toreros—, y les dije: «A ver quién es el que mejor embiste, de estos pulcros chavales».

A la hora anunciada dio comienzo el espectáculo taurino. Al hacerse el paseíllo hubo un enorme entusiasmo. Los dos espadas atravesaron la arena acompañados por dos de las distinguidas candidatas al reinado estudiantil. Una era mi Paola Matilde, quien, radiante de belleza, recorrió la plaza ataviada con un típico traje andaluz compuesto por un sombrero sevillano, una camisa

blanca jareta con cuello y una chaqueta de cartujano con pantalón a la medida. Anduvo con singular gracia y donaire, mientras el respetable aplaudía desde los tendidos.

Con paso lento, femenino y hasta muy torero, fue realizando el despeje de la plaza. Los espectadores la ovacionaban delirantemente. Ella, como dulce candidata que era, correspondió a las muestras de simpatía lanzando besos. Luego, subió al palco de honor, que había sido artísticamente decorado por la empresa de la corrida. Sus adeptos, y entre ellos los miembros de su nobleza, nos sentíamos en la gloria en medio del bullicio de aquella tarde que presagiaba importantes hazañas.

Finalizado el paseíllo, mi reina se hizo una foto con los toreros que alternaban en la tarde, y con dos de los banderilleros. Mírelas aquí; véala, muy torera, a mi muchachita.

Ya en los tendidos, se hizo acompañar por un abanico pericón que agitaba en el aire con salero. ¿Usted tiene salero, mi señor? ¿Cree que yo lo tengo? Era un abanico de fino encaje en su varillaje, de país floreado y ribete pintado en altorrelieve. El abanico de mano fue el adorno de primor y el mensajero del amor, que ella utilizó con feminidad para ocultar a ratos y con sensualidad su sonrisa. Otras veces, al deslizarlo con suavidad por su mejilla, lanzó mensajes que solo uno de los presentes podía descifrar. Ellos no previeron que yo los podía sorprender, y entender los mensajes que iban y venían.

Señor que viene a preguntar, sepa que ese día yo lo sospeché, porque soy aristócrata de confianza y estoy al tiempo mirando y oliendo los lugares, y sé lo que puede llegar a suceder. Por eso, pude descifrar las señas, los cánticos de pajarito, las miradas, los gestos, los mensajes... y decir para mis adentros: «Vaya, vaya. Cómo van de rápido los muchachitos, veloces esos palomitos. Ya me huele a amores; ya están presentes los vientos clandestinos entre mi reina y uno de los miembros del Comité Paolista».

Aquella tarde, sentí el aroma del amor en el aire de la plaza de toros. Y sepa, señor forastero, que no es chisme: no me gusta el chisme, no soy chismosa, pero de veras que ello me entretiene. Déjeme reírme, por favor; déjeme que goce trayendo a mi boca lo que estos ojos vieron, lo que sentí y viví en mi corazón, en aquella inolvidable tarde de toreo y de amores agazapados.

Mirándolo bien, mi señor, creo que usted tiene perfil de novillero. No sé si lo habrá sido en su juventud, pero déjeme decirle que los toreros cambiaron la capa por el percal. El Niño del Relicario Dorado estuvo vestido de obispo y oro, mientras que Danzarín Moreno lució un traje de luces color rosa. Ambos se lanzaron por turnos al ruedo, y desarrollaron una majestuosa labor.

Fue un buen encierro de la ganadería Lluvias Plateadas, y así tenía que ser, ya que se esperaba que don Carlos Limonar diera la nota culminante de la tarde, al enviar a la plaza un encierro con excelente peso y adecuada edad. El triunfador de la jornada fue el diestro Danzarín Moreno, quien, al igual que su alternante, derrochó voluntad y decisión. En su segundo en suerte, luego de torear con maestría, templanza y belleza, dio un hermoso estocón en todo lo alto que fue premiado con dos orejas.

Al final, salió a hombros de los aficionados, siendo paseado por las calles del barrio de los Monjes Descalzos por una muchedumbre entusiasmada. A la par del éxito taurino, entre las expresiones de «olé, olé, olé», se gritaban vivas a Paola Matilde I. No eran solo los estudiantes los que pronunciaban su nombre: la comunidad entera se plegaba ante ella. El triunfo alcanzado por mi reina no tenía precedentes en la historia de los carnavales estudiantiles. Largos años pasarían para que mujer alguna pudiera electrizar a un público como lo hizo Su Majestad.

Ella estuvo maravillosa, aquella tarde. A mí no me cabía la dicha en el pecho; ojalá pudiera haberme visto en un espejo, pues

debía de estar inflada, y no de aire, mi señor, no de aire. Tuvo que ser de mi propia grandeza, no me apena reconocerlo. El público taurino pudo disfrutar de sol, arena y sangre; fue la cuarta corrida de la temporada y la mejor. Los elementos se confabularon para que el arte luciera con hermosura. La corrida estuvo pomposa y auténtica; los aficionados que no asistieron debieron dolerse, ya que se perdieron una tarde en la que tuvimos de lo uno y de lo otro: reinas y toros.

El veintisiete de junio, Paola Matilde I se trasladó a la avenida del Prócer Caído en compañía de una comitiva integrada por bellas damitas, estudiantes de diversos colegios, así como por los miembros del Comité Promotor de su candidatura. Ya estaban esperándola los estudiantes de los colegios San Pedro Claveriano y San Bautista Educador, que la ovacionaron con el mayor entusiasmo.

José Vicente del Parnaso hizo la presentación de la candidata en una magnífica improvisación que le mereció muchos aplausos. En mitad de los vivos, subió a la tribuna el estudiante claveriano Lázaro Meza, que hizo elogio a la candidata con hermosas frases. Enseguida, Julián Marcelino Mina destacó las virtudes de la soberana. Ella subió a la tribuna y agradeció el homenaje que se le hacía, no sin antes invitar a sus simpatizantes a la lucha franca, noble y sin tregua, para el beneficio de la cultura.

Durante el día, el palacio fue visitado por alumnos de las escuelas profesionales, que invadieron las oficinas en busca de las boletas para asistir a la primera fiesta que, en honor a mi reina, se anunciaba para el día siguiente.

Ordené que unos sirvientes los alinearán en tres filas para que, con prontitud y orden, pudieran adquirir sus entradas. En las horas de la noche, Paola Matilde I, por invitación de Emisoras del Altiplano, asistió a un programa especial ofrecido a las diver-

sas candidatas. Los locutores, con vibrantes palabras, dedicaron elogios a las competidoras y las felicitaron por la dinámica que habían emprendido, y por la rapidez con que adelantaban sus actividades.

Una vez finalizado el programa, regresamos al palacio en medio de un delirio que acabó con la tranquilidad de la calle Sargento Descabezado. Al llegar al parque de los Ilustres Capitanes de Altamar, los residentes salieron llevando tambores, gaitas, cantadoras y bailadoras. Se mezclaron con la turba feliz: cantaron, bailaron, gritaron vivas y se produjo un carnaval que me recordó los antiquísimos cabildos de negros que me describía mi abuela; los mismos que disfruté de niña y que, siendo adulta, supe que se celebraban en los extramuros de la ciudad, especialmente en el barrio de Gimaní.

Sepa usted que del nombre de esa barriada de negros surgió la palabra de mi designación de nobleza, que tuvo a bien asignarme de forma vitalicia, personal e intransferible el rey de estos territorios, para que le sirviese a Paola Matilde I con dedicación.

Tras muchos minutos de juerga, llegamos al palacio. Allí, como era de esperar, también había estudiantes sonrientes que deseaban coronar a su soberana. El agasajo y las atenciones se prolongaron hasta horas avanzadas. Yo había ordenado preparar un vino artesanal y fermentado de corozo, una fruta roja, exótica y pequeña que solo se produce en estos territorios. La bebida fue señalada como exquisito manjar de reyes.

Evelino Montes, víctima de los estragos de tan dulce néctar, hizo circular la versión de que él, en persona, les había robado la receta a los dioses, y que ese líquido rojo era la esencia de la sangre de la doncella más hermosa de la historia. Era el bebedizo del cual se derivaban todas las sodas, vinillos y cervezas presentes en el planeta. Esa madrugada bebimos con placer el jugo de corozo hasta que nos hizo hervir la sangre. Fue en medio de

brindis y copas cuando la vi por primera vez: me refiero a la jovencita Carmiña Perfecta del Sóleo, la estudiante de Enfermería, la del cabellito ensortijado, siempre bien arreglado y *coposo* como un arbusto de cayena cuidadosamente podado. Observé cuán servicial y atenta colaboraba repartiendo la bebida, siempre sonriente, alegre y dichosa. Desde aquel día la vi en todos los eventos; aparecía en las ceremonias y en los agasajos, dispuesta a atenderlos a todos. Tan querida, mi jovencita.

Escuche usted, señor que viene a preguntar: puedo asegurarle que las risas y los festejos acompañaban siempre al disfrute de la bebida de esos muchachos. Si duda de lo que le cuento, puede llamar por teléfono a Eliseo Membrillal, uno de los estudiantes de Medicina que estuvo siempre presente en las actividades — aunque no formó parte de los diecisiete fundadores —, para que también le cuente. Podrá verificar que no miento, que todo es real. Escuche con atención a mi gordito Membrillal, que hoy en día vive en unas tierras llamadas Calima, muy alejadas de aquí. Llámelo, llámelo y pregúntele.

Ambos, Carmiña y Eliseo, fueron dos jovencitos que, al igual que muchos, se sumaron al comité y se convirtieron en súbditos de mi reina. Aprovecho este momento para asegurarle, señor, que yo, Rosalía, para nada me cansaba de tanto ajetreo. Toda la queridísima Cartavieja estaba envuelta en un bello ambiente, liberador y festivo, causado por este reinado estudiantil; el que viví, el que sigo viviendo a diario.

Para entonces, la ciudad era un poblado rebosante de esa tranquilidad heredada de la época colonial, con callejuelas descoloridas tras años de pestes e invasiones de ejércitos. Retenía el aroma a flor de jazmín en los atardeceres, después de muchas horas de sol ardiente y de calor asfixiante. Los residentes estaban orgullosos de su universidad, el centro de estudios que atraía a los jóvenes de la costa norte del continente. Albergaba en su seno

un colegio de Bachillerato, además de la escuela de Medicina con su anexo de Enfermería, y las escuelas de Derecho, Odontología y Farmacia.

Además, sin ser todavía una reconocida urbe, muchos soñaban esperanzados y querían verla como una preciosa ciudad. Como la joya que brilló en el mar para dicha de los filibusteros, que venían por sus riquezas. Esos rufianes, todavía hoy, vienen con piel de lobo o cara de gallina para apoderarse de las joyas de mi reina. Pero yo estoy atenta para defenderlas. Espero que usted, señor, no sea uno de ellos, porque se las verá conmigo y con la fortaleza defensiva de este reino.

El martes veintiocho, muy temprano, Paola Matilde I escribió en papel mantequilla dos hermosísimas cartas dirigidas a los estudiantes de los colegios San Pedro Claveriano y San Bautista Educador. Yo, en persona, fui antes de las diez a los dos centros y se las entregué a los miembros de los comités.

El mensaje decía, oiga de nuevo —aprovéchese, que voy a entonar como lo hacía mi reina—:

Estudiantes de los colegios San Pedro Claveriano y San Bautista Educador: una gran emoción embarga mi espíritu ante la efusiva recepción que me habéis dispensado. Resulta indudable que, con soldados caballerosos y gentiles como vosotros, las fuerzas renacen, los deseos de lucha se multiplican y se purifica todavía más el idealismo. Espero que vosotros, quijotes modernos, impulsados por la briosa juventud, realicéis gestas hasta conseguir para mi bandera el laurel de la victoria. Mi triunfo será el triunfo de los soldados que sois. Nuevamente, os prometo que en mi reinado imperará la alegría, y que será netamente estudiantil. Por ahora, solo os digo ¡hurra! ¡A la victoria! Viva el Colegio de San Pedro Claveriano, viva el Colegio de San Bautista Educador.

El Magazín de la Caligrafía de esa fecha revivió los hechos, resumiendo los eventos de la semana anterior. Aunque ya se lo he descrito con detalle, se lo repito para que lo recuerde con claridad. Aquel periodista dijo: «Las candidatas al reinado visitan los planteles de educación». En relación con mi reina, recalcó que había generado mucho entusiasmo en todos los círculos sociales. No dejó de anotar que las actividades de nuestra candidata estaban adornadas con la más exquisita cultura, gracias a que el Comité Paolista enarbolaba las armas de la inteligencia y el espíritu. Dio importancia al apoyo que mi soberana recibía de Voces de la Costanera y Emisoras del Altiplano, para que conquistase adeptos. También hizo notar que se hacía acompañar de un largo cortejo de bellísimas damas, y de un nutrido grupo de varoniles seguidores, quienes, durante su recorrido por las calles, la aclamaban efusivamente. ¿Se fija usted, estimado visitante, en cómo iban creciendo las cosas?

Estábamos comentando con regocijo durante el almuerzo este favorable despliegue, cuando un mensajero arribó trayendo una carta en papel finísimo con membrete de la Rectoría de la Universidad, fechada ese mismo día. Aquella carta incrementó nuestra felicidad. Textualmente, exponía que:

Los miembros del centro de estudios Hijos de Galeno, alumnos de segundo año de Medicina, hemos tenido conocimiento de que un grupo de estudiantes conscientes y que dan sin egoísmo valor al mérito, han lanzado su nombre como candidata al próximo reinado estudiantil. Mas, como esta postulación entraña un reconocimiento a sus múltiples cualidades personales, constituye para nosotros motivo de gran satisfacción presentar nuestros respetos a la admiración de que ha sido objeto. Reciba usted la expresión de nuestros sentimientos y

consideraciones más distinguidas, junto con los más fervientes votos de simpatía, porque el certamen que se llevará a cabo estará colmado para usted de felicidad y progreso.

Llovían cartas y marconigramas, mi señor; muchos querían ser paolistas.

Hubo mucha agitación durante todo el día, organizando los detalles para que la noche fuese espectacular. Como anticipo al día festivo, se programó un suntuoso baile en honor a nuestra candidata en los salones del majestuoso palacio de la calle Segunda de Zapatillo, lo que venía a ser el primer baile de mi señora. Decidimos establecer un precio especial para los estudiantes, y la boletería se agotó muy pronto.

Por la noche, el palacio estuvo lleno a reventar: se presentaron numerosos muchachos de todos los colegios y amigos que respaldaban el nombre de mi reina. El baile fue amenizado por la orquesta Melodía, una de las mejores agrupaciones musicales de por aquí. A esa primera fiesta acudieron como invitados los directores de los periódicos escritos y los boletines. Hubo derroche de alegría y distinción, en medio de *porros*, *guarachas* y boleros. Los *porros* de moda eran los más apetecidos, y cuando los clarinetes de la orquesta anunciaban los primeros compases, todos se lanzaban como catapultados hacia la pista de baile. No se presentó ninguna nota discordante que empañara el exquisito ambiente festivo, pues en todo momento reinó la mayor cordialidad.

Tengo que recalcar que fue un baile lleno de alegría y corrección. Cercana ya la medianoche, se hizo un brindis. Y fue entonces cuando Evelino Montes, con el cerebro envuelto en el vinillo, pronunció la que sería una de sus frases inolvidables: «Que la alegría se reparta a todos los estudiantes en copas de cristal».

Voy a pedirle un favor, mi señorito: que repita de pueblo en pueblo, de reino en reino, que mis muchachos pronunciaban

frases célebres desde muy jovencitos. No lo olvide y repítalo, hágame el favor.

Mientras aplaudíamos a Evelino, las alumnas internas de la Escuela Docente de Señoritas dieron una nota sobresaliente: brindaron un espectáculo de danzas típicas que fue muy elogiado, calificado como hermoso detalle y fino gesto de compañerismo. En ese cuadro maravilloso resaltaba la figura de la anfitriona, quien deleitó con exquisita conversación a los concurrentes, que no sabían qué admirar más: si su belleza, su inteligencia o su cultura. Ante ella se desbordó el ingenio estudiantil. Hubo una sesión de versos y discursos que fue grabada y, días después, difundida por Voces de la Costanera.

También hubo ocasión de rechazar un aviso publicado en los periódicos de ese día, que causó extrañeza, preocupación y hasta desconcierto. Hicimos circular la recomendación de no prestar atención a estas manifestaciones. El condenado aviso tenía la intención de ser una gran mancha dentro de la pulcritud del evento y enturbiar el ambiente del certamen.

En dicho mensaje, los autoproclamados miembros de la Vieja Guardia estudiantil, regodeándose en sus victorias anteriores que coronaron a las señoritas Joselina, Marilourdes y Amelia, hoy ex-reinas, recomendaban a sus amigos que se abstuvieran de apoyar a cualquiera de las gentiles candidatas que habían sido lanzadas. Se mostraban en contra de la inclusión de sus nombres en los comités de algunas candidatas; anunciaban un próximo llamamiento a la victoria con el nombre de una nueva aspirante, e informaban de que, en la mañana del mismo día, habían designado un comité para coordinar las elecciones. Otros incómodos, estimado forastero, y es que se encuentran por todos los lugares. Pero no se disguste: los hombres están hechos de esa manera.

Disfrute de estos relatos para que cuente que, a pesar de la nota oscura que acabo de relatarle, la ciudad era un ejemplo de

festival. Mientras mi reina estaba en su espléndida fiesta, y yo pendiente hasta de los más mínimos detalles, en las comitivas de las otras candidatas también hubo celebraciones. Me informaron que Avelina I ofreció a sus partidarios un baile en los elegantes salones del Club Náutico, que empezó a las nueve en punto con un vals que bailó con don Antonio del Muñoz, miembro de su comité, y que se alargó hasta las dos de la madrugada sin el menor incidente. Allí presentes, algunos estudiantes de Medicina de sexto año se adhirieron a su campaña.

El miércoles veintinueve de junio fue festivo: la celebración conjunta de san Pedro y san Pablo, la conmemoración del martirio en Roma de los apóstoles Simón Pedro y Pablo de Tarso. Nos habíamos acostado muy entrada la madrugada, pocas horas después de finalizado el baile. Pero a medio salir el sol, me levanté para disponer del reguero y organizar a la servidumbre para recoger aquí, colocar allá, alzar cosas, correr cortinas, limpiar, asear y dejar todo lustroso y brillante.

Temprano, llegó también la prensa, y traía noticias frescas del certamen. Al abrir las páginas me detuve en la siguiente nota periodística. Mírela aquí. Aguarde, mi divino forastero. No, no, nada de tocar. Escuche que se la voy a leer, y no pierda detalle, pues no repito cosas: «Los estudiantes están demostrando que, en cuestiones electorales, han aprendido bien la lección. El primer período de agitación, con algo más de cinco candidatas distinguidas, en el cual lo que sobró no fueron tanto las candidatas como la elocuencia, terminó anoche con un succulento hartazgo de ritmos populares, como suelen hacerlo los políticos. No todo puede ser fatiga de plaza pública y exhibición de tribuna; es necesario también ejercitar las piernas, mover el esqueleto después de haber ejercitado la inteligencia, para lograr un equi-

librio que, después de todo, a nada conviene tanto como al esplendor del certamen.

»Por eso, los estudiantes resolvieron bailar sin parar. Y de verdad que lo hicieron suntuosamente, en medio de una atmósfera de júbilo y simpatía que ya querrían para sí otros actos del mismo gremio. El presente reinado estudiantil está ofreciendo gratísimas sorpresas. Hasta el momento, todo parece marchar normalmente y en orden en medio del bullicio que espanta a cada rato a las palomas de las casonas antiquísimas. Quienes temimos que la pluralidad de candidatas fuera a terminar con una batalla entre partidarios exaltados —como esas que, para desgracia de nuestro buen nombre, han tenido lugar en años anteriores—, vamos a sentirnos satisfechos de seguir el certamen como hasta ahora. Estamos retornando a los antiguos tiempos, que no por pasados de moda fueron menos esplendorosos.

»El síntoma es halagador, desde luego. Tiene que serlo en una población que se hapreciado siempre de una sólida atmósfera cultural. San Pedro y san Pablo tendrán un día poco agitado. Declarada la tregua por los estudiantes que amanecieron con un explicable cansancio, no ya propiamente mental, el día será tranquilo y los transeúntes podrán salir sin temor de regresar a casa con más gallardetes y banderas en el ojal y menor presupuesto en el monedero. Pero será solo un día; el martes regresarán las manifestaciones. Como dice el poeta, volverán las golondrinas... aunque quizá no tan oscuras.

»El martes volverán los discursos y los asaltos de damas emperifolladas que, armadas con sonrisas, declamando versos, haciendo llamadas a los dioses del Olimpo o con los argumentos de libertad que expusieron los generalísimos de la independencia, reclamarán acompañamiento y resonantes monedas a los distraídos transeúntes, o a los gentiles mercaderes. Los devotos de

san Pedro y san Pablo pueden estar seguros de que el milagro del día de tregua se ha cumplido».

Pero no hubo tregua estudiantil, compañero de conversación. O no fue como la anticipó el periodista. Porque, aunque algunos se marcharon llenos de cansancio y de ron, en cuanto escucharon cantar a los gallos, muchos regresaron pronto o vinieron otros, y se acomodaron en los aposentos del palacio. Desde muy temprano había jóvenes en los corredores e incluso en el balcón. Los vecinos despertaron sobresaltados; las mujeres decían tener a Jesús en la boca. No se había acabado un alboroto cuando aparecía otro.

Por la intensidad del ruido, era como en las épocas de antaño, cuando a la ciudad la azotaban los cañonazos que les mandaban desde barcos invasores los saqueadores o los alcoholizados piratas. Para nuestra dicha, ahora eran los bombazos de la fiesta, la alegría y la emoción.

Aquella mañana de día festivo se acercaron al palacio otros distinguidos estudiantes de Medicina, que vinieron a testimoniarle a mi reina su deseo de militar bajo sus banderas. Lo mismo hicieron personalidades de la escuela de Derecho: se destacó la finura de Jorge Urabá, influyente miembro del Comité Paolista, quien por circunstancias ajenas a su voluntad no se había hecho sentir en los días previos. Don Jorge, como siempre le dije, usaba unos espejuelos redonditos y pequeños, que dejaban ver unos ojos verdes que demostraban seriedad y aplomo. Me pareció excesivamente serio para su edad, y me lo pinté como senador o gobernador para más adelante. Siempre que hablaba decía palabras interesantes que yo buscaba rápido en mis enciclopedias.

Lo recuerdo con gusto. A cada rato, le pedía que me hablase de los vikingos o de los egipcios, y siempre tenía a mano un cuento, una anécdota o una batalla diferente. Un día, me dijo que había

leído un libro sobre dos pueblos, los celtas y los galios, así como otro sobre la vida de los emperadores de la China. Esa tarde no cabía en mí de la dicha, pues me contó muchos relatos que me parecieron fantasías. «Cuando vaya por esos reinos, no olvide traerle un presente a esta su condesa», le pedí. Obvio, me sonrió y me cumplió, tan lindo, don Jorge.

Aquella misma mañana, además, acudió un buen número de alumnos de colegios. A muchos de esos chicos, algunos muy jóvenes y otros ya en el Bachillerato, los recuerdo bien. Los atendí rápido aunque fuesen unos desordenados, ya que había adquirido experiencia atendiendo a los amigos de Israel y Wilfrido Trascamocho cuando estaba en la residencia estudiantil de la barriada, antes de ser quien de veras soy; cuando era la negra Cipriana y vivía en la zona de donde salían las pregoneras de dulces hechos con millo. Sí, el millo, ese cereal que promocionaban así por las calles llenas de balcones: «Aleeeeegríaaaaa. Aleeeeegríaaaaa. Alegría con coco y anís. Casera, cómpreme a mí, que vengo del barrio de Gimaní».

Es que, mi hermoso señor forastero, en esta comarca y en toda la región mi gente hace la alegría, y la alegría se come en forma de dulces.

Mire, señor que viene a conocer a mi reina: en ese supuesto día de tregua sucedió algo espectacular, algo que me puso los pelos de punta. La verdad es que también le puso piel de gallina a los que presenciaron el evento.

Toque mi brazo derecho: aún se me eriza la piel cuando esos recuerdos regresan. Toque sin temor y sin desconfianza, para que pueda certificar que no miento. Inicialmente, nadie supo cuál de los muchachos fue el promotor, aunque yo me imaginé desde el principio que fue Lucrecio Albaricoque. Actuó con la complicidad del estudiante apodado Perro Flaco y con el respal-

do de Evelino Montes. Lucrecio se inventó algo impresionante que gustó y que recuerdo como si hubiese sido ayer: me emociona, me humedece los ojos y me hace latir rápido el corazón. No puedo dejar de rechazar la manía de esos muchachos de colocarse apodos entre ellos, aunque no fuera por maldad sino para disfrutar de la vida.

Todavía recuerdo a aquel jovenzuelo divino, muy niñito aún: era tan flaquito, de ojos tristes y legañosos, morenito y bien velludo, algo narizón pero muy tiernito. Seguro que ese apodo se lo debió poner el mismo Zeus. ¡Ay, mi Perro Flaco! ¡Te cogí cariño, Perro Flaco! Nunca más te he vuelto a ver; nunca supe si ese era tu nombre o tu apodo, pero, conociendo a mis chicos, estoy segura de que era tu apodo.

Volvamos, mi señor, porque si me desvíó aquí, nos coge la noche: la sorpresa la organizaron estos tres en secreto, y sin querer terminaron dañando el titular de prensa que aseguraba que habría tregua de campaña. Para nosotros fue una hermosa sorpresa, hasta para los búhos que salieron de sus guaridas más temprano de lo acostumbrado, por tanto, jolgorio y algarabía.

Se escuchó una bulla creciente en la calle: numerosos pitos y acordes típicos de una banda que tocaba las notas de una canción emblemática. Tambores, trompetas, bombardinos y clarinetes marcaban con sus sonidos el ritmo del carnaval. Siete músicos iban a la cabeza de un desfile que parecía un largo dragón, metidos en una carreta decorada con guirnaldas y papeles de colores tirada por un burro. Iban apretujados pero contentos, y con cara de inmensa felicidad.

Tras la carreta desfilaba el primero de veintiocho carruajes tirados por caballos. Creo que esos locos muchachos contrataron todos los carruajes de la ciudad para aquel desfile. Fue una parada festiva y colorida, la más grande que se recuerda. Los carruajes iban adornados, los conductores *chambaculeros* estaban guapos,

serenos y serios, llevando a los seguidores de la reina. Los caballos golpeaban sus cascos con fuerza contra las piedras de la calle. Numerosos simpatizantes gritaban vivas delirantemente, mientras mecían pancartas, tiraban flores y confeti.

De pronto, de los carruajes echaron a volar palomas blancas que se posaron por todos lados. Imagínese, señor: doscientas cincuenta palomas soltaron esos locos jóvenes, muchas de las cuales se posaron en el balcón. Me tocó entonces gritarle a la empleada de la limpieza: «¡Señora Petronila, señora Petronila, ayude usted!».

Aquel impresionante desfile fue presenciado por mi reina desde los balcones. Cuando parecía estar acabando, un par de trompeteros que tocaban una fanfarria heráldica se acercaron a la puerta, antecediendo a un bello carruaje con aspecto de sandía tirado por un caballo blanco, que se detuvo justo debajo de Su Majestad. Saliendo del decorado carruaje, ante el asombro de los observadores, Lucrecio Albaricoque se hizo intérprete del sentimiento general de alegría del estudiantado, y declaró ser el artífice de ese desfile monumental. Soltó un largo y profundo discurso lleno de contenido lírico, demostrando por primera vez sus dotes de orador de plaza pública... las cuales explotaría a lo largo de su vida hasta hacerse un afamado parlamentario.

Fue una explosiva arenga que invitaba a la gente a sumarse a la campaña de mi reina, y que los incitaba a votar por ella para asegurar el triunfo. Fue una acción ardiente que le salió del corazón, una faena de entrega total que realizó con brillo. Con decisión y fortaleza, marcó el rumbo para una campaña de victoria. Aún se me salen las lágrimas; vea mis ojos mojados y dese cuenta de la voz entrecortada.

Los aplausos y los gritos entusiastas fueron masivos cuando concluyó el discurso. Los vítores a Paola Matilde y los vivas a Lucrecio Albaricoque se escucharon repetidos y ensordecedores, y se entrecruzaron como una jugarreta que nadie pudo interpretar

en aquellos momentos. Si una gitana hubiese llegado a disfrutar del evento, seguro que habría señalado con certeza que eran los primeros rayos de un sol a punto de alzarse.

En esos instantes, las alabanzas simultáneas no eran más que el grito de felicidad por la hermosa reina y por su tribuno de plaza, que se había despachado con locuacidad. Los carruajes estacionaron en los alrededores de la calle, y un fandango con velas y ron se disfrutó durante tres horas en el parque de los Ilustres Capitanes. Creo que todos los presentes se emborracharon aquella noche.

Bailando con velas en las manos, varias veces vi a la joven Carmiña Perfecta del Sóleo, moviéndose al ritmo de la música y agitando su amplia y florida falda.

En contra de los vaticinios del periodista, por todos lados hubo fervor, entusiasmo y expresiones festivas hacia el reinado, que crecía a diario en interés. Desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde se celebró un baile en el club Guapachoso, organizado por la candidatura de Adela I. Embellecieron el acto las candidatas Avelina I y Carolina I.

Ellas dotaron de prestigio al evento, ofreciendo una gran demostración del espíritu de concordia y armonía, ejemplo de la forma como se debería ir desarrollando el carnaval estudiantil. Durante más de tres horas, permanecieron en la fiesta y degustaron el ambiente. Esa misma tarde, mientras Paola Matilde estaba extasiada en su balcón como una Julieta del siglo XX, y para dejar muy mal las dotes de adivino del periodista, la candidata Adela lanzó la primera bola del partido que se jugó en el estadio de béisbol entre los equipos Flota del Mar y Tejedores.

Al llegar la noche, todos en el palacio estábamos exhaustos. Se marcharon los carruajes y, poco a poco, también los visitantes. Ordené cerrar las puertas. La reina se fue a sus aposentos, así como sus familiares. La servidumbre se refugió cansada en sus

habitaciones, y yo apagué las luces de las lámparas de cristal y verifiqué que el zaguán y el patio interior estuvieran en orden. Registré todos los rincones hasta asegurarme de que el palacio estaba cerrado y era seguro.

Rayaba la medianoche. La calle Segunda de Zapatillo estaba solitaria y hasta el aire empezaba a descansar cuando, en un acto de intensidad y tal vez de necedad, Lucrecio Albaricoque, abrazado a sus amigos y estando de pie frente al balcón que daba a la recámara privada de la reina, con la garganta adormecida por el alcohol, gritó tres veces para que las palabras se regaran por toda Cartavieja: «¡Viva Paola Matilde, viva Paola Matilde, viva Paola Matilde!».

No me diga usted que no es cierto, porque yo tengo el compromiso eterno de estar aquí para ver y supervisar. Lo vi estando oculta detrás de una de las cortinas de tafetán. Lo vi con estos ojos que continúan teniendo una agudeza de águila, capaces de ver hasta en la oscuridad más absoluta. Si no, pregúntele a Fernandito Segundo Infantes, el tesorero, que con el tiempo llegó a ser uno de los más reputados especialistas de la oftalmología.

Aquella arenga que Lucrecio Albaricoque hizo a esas horas, la repetiría muchas veces y a muy distintas horas del día, sin avisar y en el mismo lugar. Esa arenga del súbdito era también la de un hombre perdidamente enamorado de su reina, lleno de un amor espontáneo y natural que seguro le alcanzará por siempre, aunque entonces nadie lo notara. Solo Evelino Montes, el cómplice, el amigo, el de las sodas, vinillos y cervezas, lo sabía. Puede que también mi muchachito, Perro Flaco. De veras que el propiciador de todo ese amor fue Evelino Montes, pero eso no lo vaya a contar, por favor. Júreme, júreme que yo no le he dicho nada.

Dioses, perdonadme. Perdóname, Hermes, hijo de Zeus y de Maya, hermano de Apolo, dios que anuncia noticias e inspirador de la habilidad en las relaciones de las personas. Perdóname,

mi olvidada Metis, la titánide que personifica la prudencia. La verdad, señor, es que con los años he perdido la capacidad para guardar los secretos; esta lengua se me ha aflojado tanto... que últimamente he estado revelando los secretos más íntimos de este reino que es para siempre, que es *forever*, como me dijo Israel. Y lo peor es que se lo he contado a forasteros como usted, que se aparecen por aquí.

No me lo está preguntando, es cierto. Pero puedo decirle, mi señor, que en la habitación, antes de apagar la luz de mi alcoba y después de los tres gritos apasionados de Lucrecio Albaricoque, realicé mi acostumbrada oración y di gracias por ser quien soy. Estaba tan feliz por llevar esa vida de ajetreos, de ser una condesa... Fue una de las infinitas veces que sentí esa inmensa emoción, la misma que experimento ahora cuando viene a pedirme que se lo cuente.

Sí, señor: la primera vez que me acosté a dormir así de emocionada y dichosa fue aquella noche. Pude cerrar los ojos y descansar algo, ya que a la mañana siguiente el ritmo debía continuar.

Llegó el jueves, treinta de junio. Paola Matilde I, acompañada por el comité y por unas hermosas damitas de un colegio de primaria, se trasladó al colegio de señoritas del Rosario, donde fue presentada por Julián Marcelino Mina y Evelino Montes.

La candidata, en espontáneas y sinceras frases, agradeció la euforia del recibimiento que se le dispensó. Desde allí, partió hacia el Instituto Comercial, donde instaló un comité de apoyo. A las once de la mañana se presentó en el Instituto Politécnico e hizo lo propio. Por la tarde, visitó el colegio de los profesores Pérez, donde fue magníficamente recibida.

Hacia las cuatro, doña Marilourdes, reina de los estudiantes de hacía algunos años, nos visitó en el palacio. Departimos algunas horas en la más completa camaradería, y la visitante le

auguró el triunfo en el debate a mi señora. Le entregamos como obsequio unas exquisiteces que los fabricantes destacaban en la publicidad con la palabra «Teoboma»; aseguraban que era un término griego que significaba «alimento de dioses». Se trataba de unos deliciosos bombones de chocolate negro que venían en unas cajitas primorosas, lo que los volvía extraordinarios como regalos. Se conseguían en exclusividad en la tienda de la Casa Primorosa de Saelem Hermanos. Doña Marilourdes, con gentileza, prometió asistir al evento de proclamación, y dejó el palacio cuando los relojes señalaban las seis y cuarto.

Por la noche, los miembros del comité anunciaron las actividades del día siguiente. Estaba programada una ceremonia solemne en el paraninfo de la Universidad, y una visita al Palacio de Gobierno, para una reunión de mi reina con el señor gobernador de la comarca, el doctor Ramón del Cristo de los Hoyuelos. Mientras el comité organizaba esas actividades, Ascencio Olivar llegó corriendo con un periódico que se publicaba en la distante capital. Allí estaba mi reina, en la página social a cargo de la influente Mercedes Tamayo de Herrera.

La foto mostraba a mi señora mirando al cielo y a la lontananza que debía extenderse frente a ella. Le brillaban los ojos bajo las cejas levemente arqueadas. La vida y la emoción le salían a chorros por la mirada, que no se detenía a vernos: solo veía el cielo sobre nosotros. Tal vez miraba con fijeza al creador de tanta magia que estaba sucediendo en esos días. Su sonrisa, también amplia, contagiosa, marcaba la senda al triunfo. Los labios eran gruesos y robustos, la dentadura en orden y resplandeciente. Era la vida, en su máxima expresión, la que venía retratada en la página de ese diario capitalino, guardando los secretos de la vanidad femenina.

Dos finos aretes adornaban con destellos los lóbulos de sus orejas, que estaban enmarcadas en una lacia caballera recogida hacia la derecha con una peineta andaluza, propia de su inves-

tidura real. La piel lozana, tropical y dorada por los rayos bronceadores del Caribe, combinaba con el vestido, el cual, con un hermoso cuello en V, dejaba ver con moderado recato la parte superior del torso. Se veía elegante e imponente, parte corporal de un todo que transmitía la sensación de gratificarnos por tener la dicha de ser sus súbditos.

Mire este recorte de periódico: es de mis preferidos, por eso está envuelto en este pañuelito de seda. Contemple usted a mi reina: véala, adórela con veneración como si fuese una Virgen; hágale una oración; pídale una bendición; suplíquele consejo, que es su soberana. Y no deje la boca abierta, que parece un gran pendejo.

No lo toque, pero acérquese. Primero, respire profundo todo lo que pueda; ahora, suspenda totalmente su respiración para que no le eche el aliento a la fotografía. Es un tesoro, una reliquia. Lea el pie de foto de esta majestuosa obra; al fotógrafo debieron darle un premio por su esfuerzo. Si no ve bien las letras, escuche mi lectura con la misma entonación de locutor de radio que utilizó aquella noche Ascencio Olivar: «Señorita Paola Matilde, candidata por los profesionales al reinado estudiantil. Esta muchacha encarna la inteligencia y la hermosura con las que la naturaleza la ha agraciado. Arranca nutridos aplausos y suele ser muy avivada por las concurrencias. Es justo señalar que por donde pasa y actúa esta encantadora mujer, cuyo cuerpo de sirena parece salido del mar Caribe que la arrulla, deja una estela de grandiosidad».

Cuando Ascencio terminó de leer, brincamos tomados de la mano e hicimos una ronda, emocionados por la seguridad del éxito. Lo que decía el periódico de la capital era muy valioso; recuerde que una importante filósofa de un reino desaparecido con la erupción de un volcán afirmó que «la capital es la capital».

Recobrada la compostura, la soberana leyó las cartas recibidas en días anteriores. Con sus propias palabras, escribió mensa-

jes de respuesta y de agradecimiento a las notas que sus súbditos le hacían llegar. En este álbum tengo copias de varias cartas perfumadas que yo misma llevé a sus destinatarios. Le leo una, porque ha dicho que no sabe leer letras pequeñas: «He recibido con profundo deleite vuestra comunicación, que gentilmente me habéis dirigido en términos tan amables como sinceros. No se podía esperar otra cosa de ustedes, dado el puesto que ocupan como alumnos de la ciencia de Esculapio. Es por eso que yo, como candidata al reinado estudiantil, los invito a que asistan a una reunión de mi Comité Promotor de la candidatura, que convocaré cuando hagan acto de presencia en mi casa, donde serán bien recibidos. Les doy las gracias por el honor que me han dispensado al ser la candidata de sus simpatías. Firmado: Paola Matilde, candidata al Reinado Estudiantil».

En ese momento, mi divino visitante, también se realizó una comunicación, una especie de circular dirigida por Su Majestad a todos los estudiantes de la comarca. En su redacción participaron mi reina, los miembros del Comité Paolista, e incluso yo metí mi cucharada, en la aprobación o en el rechazo de algunas frases o ideas. Aquella noche se diseñó la bandera que los paolistas deberíamos enarbolar todos los días y llevar en los actos públicos. Simbolizaba el grito de campaña de una reina convencida del triunfo de la cultura y la inteligencia; era la arenga festiva y envolvente que arrastraba a las masas populares; era la voz de la mujer líder frente a su comunidad; era la orden de una soberana para todos sus súbditos. Era el norte, mi bello señor: el sol en el horizonte, la estrella en la noche; la punta de lanza que debíamos portar. Oh, gloria esplendorosa, oh, bandera paolista.

Por aquí tengo una bandera. Contéplela, bésela, ponga sus labios extranjeros en la tela. Jure ante ella, saludela, póngase en pie y firme que es el estandarte. Pero sin boina, señor; quítesela, que está en presencia del pabellón de Paola Matilde I. ¿Trajo entre

sus cosas un asta de bandera? Gran bobo que es usted, señor forastero, por no traerla. Así no se la puedo entregar. Por orden del Comité Promotor de la candidatura, solo se le puede hacer entrega de la bandera a personalidades prestas a izar este emblemático pabellón.

Lo siento por usted. Si regresa o se lo recomienda a sus amigos, no olvide recordarles que se traigan un asta.

Más tarde, escribimos entre varios unas frases, un discurso para la reina. Fue muy aplaudido cuando lo leyó en la plaza pública. Me lo sé de memoria, con acentos y altibajos, pausas y entonaciones. Cuando se escribió, ¿sabe quién estuvo allí? Pues yo, esta mujer ahora mayor pero nunca vieja que le habla. Venga, acérqueme el bastón, que voy a relatarle de pie, como se deben hacer las cosas grandes. Eso me lo enseñó mi hijito Huguito Maganguéy.

Ya estoy de pie, firme y dispuesta. También usted de pie y atento, señor. Así, un poquito más hacia aquí, frente a mí. Colóquese firme como si fuera un soldado de la patria, con los pies muy juntos; los dedos de la mano derecha contra la sien de ese mismo lado; la otra mano contra el muslo izquierdo; la mirada al frente como viendo el horizonte y sin pestañear. No se mueva, no respire.

Escuche con suficiente concentración, y califique con libertad mi capacidad para predicar la palabra de Su Majestad: «Estudiantes de la comarca —dijo ella—, cada vez que me dirijo a vosotros lo hago con más orgullo, fe y entusiasmo. Porque estáis demostrando que sois dignos de ostentar el título de estudiantes, por lo mucho que vais desarrollando este certamen de cultura; por el gran optimismo que os anima de cara al futuro; por la forma gallarda y noble como apoyáis mi nombre, y por el decidido empeño en hacer de este año un carnaval sin precedentes.

Mi espíritu se sublima ante el aroma de vuestra gentileza, y por el entusiasmo de vuestros corazones henchidos de infinita grandeza, que pintan en mi imaginación cuadros de fantasía en donde el verde mar es reemplazado por la esperanza de vuestros ideales, y la pujante fuerza de las olas, por el convulsionado criterio de una juventud que bebe de las aguas del altiplano en una arrogante cascada. Os animo a que continuéis con esta campaña de la misma forma como hasta hoy, porque, de seguir así, conquistaréis un galardón que os acreditará ante la opinión de la comarca. ¡Viva el estudiantado de los Conquistadores!».

Muy bueno, muy bueno. Ya puede respirar. Hermoso y certero mensaje, ¿no es cierto? No hable, no hable ahora; descanse, no más. Descanse usted, mi bello acompañante.

Espere unos segundos, que me siento en mi mecedora. Usted siéntese también, no se quede de pie como un idiota. Debo contarle lo que sucedió en la mañana del viernes primero de julio. Recuerdo que las primeras actividades fueron realizar limpieza, ordenamiento y embellecimiento. En persona, dirigí cambios en la ubicación de los muebles, así como el reemplazo de la mantelería por nuevas piezas bordadas. Distribuí entre los salones y pasillos unos nuevos adornos que trajo el monarca: once floreros del Oriente Medio, cuatro bustos de dioses griegos, una docena de espejos de cristal de roca, tres caballos percherones de yeso, un unicornio azul celeste y cinco inmensos relojes de péndulo.

Al tiempo, la reina, junto a tres directivos del Comité Promotor de la candidatura, fue a la Universidad y luego a la Gobernación de la comarca.

Al mediodía, otros miembros del comité elaboraron algunas estrategias y escribieron un boletín informativo que fue dirigido a los medios y a la comunidad en general, donde nos mostrábamos complacidos porque se hubiese elegido como presidente del

Comité General Organizador al joven Jorge Urabá, dinámico estudiante de último año de Derecho.

Dicho comité decidió encargarse del proceso de elección de la reina de los estudiantes de la comarca. Posteriormente, fue leída una nota de prensa que fue considerado importante y necesario difundir entre nuestros adeptos. El texto también está aquí, señor. No está cansado, ¿verdad? Escuche lo que decía: «En las ceremonias y en los discursos líricos de los oradores se escuchan voces que exaltan la cultura y la inteligencia, como banderas a esgrimir en esta batalla festiva. El concurso debe ser un certamen digno de alcurnia histórica, y tiene que exhortar a los estudiantes para que vayan a las urnas a sufragar por la candidata de sus simpatías. Pero con orden, respeto y dignidad. La coacción, el fraude, el *chocorazo* y todos los vicios de los partidos políticos no deben salir a la luz en el torneo del presente año». Es lo mejor por el bien de los pueblos, no lo olvide. De esto se preocupaban los muchachos de aquella época. ¿Ocurre igual actualmente, mi señor?

Otro periódico trajo esta noticia:

Nueva candidata del reinado estudiantil. El comité de la Vieja Guardia lanzó el nombre de la señorita Yamila. Como se sabe, este comité está compuesto por estudiantes que llevaron a la victoria a las candidatas de los tres años previos. Ahora, reconstituido y con un nombre algo diferente, propone a una bella mujer natural de una de las provincias ubicadas a orillas del río Panzenutes. La agraciada joven cursó estudios en la academia de Artes y Comercio; ahora trabaja en la secretaría de los almacenes de don Javier Vicente Castro. La designación está causando entusiasmo entre los estudiantes de provincia, que se cuentan por cientos. Varios han manifestado estar dispuestos a trabajar y a sacar adelante a la nueva candidata.

En la reunión de aquel día se habló de los corrillos perversos que buscaban causar malestar a mi gente. Se habló del posible origen de un rumor malintencionado que aseguraba que mi señora había renunciado a sus aspiraciones de ser reina. Visitante, tenga claro que era una gran mentira y un absurdo. En aquellos momentos, regresaban a palacio la reina y sus acompañantes. Al ser informada, no tuvo tiempo para llorar ni espacio para desfallecer. De inmediato, llamó por teléfono a todas las emisoras y desmintió de forma categórica esa inadmisible versión. Hizo énfasis en lo contrario: que estaba dispuesta a acompañar a sus partidarios hasta el desenlace de la jornada que traería el triunfo.

Por la tarde, mi distinguida candidata —y yo, como siempre, a su lado como su dama acompañante—, nos dedicamos a visitar las oficinas de los más afamados profesionales, que venían reclamando desde hacía tiempo la bendición de su presencia. Paola Matilde I, haciendo gala de ese don magnífico que es su dulzura, encandiló a los anfitriones.

Hay que resaltar el grandioso ambiente que había en la ciudadanía, a tenor del comportamiento impecable que se observaba tanto en las reuniones del palacio como en los festejos públicos. A propósito de ello, un locutor de Radio Costanera anunció lo siguiente: «Fue tal la cultura que exhibió el Comité Paolista que, a petición de una multitud de estudiantes y como demostración de la pujante vitalidad del movimiento, se ofrecerá otro esplendoroso baile al que se invita a todos los estudiantes. La reina exige como tributo que en todos los corazones sea obligatoria la alegría».

En las últimas horas de la tarde, antes de que se ocultara el sol, llegó al palacio un nutrido grupo de damas elegantes, invitadas por Su Majestad a departir. Mandé encender las lámparas del palacio, para que las gotas de cristal que colgaban repartieran luz uniformemente, dando un toque de hermosura a los recin-

tos. Para la ocasión, las mesas se adornaron con arreglos florales que dieron un toque exuberante y un bello carácter tropical. Las visitantes alabaron las heliconias que ordené ubicar estratégicamente. Es mi flor preferida; me encanta su forma de pico de loro o cola de langosta. Me fascinan sus tonos rosados, amarillos, rojos y naranjas. Es la flor más bella sobre la Tierra, y el emblema del reino de Su Majestad.

Los cinco jarrones hindúes del recinto los llené con anturios rojos, blancos y rosados, acompañados de flores de bromelia de color anaranjado y amarillo, en medio de abundantes hojas de las mismas plantas. ¿Sabe quién fue la persona que hizo tales arreglos? Pues la que le habla. Los hice yo misma, con estas manos y con la creatividad producto de leer en muchas enciclopedias, pues soy la noble más ilustrada de este reino que están visitando el día de hoy, tanto usted como esa cantidad de gente que en romería ha llegado, y que se halla en el recibidor de la casa campestre.

Después de todo, nadie me ha dicho qué hacen ahí esas personas. Voy a llamar a la india Emelina, para que me cuente por qué hay tanta gente. También le voy a pedir que me traiga unas gotas para mis ojos empañados, ya que me parece ver que todas esas personas están vestidas de negro, lo que no se justifica por cuanto aquí, en el castillo campestre, nadie está de luto.

Pero regresemos a aquella florecida tarde: aún me fascina la delicada fragancia que llenaba el palacio real. Tuvimos el detalle de servir copas de champán rosado en honor a las distinguidas señoritas. En la reunión, se puso de manifiesto la feminidad y la cultura de las damas de colegios e institutos de comercio, que demostraron todo su linaje, alcurnia y pulcritud. El exquisito licor se tomó por gotas, siendo paladeado y degustado con lentitud. La galantería y el comportamiento fueron nota sobresaliente.

Dialogaron sobre la importancia que iba tomando la mujer en la sociedad, y cómo ellas, incluso en la adolescencia, podían

contribuir a que la mujer fuera alcanzando cada vez más peldaños de importancia en el mundo, sin alejarse para nada de la familia y sin olvidar sus papeles en el hogar. ¿Sabe usted quién estuvo allí, como si fuese la mesita de centro, siempre tomando la palabra y parloteando mucho? Nada más y nada menos que la joven Carmiña Perfecta del Sóleo. Varias veces observé que Su Majestad la tomaba del brazo y celebraban con emoción los apuntes de las chicas presentes. Hasta se reían a carcajadas.

Yo le había cogido mucho aprecio a esta jovencita: su piel morenita siempre me pareció divina. Si me gustara colocar apodos, la habría llamado «mi astillita de canela», pues me encantaba su cabellera redondita, ensortijada y cortada como un arbolito. Estuvo en todas las actividades que se organizaron, y a diario trajo para mí una panelita de coco envuelta en hojas de bijao, que sacaba del bolso de tela que llevaba colgado del hombro.

Señor forastero: si la ve, díglele que se pase por aquí, que me hacen falta esos dulcecitos. Por aquí se consiguen, pero no son como los de ella. Sé que los traía de su pueblo, allá por los territorios del cacique Torobé. Si usted u otros varones hubiesen escuchado con cuánta capacidad hablaban esas jóvenes, se habrían quedado petrificados, y hasta habrían pensado que, muy pronto, las mujeres obtendrían los mejores puestos del mundo. No se asuste, señor: es cosa de los adelantos y la modernidad.

Afortunadamente para ustedes, los varones, fue una reunión solo de mujeres. Ninguno de los miembros del comité debía asistir, y así lo cumplieron. La reunión amenizada con champán fue una actividad netamente femenina. Constituyó la integración de las mujeres paolistas con su soberana.

Para matizar el toque sabroso del licor, del cual me tomé a escondidas muchas copas —ay, perdóname de nuevo, Metis, mi diosa de la prudencia—, se me ocurrió a última hora acompañar la bebida con un fruto exótico que fuera caliente y sa-

ladito. Salí corriendo a la calle, acompañada por tres jóvenes de la servidumbre. Llegamos a las puertas del afamado circo-teatro, donde encontramos a los vendedores ambulantes. Eran únicos en el mundo, como dice Manolo-III Bermúdez, mi muchachito bailarín: famosos por sus musicales pregones y por sus latas de galletas apañadas como fogones, con brazas de carbón, y con una parrilla donde asan las bolsitas llenas del fruto mágico de árboles milenarios.

¿Sabe usted quiénes son? Los vendedores callejeros que llamaban la atención de los transeúntes cantando: «Maní, maní, maní. Maní tostado. Maní caliente, a centavo la bolsita. Maní, maní, maní. Saladito, maní, maní, maní».

Perdone que me haya puesto a bailotear de esta manera; es que el reumatismo no me deja hacerlo bien. Ya no puedo mover los hombros ni las caderas. Los pies no me responden, y de saltar, nada de nada.

Les compramos todas las existencias a los tres vendedores y, mientras se iban brincando por una de las calles, regresamos también a brincos al palacio. El manjar, en sus típicas bolsitas de papel, fue entregado a manos llenas a las distinguidas visitantes. Ellas se expresaron con palabras significativas sobre los merecimientos de nuestra bella candidata. La velada fue amenizada por una charla donde estuvo presente la efusividad, que es característica de la juventud. Al levantarse las muchachas y comenzar a despedirse, se dedicaron mil vivas a quien sería la futura reina de los estudiantes.

En el zaguán, antes de cruzar el portón y acceder a la calle, había mandado colocar en una mesa cubierta con un mantel de lino bordado unos esmerados arreglos de flores. Cada damita invitada fue despedida por la propia reina con un buqué de azucenas y crisantemos. Seguro que usted también estaría feliz si uno

de esos bellos ramos adornara la recepción de su vivienda, o si pudiera brindárselo a su amada.

El dos de julio fue sábado, y tocó levantarse desde bien temprano para preparar las cosas, porque la actividad programada era excesiva. Había nerviosismo, expectación y ansiedad, porque aquella tarde tendría lugar la ceremonia de proclamación de la candidatura de Su Majestad.

Las actividades comenzaron desde las siete y treinta de la mañana, con un acto imponente en la placita central del colegio Fernández Conquistador. Al lugar llegamos la reina, su Comité Promotor de la candidatura y, obviamente, yo, su Rosalía. La ceremonia era la izada de la bandera de la región, y también la de la bandera paolista. El evento se adornó con el himno de la comarca y los vítores entusiastas de los alumnos. Una vez finalizado, regresamos al palacio a prepararnos para la proclamación y a recibir a visitantes que habían anunciado su asistencia.

Los carteros no cesaban de llegar, trayendo distintos mensajes de adhesión. El nombre y la gracia de Paola Matilde adquirían más fuerza en la conciencia ciudadana. Estos mensajes fortificaban la decisión inquebrantable de sus seguidores de llevarla al trono, desde donde regiría los destinos espirituales de los estudiantes.

A media mañana, llegó un muchacho con un lujoso pergamino firmado por Toñín Vélez, Amador Ceballos, Quinto Nicolás y Antuán Crizón, entre otros. La entrega del pergamino corrió a cargo del primero de ellos, un muchachito de cara pecosa y con ese cabello encendido que por aquí llaman pelirrojo. El muchacho, con frases de genuino lirismo, exaltó las cualidades de nuestra reina y enfatizó las razones que tenía el estudiantado para colocarle sobre las sienes la corona. Antuán Crizón, con voz débil por el temor y tartamudeando, prometió el apoyo de muchísimos estudiantes de la provincia. Mi reina, con cálidas y alam-

bicadas frases, agradeció la visita. También aquella mañana se produjo una valiosa adhesión: la ofreció el *African Corps*, grupo de estudio de muchachos de raza negra que pertenecía a distintas escuelas de profesión.

Apenas finalizaron las visitas de los estudiantes, con el reloj avanzando a pasos agigantados, nos entregamos a la tarea de prepararnos para el acto. La expectación no solo se daba en el palacio: la población entera estaba ilusionada. El Magazín de la Caligrafía invitaba a la gente a la ceremonia, con una foto bajo el titular. Decía: «Hoy, Paola Matilde será proclamada candidata a reina estudiantil». En las emisoras de radio, los locutores animaban al pueblo a hacerse presente, y a disfrutar del desfile en las vías aledañas a la Casa Oficinal de los Locutores, que sería el sitio de proclamación. Y, por supuesto, a agitar banderitas paolistas, que se entregaban en las esquinas de las calles.

Los integrantes de la comitiva llegaron poco a poco, bien vestidos, así como las personalidades invitadas. Los varones iban ataviados con trajes de lino blanco, cubiertas sus cabezas con sombreros de ala de paja. Algunas mujeres lucían trajes largos y sombrillas para atenuar la inclemencia de un sol implacable, que se elevó con todo su fulgor a iluminar el paso de mi reina. Mis ojos se movían de lado para otro, controlando los detalles; mis oídos estaban prestos a escuchar y responder al instante a cualquier solicitud. Se tomaron medidas para que la proclamación fuese suntuosa, sublime e inolvidable.

Me parece que fue ayer, ya que recuerdo minuto a minuto lo sucedido, pues fui yo quien estableció el programa. Ahora que su señoría viene a preguntarme, pasan ante mis ojos los hechos, y puedo detallarle con la mayor precisión la ceremonia de aquel día. Ideamos la siguiente organización para el desfile desde el palacio hasta el lugar de la ceremonia: en cabeza, un automóvil descapotado que llevaría en el asiento trasero a la reina, y a su

derecha a la lindísima reina del carnaval del año anterior, doña Marilourdes Castillo, y a la izquierda a la reina de la marina de la comarca, doña Norma de la Villa.

Yo iría en el asiento delantero, al lado del conductor. Era la única noble que siempre tenía sitio cerca de Su Majestad, para asistirle a tiempo. Seguidamente, vendrían los automóviles con miembros del Comité Promotor de la candidatura, la corte y allegados. Detrás, en carruajes, los simpatizantes que lo desearan. Se sumaron muchos que nunca se cansaron de hacer alharaca y entonar triunfales cánticos marciales.

Tenga en cuenta la precisión, estimado visitante: a las once en punto partió desde el palacio el desfile, bajo los sonidos de las cuatro trompetas y los aplausos de vecinos y paseantes. Cruzamos por el costado del parque de los Ilustres Capitanes de Altamar, seguimos por la calle del Sargento Descabezado, la de la Universidad, la del Centenario, la calle del Vicentico, las Tabloneras y la avenida del Indio Mocaján. Los balcones de muchas casas estaban arreglados con flores y con banderas paolistas. Las calles citadas, por lo general vacías a esas horas del mediodía, cuando el sol calienta el adoquinado, estaban repletas de personas que hacían comentarios, divirtiéndose en un ambiente de fiesta. Nunca, oiga usted, nunca, ni antes ni después, esas calles vieron tanta gente reunida. Vinieron desde zonas muy lejanas: las ciénagas de las Quintas, el barranco del Cristo Amador y las cumbres del Santo Grial del Espinal. También vimos campesinos del corregimiento de San Fernando de la Ternera, así como de los montes de María la Baja y María la Alta. Indígenas de las selvas de Canapote y Crespo también acudieron a la cita. Mezclados, se apostaron a un lado y a otro en las calles por donde transitó el desfile, y agitaron banderas que les entregaron voluntarios sudorosos.

Las expresiones de felicidad de los cartaviejeros ante el empuje de la juventud fueron el común denominador. Radio Colonial,

Emisoras del Altiplano y Voces de la Costanera transmitieron en directo y en justa competencia: jamás se ha realizado una cobertura radial tan hermosa y apasionada. Lástima, mi señor forastero, que no existiese en aquel entonces la televisión.

A la entrada de la Casa Oficinal de los Locutores, Periodistas y Fotógrafos, fueron lanzados al aire fuegos artificiales para anunciar la llegada de la embajadora de la inteligencia. Los voladores estallaban como truenos en el limpio azul del cielo. Una muchedumbre bulliciosa formaba la calle de honor, y saludaba a la candidata y a su comitiva a medida que iban entrando. Los súbditos querían verla de cerca, tocarla, decirle lo bella que era. Los locutores se peleaban por el mejor lugar para no dejar escapar ningún detalle, y mantener informados a sus oyentes.

Fueron dos los invitados, y vinieron desde lejanos territorios: el rey soberano y magnánimo de Montezuela, y la princesa Ana Tercera del Rosario, heredera del trono del Orión, que se sentaron en primera fila junto a los gobernantes. Al mismo tiempo —bajo el calor y el sofoco, la bulla de los asistentes, los vítores que se producían dentro o fuera del edificio y el nerviosismo de mis muchachos—, la banda de músicos de la policía interpretó las notas de homenaje a los símbolos patrios para iniciar la ceremonia. Inmediatamente, don Manuelín Araujo pronunció unas palabras de bienvenida.

El punto siguiente fue el discurso de proclamación, realizado por Agapito del Real. En su elección hubo personas a favor y otras en contra, y hasta se formó un barullo por la designación. Algunos miembros del comité expresaron su disgusto por la no aceptación de sus candidatos, y varios se opusieron abiertamente a Agapito. Oí decir que ese muchacho no tenía pluma, ni la oratoria adecuada para ser el orador de tan importante discurso.

Pero en el comité Agapito tenía un espadachín y escudero de hacha y machete, que lo defendió como gato boca arriba. Un

muchacho de la provincia: su compañero de andanzas, Huguito Maganguey. Sí, señor, el mismo que me enseñó que las cosas importantes se deben decir de pie. Ese mismo, el divino Huguito. Es sabido que los dos solían pararse en las esquinas de las calles, por donde el viento se cuela veloz y furioso, para observar cómo se les levantaba la falda a las estudiantes que salían de las clases. Y ellos dispuestos a mirar emocionados por debajo de las faldas. Gozoso entretenimiento el que disfrutaban ese par de pájaros.

Como ya le dije, mi señor, en esa reunión para la elección del orador, Huguito estuvo necio en su insistencia, pidiendo la designación de su amigo, hasta que lo logró. Por lo tanto, Agapito del Real estuvo en el podio, firme y sereno, presto a leer el discurso. Oiga, usted: vaya y grite a los cuatro vientos que Agapito del Real fue el protagonista del acto de proclamación, y no del de la coronación, como han defendido muchos escritores. Haga el favor de avisarlos a todos para que cambien ese dato, porque en estos mundos reales una cosa es la proclamación, y otra la coronación.

Agapito del Real no fue coronador, fue *proclamador* de Paola Matilde I. Cuando se lo cuente, dígales que yo, Rosalía, presente en todos los eventos desde el mismo comienzo de los tiempos, se lo dije porque estuve en ambas ceremonias.

Bueno, no diga que estoy dando vueltas. Escuche con atención: mi joven Agapito del Real, aquel mediodía de proclamación, iba vestido con una sedosa camisa multicolor, un pantalón verde limón, zapatos color marrón y sin medias. Cuando se colocó detrás del podio, me recordó a los toreros tras el burladero. Paseó la mirada por el auditorio y pronunció estas palabras que, de tanto leerlas en un viejo recorte de periódico, me las sé de memoria. Se ha dicho que mi Agapito habló con voz juvenil, lenta y ansiosa, con cadencias guajiras.

Señor, quédese sereno y escuche. Atento a la entonación que voy a conferirle al discurso, porque es la misma que la del mu-

chachito: «Antes de proclamar oficialmente el nombre de Paola Matilde, queremos sentar un precedente ante la opinión pública. Entendemos el certamen como una ficción exclusiva de la memoria y la inteligencia. A este poderoso gentío que nos respalda no le hemos ofrecido nada distinto de los méritos y las virtudes de una dama distinguidísima. Pero quienes están con nosotros, quienes forman parte de este nudo social de jubilosa fiesta, no han venido con el propósito exclusivo de imponer un nombre, sino con la voluntad irrevocable de imponer un ambiente libre para la vida, en medio de la dicha y la emoción. Si hemos de rozar el límite de este certamen, estaremos satisfechos de haberlo conseguido mediante un limpio proceso de funcionamiento mental. La voluntad de los dioses no podría estar alejada de nuestro lado; no podría serle esquivo a nuestra soberana. Antes de que cante el gallo en la madrugada, nos llegará la victoria en nombre de la inteligencia».

Agapito del Real miró al techo, a los asistentes y, respirando profundo, continuó hablando sin que le temblara la voz: «Hemos venido a proclamar a Paola Matilde para reina, en nombre de una selecta cofradía llamada Humos Espirituales». ¿Ha oído hablar de ella? Averígüelo, porque esa es otra historia. Y no la comente, que trae mala suerte.

Mi muchachito dijo, seguidamente: «Reclamamos para Paola Matilde el mejor sitio existente en la dinastía de las palabras, y la facultad de ejercitar desde su monarquía todas las virtudes que deben tener los humanos en el lado izquierdo del corazón. — Hubo aplausos. Él detuvo su discurso; esperó sin afanes, espabiló cinco veces y prosiguió—: Esta es la divina monarquía que reclamamos sin parar, la del estudiante aplicado. Reclamamos la monarquía con la mayúscula de la R romántica, considerando como células a todas las cualidades humanas, frontera gozosa entre las bellas artes y los nobles oficios. —Varias veces, mi muchacho

repitió—: No queremos un estudiante convencional e indiferente, sino un emblema siempre presente. —Hubo más aplausos que la apagaron la voz. Él esperó con paciencia y anotó—: Estamos reclamando para mi Paola Matilde la monarquía del estudiante humano y sensible, pero a la vez inmortal».

«Eso es verdad», dije en voz baja desde mi asiento. Que sea inmortal, como lo anunció Israel. «¡Viva nuestra reina!», exclamó Agapito del Real, casi gritando. Y hubo aplausos y más aplausos. Hasta el calor parece que se emocionó, porque en el recinto se incrementó la temperatura.

Agapito cerró la proclamación con pausadas palabras, diciendo: «Llamad por los senderos a los hombres para que se tomen de las manos y sean testigos de esta ceremonia grandiosa. Llamad a los dioses de todas las culturas para que descendan sobre nosotros, y den testimonio en los tiempos futuros de que Paola Matilde I es la soberana de la inteligencia». Señor forastero, veo que tiene los ojos llorosos. No se incomode, lo mismo nos sucedió a Fermín Victoriano, a mí, a los invitados especiales y a muchos otros, estuviesen presentes o lo escuchasen por la radio.

Tras esta pieza de oratoria se sucedieron los aplausos de la concurrencia. Yo todavía los escucho, sobre todo en los días en que no sopla la brisa, y el calor es tan intenso que hace hervir la sangre. También los oigo de madrugada; me entran por aquí, por el oído derecho, y me salen por el izquierdo. Me hacen sentir tan feliz y dichosa, esos aplausos que me envuelven y me llevan al cielo...

Espere, señor, deje que me siente. Se ha dicho que esas palabras fueron una muestra de la genialidad de Agapito del Real. Pero le tengo guardada una sorprendente historia sobre ese discurso, que seguro que no conoce. Cuando yo la supe, me dio un ataque de risa. Cuentan que el texto leído no era de la autoría de Agapito del Real, sino de su amigo Antonio de las Cumbres, a quien también le habían solicitado pronunciar un discurso, pero

en la ceremonia de proclamación de la candidata Carolina I. Se dice que el discurso que pronunció Antonio tampoco era de su autoría, sino que estaba escrito por Agapito. Al parecer, los pillos intercambiaron deliberadamente los discursos para divertirse.

Lo hicieron para jodernos la vida y, seguro, para conferirle un poco más de sabor y misterio al reinado. Vaya usted a entenderlo. Muchachos traviesos, verdaderos desordenados, debimos haberles dado a tiempo un castigo con unas ramas de pringamozza. Todos los jóvenes que participaron en ese reinado eran tan activos e impulsivos... Por eso, estando en pleno furor la campaña y viendo todo lo que se les ocurría, lancé por vez primera la exclamación que he repetido muchas veces: «Esperen a que crezcan, y verán quiénes serán».

Seguro que deseará saber qué fue lo que escribió Agapito del Real y que le leyeron a la otra candidata. Permanezca atento, porque solo lo voy a recitar una vez: «Señora mía, reina y diosa, queremos que esta fiesta de los estudiantes sea la llama que exalte el corazón de mi bella y salvaje tierra. Aquí, ante nuestros ojos, yace de perfil el horizonte, verdecido por las mechas de los árboles. Mi fértil tierra está aquí, floreciente tarde de mujer, con olor y sabor a tamarindo sin fermentar. La espesa miel de los trapiches de caña es tu cabellera al viento; el hierro de las minas es la esencia de tus huesos, y el duro carbón, tu persistencia hacia el triunfo. Mi reina, por cada poro de tu piel, por cada rincón de tu perfil bellamente dibujado, y por cada tormentoso afluente de tu sangre, venimos a devolverte a manos llenas lo que el tiempo detuvo en los hechos, y la inteligencia eternizó en los cantos de las sirenas. Allí, entre las olas del mar, puedes ver el tortuoso reflejo del paisaje y la prolongación del espíritu femenino. Contempla los frutos y las flores, la dureza de la piedra y el torrencial flujo de los ríos».

¿Entiende ahora, caballero? ¿Comprende ahora por qué fui yo la escogida, y por qué me asignaron de manera vitalicia e intransferible el cargo de nobleza que ostento?

Hola, hola, ¿quién anda por ahí? Mire, india Emelina, tráigale un tinto negro bien cargado, doble y sin azúcar, a este caballero, para que se deleite con lo que le estoy diciendo. Gracias, Emelina.

Entonces, encantado forastero, espero que cuando se vaya diga que en este castillo campestre de Aryona lo atendieron bien, y le contestaron a todo lo que vino a preguntar. Ahora, sigamos con el acto de proclamación.

Tras el discurso, tuvo lugar un elogio a cargo del estudiante Julián Marcelino Mina. Él explicó por qué la juventud estaba con nuestro triunfo. Habló con voz pausada, sin temblor, haciendo los vaivenes que el texto requería y adelantándose a lo que haría durante años en las vías públicas, cuando creciera. Debo decirle que he visto cómo toda esta muchachada creció, y se hizo dueña de un espacio importante dentro del reino y fuera de sus fronteras. Mi muchachito, Julián Marcelino Mina, fue preciso y contundente. Pero antes, déjeme rodar mi mecedora a un lado y ponerme de nuevo de pie. Es más elegante y así hago un reconocimiento de corazón. Espere, espere; esta genuflexión es para honrar la memoria de mis muchachitos oradores.

Juliancito, portando un corbatín de bailador de música, dijo para sus compañeros y para las dignísimas personas que lo escuchaban:

—Solo por la fértil largueza que me extiende la mano de amistad del Comité Promotor de la candidatura, me hallo en estos instantes en funciones de orador. Cuando se me designó para que tomara la palabra en este acto, respondí que no era el poeta indicado, mas nadie quiso relevarme. En verdad que no me acompaña otro atributo salvo la osadía. Al dirigiros este mensaje

emocionado, soy un sencillo estudiante de la lógica jurídica, con su verdad auestas, con la responsabilidad de motivar a una generación de gente asertiva, enemiga del perifrasedo verbal. No perteneced a la juventud que crea y destruye con facilidad prodigiosa, que es tan pasajera como los ángulos que los caminantes describen en sus senderos.

»Pertenezco a las huestes de caballeros y damas que estamos dispuestos a comportarnos como un torrente desbordado, acatando las normas para no caer por los precipicios de la montaña. Yo represento, señorita Paola Matilde y compañeros estudiantes, a una juventud dinámica y constructiva que no ve en estos reinados un pasatiempo para olvidar la triste faena de los libros y entregarse al deprimente estado de la embriaguez, sino que ambiciona la dignificación de estos torneos cívicos. En ellos, el lance de las armas nobles y la controversia caballeresca relucirá en su máximo esplendor, con enjundia y gallardía, con fortaleza y lealtad. Somos una juventud que se ve capaz de alcanzar la finalidad de los ideales; que no aceptó los trazos esbozados a la ligera, porque ello implicaría pertenecer a las viejas guardias de la ineptitud.

Juliancito continuó diciendo:

—Excusadme, Paola Matilde I, este pequeño paréntesis en torno a las mieles de la juventud. Resulta imperioso destacar el elocuente hecho de que sois la candidata de una corriente nueva dentro del estudiantado de la comarca, que incorpora en sus caudales de entusiasmo la pasión por vuestra exquisita personalidad. Hoy, más que nunca, usted es un símbolo de esta raza, una bandera de victoria en los corazones de los estudiantes. Vuestra presencia, Paola Matilde I, invita a cabalgar sobre el recuerdo de la novia provinciana, que para unos es el embrujo del bolero, y para otros las arquitectónicas palmeras que sostienen vuestro cuerpo de bambú. Que por eso es vuestra piel, tersa y morena, la de la

torcaza campesina. Para unos es el surtidor de cerveza donde se refresca vuestra cabellera imperial, y para los de más allá, vuestros semicírculos bucales, sangrantes de candela peligrosa y de manzana apetecida.

Hubo aplausos y vítores. Juliancito tuvo que hacer una pausa, y después continuó:

—Vos, Paola Matilde I, sois el símbolo perfecto de nuestras vidas. No solo poseéis belleza en su expresión física, sino en la contextura moral que deseamos. Manejáis la sencillez con admirable donaire, y habéis desterrado de vuestros atributos la vanidad. En vos, el oro arrancado de las entrañas de la tierra es un metal de baja estirpe, comparado con la nobleza inmaculada de vuestra alma. La buena moral os tiene por antorcha y pregonera. La pureza de la virtud nos recomienda el ejemplo de vuestras acciones, porque las dignificáis con vuestras prácticas.

»En vos, Paola Matilde I, hemos reconocido un vuelo mental de alta envergadura, una capacidad de asimilación que nos subyuga y un oasis de simpatía ilimitado. En vos, hemos encontrado una cultura debidamente conformada a base de orden y método. En vos, la belleza no admite adjetivos, porque sois la perfección en su forma física y en su estado anímico, así como el bardo la deseara: la belleza como el terreno neutral donde los espíritus se dan fraternalmente la mano cuando están animados por el culto de un ideal. Vuestra belleza es pura como el agua que forma un remanso en el arroyo, y que contiene la electrizante sugestión de un cielo de estío. Vuestra inteligencia es antena, síntesis y luz. Y vuestra cultura: argumento, razón y convicción.

Otra vez le interrumpieron los aplausos. La emoción era grande y nadie la ocultaba. Cuando pudo continuar, dijo:

—Por todas estas razones, señorita Paola Matilde, cuando un numeroso grupo de estudiantes eligió vuestro nombre para pos-

tularlo al reinado de mil novecientos cuarenta y nueve, pensé que se llevaría los lauros. En la bandera que vos encarnáis se fusiona una trilogía sobresaliente del espíritu: la inteligencia, la cultura y la belleza. Y esto es lo que debe perseguir el estudiantado responsable, consciente de sus deberes para con su dignidad pretérita y con el interrogante de su destino. Paola Matilde I, cuando una juventud está decidida a luchar por el triunfo de sus ideales, es altiva y responsable como ninguna otra en la muy noble y leal urbe. Os escogió por vuestras virtudes, y no hace otra cosa más que rendirte pleitesía.

»Esta dama sencilla y comprensiva que ostenta el título de ser vuestra madre, la que fue por tres años consecutivos reina de su pueblo natal, merece que se le diga lo siguiente: por nuestras madres, que vigilan el itinerario de nuestras vidas, hacemos juramento público de luchar por el triunfo de vuestro nombre, hasta dejar jirones de nuestros cuerpos en la batalla, seguros de que el ideal que nos congrega será defendido sin retribuciones de gozo. Entendemos que es más elegante un triunfo a costa del esfuerzo y del sacrificio que aquel desgajado de la dicha. Entendemos, como el genial visionario, que invicto queda el que no se rinde, aunque caiga vencido; y que solo las cosas que tienen el sello de lo difícil merecen intentarse. Paola Matilde I, vuestro nombre es símbolo de victoria. Ojalá llegue pronto la ocasión para demostrarlo.

El aplauso de los concurrentes fue mayor que antes. Vi engrandecerse a mi joven Julián Marcelino Mina, y me atreví a recordar que, un día, había vaticinado muy bajito, para que nadie me escuchara: «Va a ser un gran orador de plaza pública. Puede que hasta le espere un largo camino en la política o en el Derecho». Y no me equivoqué.

Aquel día, mostró la casta que llevaba bajo la piel. Los comentarios por el contenido del discurso no se hicieron esperar. Mi reina resplandecía de dicha; los del comité no cabían de gozo de lo emocionados que estaban, y a mí me ardían las manos de tanto aplaudir. Los periodistas anotaban en sus libretas, y los asistentes sabían que estábamos en la cumbre del evento. Los sueños reales de grandeza se hacían realidad, y yo era la condesa de Gimaní.

Espere, que me siento de nuevo para recuperar el aliento. Espere a que me tome este vasito de jugo de guayaba con piña. Es que se me seca la garganta cuando cuento estos relatos.

¿Cómo está su café? Fue sembrado en estos reinos, y es de primera calidad. Dígame si está de acuerdo conmigo en que la india Emelina es hermosa. Es altiva, grande de cuerpo y de piernas rollizas, dedos largos y pulso firme, mirada penetrante, abundante sonrisa y de buen corazón. Le tengo especial consideración y la quiero mucho. Pero sigamos, que nos pillla la noche.

Después de aquello, siguió una oración sobre el significado de la fiesta del estudiantado a cargo de Jorge Urabá, quien también fue largamente ovacionado. El punto siguiente fueron las palabras de Paola Matilde I a los asistentes. Cuando la anunciaron, rápidamente me levanté y le llevé un paquetito de cinco hojas escritas a máquina, donde estaba su discurso. Paola Matilde se levantó, tomó en sus manos sin el más mínimo temblor las hojas que le entregué, caminó con donaire hacia el escenario y, con voz melodiosa, leyó haciendo los giros que la celebración obligaba.

Me voy a poner en pie otra vez, señor que viene a preguntar. Disculpe la necesidad de levantarme y sentarme, pero es debido al protocolo. Además, me gusta que me agarre con esa ternura del brazo, y que me ayude. No se sonroje ni se sienta acorralado, porque es la verdad. He sentido sus delicadas manos de seda importada, suavécitas como las telas que venden los turcos. No imagina cuántas manos he sentido en mi vida: las de dignatarios,

embajadores, profesores, historiadores, presidentes y otros de dudoso renombre, que me ayudan en esta etapa de la historia. He sentido manos hoscas, secas, recias, y unas cuantas grotescas, pero ninguna que invitase a acariciar como la suya. Pero bueno, basta ya de calenturas. Prepárese para escuchar el discurso y la voz de Su Majestad. Voy a utilizar su entonación ceremonial, la que practicó conmigo varias veces.

Mi reina comenzó:

—Invitados especiales que han acudido de lejanos territorios. Reinas de los estudiantes de otros años. Señorita reina de los marinos mercantes y de guerras. Señores directores de los colegios públicos y privados. Señoritas directoras de los colegios femeninos. Señores estudiantes. Honorable público. Su voluntad me ha colocado en este respetable sitio, lugar común de cita de la inteligencia, para escuchar la exaltación inmerecida de la que me han hecho objeto estos geniales exponentes de la pluma. Y digo inmerecida, porque nunca en mis sueños pude imaginar tanta osadía, ni que se convirtiera en realidad mi ilusión más querida. Aún resuenan los vítores con los que estos estudiantes premiaran las dotes de tantas candidatas que ornaron su frente con el oro de las coronas. Hoy, me corresponde a mí vivir la dicha de merecer estos aplausos. Gracias, señores oradores; gracias, señores estudiantes, por el honor que me conceden. Mi corazón, incapaz de manifestar tanta dicha, no puede contener la emoción; mis fuerzas devienen insuficientes ante tantos elogios.

»A mi espalda, noto la presencia animadora de las distinguidas reinas, que me señala el efímero camino de un trono descubierto; al fondo, las miradas expectantes de la reserva del provenir; los Hipócrates del mañana; los juristas del futuro; los que suman nuevos eslabones a su cadena de triunfos escolares. Médicos que ya coronan su carrera y otros que la empiezan; abogados que sueñan con sus primeras defensas en los foros; odontólogos ar-

tistas que esculpen monumentos en la pulpa aterciopelada de las bocas; farmaceutas que, a golpe de mortero, traducen fórmulas de los textos; bachilleres que son océanos de aguas llanas, como dijera el orador; faranduleros idealistas que ensayan su vocación, al calor de sus entusiasmos juveniles.

»Alquimia maravillosa en parábola ascendente de cultura y señorío. Estudiantes libertadores, inspirados por la grandeza de los prohombres de nuestra patria: vuestros pechos son urnas sagradas donde duermen las ideas renovadas del florecimiento de mejores días para la comarca. Sois descendientes de escritores, poetas y soldados, y por eso han de ser nobles vuestras causas. Sois dignos de los lauros triunfales con que los pueblos premian a sus luchadores. En vuestra sangre va escrita una tradición de dos siglos de sufrimiento. Vuestro espíritu será la antorcha de la epopeya más grande del continente, cuando seáis capaces de escribirla.

En ese momento, observé a los que estaban en la fila de asientos detrás de la mía, y pude constatar que lloraban. Todos en la sala lloraban, hombres y mujeres. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras las gargantas permanecían cerradas.

Tiempo después, supe que muchas personas pegadas a la radio también lloraron. Fue el llanto silencioso más grande que se ha dado en esta comarca. Solo estaba presente la voz de nuestra soberana cuando decía:

—No puedo escapar al deber ineludible de agradecer el apoyo a las mujeres de todos los colegios, que con su voz y aliento me conducen y me guían. Ángeles tempranos, escapados de los cielos para dignificar con su presencia la tierra conmovida. Misioneras de un recado que escribiera la Virgen María con el niño Dios en su regazo. Futuras esposas que arrullan ilusionadas al niño dormido. Ustedes son las creadoras de nuestra nacionalidad, con la trans-

misión de los ejemplos que nos legaran santa Juana de Arco, la incinerada, y Policarpa de los Bucaramanguenses, la sacrificada. Sois transmisoras del evangelio de la verdad, que sintetiza el Cristo mortificado perdonando al enemigo. Vuestras armas son la piedad y la caridad para las almas extraviadas. Sois cristianas, sois sencillas y puras como el pétalo del lirio matinal. ¡Mujeres, niñas, vosotras sintetizáis nuestra América Virgen!

»Señores estudiantes, sois campeadores esforzados de espíritu enhiesto. Agradezco el honor que me concedéis, y os prometo, con el puño en el pecho, los ojos en el cielo y el corazón en la mano, no defraudaros en la lucha. Os propongo formalmente ser lo que queráis que sea. Estoy dispuesta a compartir con vosotros las contingencias que el destino nos depare. Seré fuerte en la adversidad, serena en la victoria. No habrá vencedores ni vencidos; todos ganaremos porque somos más grandes que la derrota. El reinado que os prometo será la cristalización de los sueños orientales escritos en esos libros con que los abuelos alegraron nuestros primeros pasos. La alegría será diosa tutelar de los dominios que ustedes quieran conquistar. Señores estudiantes, que ahora me acompañáis: para que la lucha sea elevada, procuradlo. Para que todos seamos triunfadores, luchadlo. Para que la alegría sea obligatoria, triunfad.

Los aplausos llegaron hasta el cielo, inmensos e incontrolables, lanzados por súbditos de pie o en genuflexión ante su reina. Mientras lloraban, la reina sonreía sin el más mínimo temblor en su cuerpo. Yo tenía mi espíritu en las manos, y por vez primera sentí tener los pies sobre el mundo entero.

¿Se dio cuenta? Fue un discurso cargado de espiritualidad, enseñanza y consejos, con esas palabras inteligentes cargadas de poder, sabiduría y luces. Ideas, órdenes y orientaciones para que se cumplieran en este reino en crecimiento. La felicidad y la dicha

eran enormes; teníamos el vello erizado y el corazón henchido; las venas llenas de sangre palpitante. La emoción no nos cabía en el cuerpo. En su discurso, Paola agradeció las merecidísimas frases que le habían dedicado los oradores, e invitó a los asistentes a apoyarla y a participar activamente y con entusiasmo en su campaña, en su gesta. En su reinado de alegría y gentileza.

Espere, que me siento de nuevo. Deje que me seque estas lágrimas. Además, tengo como una puntadita aquí, en la espalda. Hoy en día, aunque son mil sesenta y un años después, todavía me resulta complicado no llorar al recordar los benditos momentos de aquel día. Ella estaba radiante: le salía una luz de lo más profundo de su ser que se esparcía por el recinto. Era un brillo intensamente blanco que nos tocaba, nos envolvía y nos acariciaba. Que nos hacía felices y se quedaba para siempre en el fondo del alma. Era el frenesí desbordante de los jóvenes que premiaban a mi reina, Paola Matilde I, con vivas y aplausos interminables.

Parecía mentira lo que sucedía, pero sabía que era cierto. Regresando al acto, si no llaman al siguiente punto, todavía estaríamos aplaudiendo y llorando frente al escenario. Para detener el estruendo, elevando la voz, doña Norma de la Villa, reina de la Armada de las Guerras, le brindó a mi candidata un saludo en su nombre y en el de la institución de la cual era imagen. También habló la actual soberana de los estudiantes, doña Marilourdes Castillo, afirmando que mi candidata tenía unos atributos físicos y morales que eran prenda de garantía para que los estudiantes vieran en ella a su digna sucesora. Estallaron de nuevo los aplausos ante tan espontánea y valiosa adhesión.

Finalizada la proclamación, tocó salir de la Casa Oficial de los Locutores, y el lanzamiento por los hermanos Castro de tres docenas de voladores: muchos kilos de pólvora y juegos pirotécnicos con humos de colores que anunciaban el inicio del desfile.

Una larga cola de seguidores se preparó para el paseo, en un recorrido de ensueño. El bullicio creciente partió de la avenida del Indio Mocaján, siguió por el *camellón* de los Patricios Elegantes, la calle de los Mercaderes y la manga de los Aristócratas, hasta llegar a los barrios Pie de las Calaveras de la Popa, Jesús Coronado de Espinas, los Jaqueyes, los Señores Cabreranos y los Monjes Descalzos. Finalmente, la locura pasó por las calles de la Plazuela, del Camposanto, por el costado derecho de la plaza de los Artesanos y frente al hospital Santa Jesusita, donde mis muchachos hacían sus prácticas.

Los seguidores de ambos sexos se contaban por cientos, y estuvieron siempre en caravana. Los habitantes de los barrios salían a las puertas y a los jardines para ver la belleza helénica de mi reina, y a gozar del jolgorio y del bullicio. Ante el paso, tiraban besos al aire y decían adiós con las manos. Hasta banderas paolistas vimos en algunos barrios. Mi señora conquistaba nuevos territorios; ya les pertenecía a todos.

Los súbditos no eran solo los estudiantes de profesión, ni los de los colegios. Eran todos los habitantes de la ciudad y de la comarca. Su campaña de conquista generaba votos que serían la clave del triunfo.

Mi reina había ampliado las fronteras de su reino, y yo, como su condesa de confianza, estaba feliz. Por eso, hoy me siento feliz de continuar siendo la noble que domina, que ordena, que está pendiente de todo.

Sigamos con los detalles de ese desfile inolvidable: yo iba fascinada, viendo a la gente colgada de los balcones de las casas. Los turcos salieron a las puertas de los comercios y arrojaron pétalos a la caravana. Por estar pensando, no me percaté de lo rápido que llegamos al último cruce, al ladito del parque de los Ilustres Capitanes, donde se aglomeraba la vecindad del palacio.

Fue triunfal, nuestra entrada: vítores, gritos, órdenes y correndillas, todo al mismo tiempo y con emoción, como cuando los muchachos entraron en la residencia y anunciaron el desarrollo del reinado. Las puertas del palacio estaban abiertas de par en par para súbditos y adeptos. Invadieron salones, pasillos y aposentos, de modo que cuando entré, exclamé: «¡Qué barbaridad!».

Pensé en el trabajo que me esperaba para acabar con tanta alteración y dejarlo todo impecable de nuevo. Pero no importaba; lo mejor era gozar del momento, ya que la felicidad no tiene precio. Las botellas de ron estaban listas. Pronto, ese licor dulce y amarillento comenzó a repartirse a mares en medio del festín. El palacio brilló con sus mejores galas: había música de gaitas y los presentes bailaban extasiados, en especial los estudiantes de Medicina, ya que la candidatura de la soberana había salido de ellos. El palacio real era el castillo donde reinaba la felicidad.

Las luces del día se fueron apagando, pero no el entusiasmo. Incluso se hacían más brillantes, porque se acercaba la noche y la hora de partir al baile de la ceremonia de proclamación. Desde una semana antes estuvieron circulando las tarjetas de la fiesta, que tuvo lugar en los salones del hotel Morros de la Costanera, amenizado por la orquesta Melodía, «la que bailan de noche y de día».

A la hora indicada, sin tiempo para el descanso, después de acicalarle el cabello y de cambiar las vestimentas de la reina, colocándole un traje oscuro y vaporoso, partimos hacia el baile. Poco a poco, fueron llegando las personalidades: la primera fue el rey soberano y magnánimo de Montezuela, y varios minutos después la princesa Ana Tercera del Rosario. El primero era un señor bastante moreno, huesudo, de boca pequeña y dientes blancos como el azúcar. Serio y de pocas palabras, parecía estar siempre pensando, o estar peleado con alguien. La princesa era pálida como una rana platanera, de manos y pies pequeñitos; no

creo que calzara más de un treinta y dos. Casi se lo pregunto y meto la pata, si no es por mi amada Metis. Esta vez sí que pude contenerme. Oh, dioses del Olimpo, gracias por estar conmigo. Oh, profetas bíblicos, socorredme siempre. Bueno, ella tenía los ojitos verdes: siempre se veían vivitos y abiertos. Miraba de pie a cabeza y nunca espabilaba. Creo que no miraba, sino que realmente escrutaba. Nunca la vi sonreír, solo inclinaba la cabeza. Y jamás entregó sus manos enguantadas a los que se le acercaban a saludar.

De inmediato, entraron gobernantes, distintas autoridades y la reina general de la belleza, Piedad de la Gloria Pernambucano. Llegaron profesores, estudiantes, profesionales y amigos. Los actos del día y el baile fueron transmitidos en directo por Radio Colonial. La alegría fue desbordante, y los logros se alcanzaron tal cual estaba previsto. Cuando el inminente nacimiento del sol anunció la alborada, se extinguieron las luces de un baile espléndido, de los más maravillosos que estudiantes algunos realizaran en sus vidas.

Amanecemos cansadísimas el domingo tres de Julio, con los pies llenos de ampollas. Como una adolescente, estuve bailando a la par de la reina con estudiantes de profesión y de Bachillerato. Esos *porros* nuevos que tocó la orquesta estuvieron divinos, y los tres boleros con los que finalizó la velada fueron fenomenales.

La reina permaneció en sus aposentos hasta media mañana. La noté cansada, pero radiante y feliz. Comprendí que era la hora: me fui a tocar las campanas para la levantada, liar bártulos, recoger *motetes* y preparar ropas para la ocasión. Organizar y prepararnos para salir de nuevo. Increíble, pero cierto; de veras, señor, que se derrocharon energías. El cansancio era el combustible para seguir y seguir. La agenda no paraba, no había respiro. El disfrute era total.

Fui al baúl y escogí las vestimentas para mi reina. Preparé las peinetas, los pañuelos de encajes, la polvera, varias botellas de agua florida de Murray y una de Alhucema. Tenía que conseguir que se viera espléndida, mi señora, aunque hubiese dormido pocas horas; que no se le notaran ni el cansancio ni el trajín. Que estuviera sonriente y lista para responder a los cánticos y a los requerimientos de sus súbditos. Aquel día íbamos a conquistar territorios lejanos. Yo esperaba que se ganaran muchos adeptos en esas tierras distantes.

Cuando tuve las cosas listas, y a mi reina presta para partir, hice que doblaran cinco veces las campanas. Sonaron trompetas y clarines. El heraldo, de pie sobre el aljibe de la plaza, anunció: «Es hora de partir. El rumbo es hacia las tierras lejanas de Aryona». Y de nuevo las fanfarrias, mientras se abrían los portones.

Nos acomodamos en el carruaje. Siempre he creído que dije en voz alta, intentando ser profeta: «Aryona, prepárate, porque mi reina Paola Matilde I va a conquistarte. Que los dioses, semidioses y profetas de los cielos nos lleven en victoria y emoción. Que el buen viento nos empuje a esos amplios terrenos. Seguro que, con los años, allí se construirá el castillo campestre de mi reina».

Ahora sé que atiné, señor. ¿Usted cree en los profetas? ¿Diría que soy la profeta Rosalía? A veces, cuando estoy triste, creo que sí. Cuidadito; no se ría porque soy capaz de llamar a los guardias para que lo envíen doscientos días al calabozo. No haga ni siguiera una muequita, porque podría salirle cara.

Cuando estábamos en la calle, una de mis ayudantes me preguntó para qué íbamos a esos sitios tan lejanos. Qué íbamos a buscar a la distante población de Aryona. Le hice saber que, hacía unos días, había llegado al palacio una perfumada carta donde se invitaba a doña Paola Matilde I y a toda su comitiva a un paseo campestre por esos territorios, a más de treinta kilómetros de dis-

tancia. Firmaba la invitación Lucrecio Albaricoque, simpatizante de mi reina.

Una vez más, cometí afrenta contra mi Metis. Es que siempre me ha sido difícil tenerla presente. Dije que yo, en secreto, sabía que Lucrecio Albaricoque estaba enamorado de mi reina. Que los había observado y estaba convencida de los sentimientos de ambos, pero que prefería no decir nada, solo sonreír y callar.

Se lo repito, cabeza de chorlito: lo que dije, lo hice también con un guiño de complicidad a mi ayudante, pidiéndole en voz baja ser mi confidente, de modo que nadie se enterara. Sin embargo, contradiciéndome, estando de pie dentro de la carroza real, al lado de Su Majestad, y sin importarme las consecuencias, dije:

—Atención, población de Aryona y Lucrecio Albaricoque: prepárense porque ya salimos. Paola Matilde I, mi reina, está a la cabeza de esta excursión campestre. Ella encabeza esta gesta triunfante para colonizarlos o conquistarlos. Para volverlos sus súbditos, o tal vez sus esclavos. Y a Lucrecio Albaricoque, hasta algo más, no importa que haya un domingo siete... Y no me pregunten de hilos, porque la que cose es Nardela.

La caravana avanzó rápida por las calles. Cuando cruzábamos por la de la Media Luna del Solsticio, justo frente a la tienda de cachivaches de Roshan y sus hermanos, descendientes de músicos rusos que llegaron después del último brote de viruela, tocó detenerse para esperar a algunos carruajes que se habían retrasado. Cuando estuvieron al alcance de mi voz, les grité:

—Ustedes, que vienen retrasados, ándense. Aseguren bártulos para que nada se pierda por el camino. Estén preparados porque hasta podría suceder que la reina Paola Matilde I también llegue a ser la soberana de los territorios campestres de Aryona.

Otra imprudencia que la diosa Metis me hizo notar, doblándome la oreja derecha. Gracias, diosa, por estar a mi lado y frenarme, pero qué culpa tengo yo si el cielo es negro cuando va a llover.

Por un sendero polvoriento, después de cruzar los tupidos cerros y las apretadas selvas donde aún reinan los indígenas yurba-cos, y tras atravesar el crecido arroyo del Matute Cañaflecha, llegamos a Aryona. La inmensa comitiva fue tomando el poblado; decenas de personas se habían ido sumando durante la travesía, y participaban del colorido.

Fuimos hospedados en casa del médico Aristóbulo de los Guerreros, distinguido galeno de ese hermosísimo y verde lugar, donde nos colmaron de atenciones y halagos. Es de recibo notar que, a medida que íbamos entrando, la gente dedicaba vivas a la reina. A su paso por las calles, los gritos de alegría se mezclaban con el dulce olor del campo. Agitando la bandera paolista, pregunté: «¿Quién tuvo la ocurrencia y trajo esa gran cantidad de banderas?». Imagínese, no podía haber sido una única persona. La descubrí a la sombra de un frondoso palo de mango, cubierta su voluminosa caballera con una pañoleta de lino con picaflores estampados, con una sonrisa feliz de oreja a oreja y agitándome la mano: Carmiña Perfecta del Sóleo.

El almuerzo fue succulento: un sancocho de tres carnes, un popular plato trifásico capaz de alimentar para una semana a un león. Por la tarde, nos llevaron a la casa de la familia de Lucrecio Albaricoque, donde nos recibió la orquesta de Aryona con piezas musicales. La familia obsequió atenciones a mi señora, y de veras que fue muy bien acogida. Yo me acerqué y lo llamé por primera vez, a mi Lucrecio, tan confianzuda yo... Pero es que desde el comienzo me cayó bien el muchacho; me gustan mucho los muchachos de provincia.

Varias piezas de música bailé sin ser vista, para alejar el cansancio y sin hacer caso del dolor que me causaban las vejigas. Respiraba profundo para disfrutar del aroma del campo, y me imaginaba viviendo en esos pastizales. Se hizo realidad mi aspiración, ya que todo lo profetizaron como una verdad. Toque mi

brazo derecho o ponga su cabeza en mi hombro, y percátense de que estoy en estos pastizales. Llegue aquí con los años y los acontecimientos. Disculpe que me haya desviado de nuevo; son tantas las emociones y los sentimientos...

De pronto, hubo una parada en la música en mitad de una canción. Los presentes nos sorprendimos; nadie esperaba la interrupción brusca, y menos aún, la entrada de las ocho tías de Lucrecio Albaricoque haciendo bulla, vestidas de *cumbiamberas*, cantando notas de carnaval y llevando palanganas sobre la cabeza llenas de un postre delicioso. Fue la primera vez que esta que le habla tuvo la oportunidad de degustar la esencia del anís estrellado y de los clavitos de olor. La orquesta tocó tres cumbias que se demoraron una eternidad para que bailásemos degustando el postre.

Aproveché, y tuve la feliz ocurrencia de comerme cuatro pedazos y traerme a escondidas, entre mis pertenencias, tres más para la noche. Avíseme usted, señor, cuando venga de nuevo, y le tendré preparado un buen pedazo de *enyuca'o* para que lo disfrute, y otro para llevar.

Al caer la tarde se recogieron los enseres, y salimos de Aryona al ritmo de la música, los aplausos, el agitar de banderas y con solicitudes de pronto regreso. Hubo tiempo de cruzar por la calle principal de la población vecina, llamada Palmar del Monteblanco, que fue fundada muchos años atrás sobre las ruinas de un pueblo de yurbacos. También allí la gente manifestó su complacencia: nos brindaron una improvisada pero cálida recepción, y en grandes bandejas nos entregaron frutos exóticos cultivados desde tiempos ancestrales: mamey, caimito, anón, níspero, zapote, jobo, guayabas, chirimoyas, maracuyá, guanábana y mamón.

Señor forastero, hágame el favor y dígame cuándo inicia su viaje de regreso, para prepararle una caja de cartón con esas exquisiteces. ¡India Emelina, ven pronto, india Emelina! Escoja her-

mosas frutas para que el señor se las lleve a casa. Agréguele cinco auyamas, una docena de raíces de jengibre, varias batatas, un racimo de yucas harinosas, tres ñames criollos de color morado y tres ñames de espina. Colóquele ahora en un plato de cerámica tres anones maduros para que los disfrute antes de partir. Precioso y divino forastero, disfrútelos con paciencia, pues solo en nuestras tierras los podrá encontrar.

Después de tan larga travesía, llegamos otra vez al palacio real. Estaba muy oscuro y se hacía indispensable un buen descanso, porque para el día siguiente había muchas más cosas que hacer. Iba a ordenar el cierre de las puertas cuando llegó, traída en bicicleta por el cartero, una comunicación de los estudiantes del colegio Politécnico, donde expresaban que en buena hora y con entusiasmo indescriptible, acogían la candidatura con la resolución inquebrantable de triunfar. Es que el correo llegaba al palacio de día y de noche.

Cerré todo, hasta los ojos. Y aunque nosotros ya descansábamos, la batahola del reinado continuaba encendida por la ciudad. Otras candidatas estaban haciendo diversas actividades: a esa hora, la reina Adela I había dado una elegante fiesta de corbata en el club Guapachoso. En las calles se respiraba un ambiente festivo: los estudiantes estaban alborotando con emoción y cultura. La ciudadanía, insomne, no se rendía ante el alboroto y el goce juvenil.

El lunes cuatro de julio fue el día de la llegada de las musas. En horas de la mañana, la reina estuvo en su aposento privado y me pidió no ser molestada. Deseaba escribir un manifiesto para enviárselo a los estudiantes, escrito para que llegara al corazón. Casi al mediodía, me informó de que estaba listo y me solicitó que lo escuchara. Leyó con voz fuerte y apasionada en el centro de su dormitorio, estando en ropa de dormir.

Realizó un par de modificaciones cortas mientras leía. Cuando finalizó, lo aprobó con una sonrisa, me miró y me pidió que llamara a los miembros del comité encargados de las publicaciones, para hacer pronta impresión en tinta roja, para que fuera más impactante. Días después, estuvieron listos miles de ejemplares que se entregaron hasta en las poblaciones vecinas. Yo me guardé unos cuantos, y lástima, fíjese usted: han pasado tantos años, y han venido tantos forasteros a preguntar sobre la historia de este reino, que ya los he regalado todos. Lamento que no me quede ninguno, pero no se aflija, que me lo sé de memoria.

Ella les dijo a los estudiantes:

—Los primeros rayos indicativos de mi triunfo se vislumbran ya en el espejo de las almas estudiantiles. Un radiante sol de luz alegre ilumina la senda que nos conduce a la meta. Todo nos subyuga, todo nos anima. No hay pájaros agoreros que, con sus graznidos desagradables, entristezcan nuestra mañana victoriosa. Soy soberana de los corazones porque la nobleza de mis súbditos así lo quiere. Tendemos a todos nuestros compañeros la valiente mano del amigo, porque no habrá vencedores ni vencidos: todos ocuparán el mismo sitio de honor en mi espíritu, porque yo os digo que no habrá últimos ni primeros.

»Así lo quiero yo, así lo desea mi falange. Todos debéis participar de la alegría, y no quiero que ninguno llegue tarde. En mi mano está el pan con que se alimentan los espíritus sinceros. En mi dominio no se encuentra el veneno renacentista con el que se envenenan las almas juveniles. Solo hay aguas purificadoras, surtidores de elixires que limpian las almas de pecado y perforan los cuerpos esforzados. En mis dominios solo hay ciclo fecundo para estrellas y luceros que compiten por el fulgor de sus campos insondables. En mis dominios, nace la flor y fructifican los viñedos al roce de mi mano. Estamos en la época de la vendimia, y empieza el baile de las panderetas y los cascabeles. Llueven los confetis, y se

enrollan en los ventanales las serpentinas multicolores. Las rosas abren sus corolas para recibir el beso furtivo de las brisas matinales. Trilogía de música, color y olor, síntesis y compendio de una prosa, la mía. ¡Viva el carnaval estudiantil! ¡Vivan los estudiantes! ¡Viva la alegría!

Hermosas palabras, ¿no es cierto, visitante? Veo que le gustaron. Se le han dilatado las pupilas. Venga, venga, déjeme tocar su pecho para comprobar cómo brinca su corazón. Ya veo; hubo otros más acelerados, pero usted se clasifica. Hermosas e impactantes fueron esas frases que escribió Su Alteza. Dígame, señor, dígame con sinceridad y poniendo una mano sobre la Biblia, el Corán o su libro de creencias, si en la historia colonial de estos parajes ha existido persona con cualidades mayores para la retórica que mi soberana.

Le había adelantado que aquel fue día de musas, ya que por la tarde llegaron dos misivas perfumadas con pétalos de rosa, que contenían frases divinas. La primera, titulada *Paola Matilde*, decía: «Delicioso empezar del amor bajo la luz estudiantil. Ha llegado a mí el bendito aroma de una reina mora. Que viva mi figura en tu recuerdo a toda hora. Mira, reina, el azul cristalino del agua, y rema para el bien, rema de frente o de perfil. Ah, tarde de hoy, tranquila y ensoñadora, adormecida por el murmullo del viento y las aves canoras: eres bella, por siempre aroma».

La otra misiva, también llamada *Paola Matilde*, señalaba: «En tu brillo está la luz y la dulzura de la verdadera reina. Lanzas el amor hacia la victoria sonora. Van coronando el cielo con luces y con cristales a la diosa. Es bueno tu crecer como reina en mi jardín. Radiante, brillas en el firmamento. Eres mi reina amante, mi bella luz deslumbradora».

Ambas estaban firmadas por Carmelo Pablo Puerta, y añadía a su extasiado alegato de amor: «Súbdito enamorado». Acrósticos, misivas y cartas así llegaban por docenas. Los jóvenes estaban

enamorados de mi reina, lo cual era de esperar. Pero desde el primer día, una corazonada me dijo que había gato encerrado en ese Carmelo Pablo Puerta, por su profundidad, por el tamaño enorme de la letra, la decisión en el uso de las palabras y lo fuerte del trazado. A esas dos primeras las siguieron noventa y seis, que llegaron siempre en pareja, dos cada día. E incluso, a veces, dos por la mañana y dos por la tarde.

Hasta que, más pronto que tarde, llegó el día en que un par de frases me dieron la clave, y me olí el tocino: pude probar que el tal Carmelo Pablo Puerta no existía. Era solo el apodo de un enamorado de verdad, y ese era mi muchachito, Lucrecio Albaricoque.

A la semana de llegada la primera docena de cartas, le confíé a mi reina mis sospechas, porque yo no guardo secretos ni averiguaciones. Nos miramos, nos reímos a carcajadas, me abrazó fuerte y me dijo al oído que lo sabía con certeza desde la primera letra, pero fingía no saber nada, y me pidió reunir en silencio todas las que habían llegado y las que estaban por venir. Acordamos que solo cuando un día no llegasen cartas, le contaríamos al autor que lo descubrimos desde su primera línea. Que nos gozamos sus ocurrencias y que las disfrutamos con el secreto. Aquí están, véalas: las noventa y ocho cartas en papel fino de color rosado, escritas con tinta china colorada, tan intensa que parece sangre. Atadas cada una con una cinta de seda de color morado y, en la esquina superior del sobre, la huella del dedo índice derecho de su autor, impresa en tinta dorada.

Señor forastero, si algún día va por los terrenos feudales de los enanos del Cádiz, pregunte por el duque Fernández de la Quinta Jerarquía de la Gala, y dígame que vio las noventa y ocho cartas de amor que Carmelo Pablo Puerta envió a Su Majestad. Que no son leyenda, que no son mentira: que son realidad, que existen. Véalas de nuevo, aquí en mi mano derecha, pero nada de tocar, nada de llevar. Cada misiva solo tiene tres huellas impresas: la del

autor, la de la reina, y claro, las mías. No me mire así, no arrugue las cejas y sin envidias, que se puede pasar cuatro semanas en el calabozo o media hora en la jaula de las hienas. No creo que sobreviva a ninguno de los dos castigos, pues veo que es algo debilucho.

Al final de aquella tarde, Su Majestad concedió audiencias a estudiantes de varios colegios. Se armaron nuevos comités de apoyo y se programaron las actividades. Al mismo tiempo, se entregaban volantes e invitaciones para votar. La reina seguía cosechando aplausos, y la nota general que se observaba era de alegría.

Esa noche nos fuimos a la cama temprano, para recargar baterías, ya que para la noche del día siguiente, martes, estaba programada una sesión solemne en el salón principal de actos de la Universidad, el *alma máter* de mis muchachos, donde se graduaban los mejores, donde las tesis laureadas y los sabios se reunían. En ese acto, los dignos gobernantes de esa casa de estudios ofrecerían un cóctel y un agasajo a mi reina.

En las primeras horas de la mañana del martes cinco de julio, mi reina Paola Matilde visitó el Colegio Departamental de Bachillerato. Fue presentada por Evelino Montes. Sus compañeros lo llamaban el Ñato Evelino, pero yo jamás lo llamé así porque nunca me ha gustado llamar a las personas por apodos.

Evelino, con frases de alta alcurnia, destacó las cualidades de las que hace gala nuestra candidata. Luego, Efraín Paniza, estudiante de Medicina, hizo otro tanto, y un aventajado estudiante de Bachillerato, como si fuese un connotado filósofo, señaló la importancia que tenía la cultura en las acciones del ser humano. El público aprobó, levantando la mano, la solicitud de que el colegio sacara adelante la candidatura de mi soberana para restaurar el prestigio de los carnavales estudiantiles. A continuación, habló nuestra candidata. Con espontaneidad, declaró: «Jamás

seré reina del desorden, por lo que solo acepto apoyo de los estudiantes que comulgan con ideales de caballeridad e hidalguía».

A las diez y media de la mañana, se trasladó al colegio Politécnico en compañía de un grupo de simpatizantes. En el trayecto, su aplauso dio a entender de manera clara que no había precedentes de apoyo y aceptación hacia una soberana. Para entonces, muchos admiraban la forma como se había venido desarrollando nuestra campaña. Un locutor había reflexionado sobre el espíritu cívico que tenían los súbditos de mi reina y su actividad ejemplarizante. Habló también de las maratonianas fiestas que hacíamos, y felicitó al puñado de estudiantes, mis muchachitos, que habían sacado a bailar a adolescentes y adultos dentro de un certamen que combinaba elementos de un reinado de simpatía con una apasionada campaña proselitista.

El locutor dijo: «Es bueno que nuestros estudiantes inviertan sus vacaciones en estos menesteres. Que estén aprendiendo a involucrar a toda la sociedad, alcanzando elevada repercusión y despertando el interés y la conciencia en todas las capas sociales».

Con ello, hizo alusión a los volantes que continuaban circulando de mano en mano, ya que los entregábamos por montones en calles, almacenes, colegios, empresas y oficinas. El plegable que más gustó fue uno que tenía en primera página la fotografía de Paola Matilde, donde se destacaban sus ojos brillantes y vivaces; su simétrica, divina y amplia sonrisa; su cabellera suelta y la cabeza parcialmente cubierta por un hermoso velo, que le caía rendido y vencido más abajo de los hombros, dándole un toque sensible y místico. En el cuello lucía una elaborada gargantilla de la cual pendía un crucifijo, que contribuía a enmarcar la espiritualidad de la fotografía.

Véala, no más: si hubiera nacido en la antigua Grecia o en la añorada Mesopotamia, o entre los egipcios a la orilla del Nilo, cuando casi nada se había inventado, ella, mi Paola Matilde, no

habría sido reina. Seguro que habría sido una diosa. Mírela, vénela, adórela, mi forastero preferido. Dígaselo al duque Fernández de la Quinta Jerarquía de la Gala cuando lo vea; infórmele de que recuerdo cuando vino por acá, se puso de rodillas y, con mucha piedad y devoción, oró ante esta estampa en voz muy baja por más de cincuenta minutos. Lo recuerdo, tan bonachón y querido, este hermoso duque.

En la tercera página de ese hermoso plegable estaba escrita una proclama que Paola redactó. Como habrá podido observar, mi reina era diestra con la pluma: le gustaban la redacción, la caligrafía y hasta la taquigrafía, ese arte que ya se perdió. Yo gozaba viéndola escribir sus ganchos y sus círculos, mientras me explicaba qué significaban. En varias ocasiones, le pedí que escribiera Rosalía en taquigrafía, y cuando me enseñaba el papel, no me aguantaba de la risa.

Señor, póngase sereno de nuevo. No me voy a poner en pie para declamar esta proclama porque siento dolor en la rodilla. El condenado dolor se acrecienta cuando camino; es por ello que no he ido allá afuera, a la recepción, a ver por qué hay tanta gente en este castillo campestre. Estoy muy intrigada. No comprendo por qué me parece a ratos que todos están tristes. Vaya, por favor, y pregunte qué es lo que sucede.

Bueno, perdón por mandarlo a hacer averiguaciones. Yo tengo mi servidumbre y ellos se encargarán. Disculpe a esta anciana condesa, y escuche la proclama presente en el plegable:

—Estudiantes de la Universidad, alumnos de los colegios de Bachillerato, de la escuela normal y de los institutos politécnicos, que en nombre del estudiantado han querido honrar mi nombre. Mi único propósito al aceptar tan honrosa designación no es otro que el de coadyuvar con mi entusiasmo, para que estas fiestas del espíritu adquieran su máximo esplendor. En mí, encontraréis

la amiga de todo momento, dispuesta a ayudarlos con su sencillez para que este certamen sea ejemplo de cultura y alegría. Mi presencia tiene por objeto procurar que no decaiga en ningún momento el ánimo de los que, en nombre de Minerva (de sol en sol y luna en luna, apartados de toda alegría, entregados a los libros como únicos compañeros), en estas semanas de fiestas, se entreguen de lleno al jolgorio y a la sana batahola, por el mérito de haberla ganado en recompensa por sus privaciones. He sido, y soy, estudiante.

»En este torneo con tintes de carnaval, los jóvenes y los mayores encontrarán almas nobles envueltas en la compostura y bajo la luz del pebetero donde arden esas hierbas aromáticas llamadas alegría e inteligencia. Para nada estarán presentes las mezquindades ni los recelos. La fiesta es para todos los que saben interpretarla. En nombre de la diosa de los libros, de los juegos de los antiguos griegos que hicieron de Atenas la capital de la inteligencia, os invito, con el corazón generoso y el alma en las manos, a romper con la monotonía de los días y a agitar con la bandera paolista el viva clamoroso del estudiante. ¡Vivan los estudiantes! ¡Viva el carnaval! ¡Viva la alegría!

La proclama también estaba escrita en unos cartelones gigantes que se pegaban en cuanta pared y muro existía. Como ya he dicho, teníamos dos empapeladores que eran expertos en buscar muros estratégicos. Olvidé decirle que el chiquitico de Fernandito Segundo Infantes se subía a hombros del grandotote José María Cardenal de la Tarulla, y ubicaban los carteles en los sitios más elevados, lejos del alcance de los adeptos de otras reinas y de la tentación de colocar encima un cartel contrario, o retirarlo para llevárselo como trofeo en la batalla publicitaria. En aquellos días, la competencia por los sitios más vistosos se hallaba en su punto álgido.

Por la tarde, las cinco candidatas, Avelina, Paola Matilde, Adela, Carolina y Yamila, visitaron al director de la oficina de educación pública de la comarca, quien las había citado para tratar los asuntos relacionados con el reinado estudiantil y definir las pautas para la elección de la reina ganadora. Ese fue el día en que se instaló oficialmente el Comité General Organizador del reinado, conformado por tres delegados de cada uno de los comités de las reinas. De los quince, se escogió una mesa directiva de tres personas que quedó presidida por el señorito Jorge Urabá, que formaba parte de las huestes de mi reina.

Al parecer, todos quedaron satisfechos con la conformación de ese comité, pero los problemas empezarían al día siguiente. Y es que, mi señor, no hay dicha que dure mil años, ni cuerpo que la resista. Las cinco candidatas pasaron por el despacho del gobernador de la comarca, Ramón del Cristo de los Hoyuelos, con quien mantuvieron una amistosa charla. Con los dos funcionarios se acordaron puntos importantes para la recta final del certamen, y ellos, como máximas autoridades, se comprometieron a velar por la seguridad y facilitar lo indispensable para un ambiente festivo.

El estudiante Santander Valdeblánquez, que era un fogoso orador de amplio recorrido, para promover la candidatura de la reina de su preferencia —que no era Paola Matilde—, se inventó una marcha de antorchas. La intención era demostrar la irrevocable decisión de victoria de su aspirante.

Había abundante expectativa en la ciudad, lo que contribuyó a una nutrida asistencia. Como le he dicho, los estudiantes habían logrado involucrar a los ciudadanos en su juego vacacional. Algunos observadores ya habían hecho notar que existía algo que llamaban polarizaciones, y las arengas callejeras se llenaban de manchas o de voces no adecuadas. Incluso alertaron de la posibilidad de enfrentamientos, y anotaron que algunos grupos

se hacían muecas no aceptables. ¿Sabe usted algo de polarizaciones? ¿De qué polo de la Tierra es usted?

La marcha nocturna de las antorchas partió del parque de los Pobres Despatriados para recorrer las calles del barrio de los Monjes Descalzos, pero pronto fue disuelta porque hubo mucho desorden y descontrol. Al principio, fue con gritos y arengas ofensivas. Los adeptos de una candidatura determinada gritaban a más no poder, para opacar los gritos de las otras. Pronto, cundieron los temores y los miedos; algunos incluso llegaron a señalar el peligro de tantas antorchas encendidas, pero este asunto fue desatendido en el fragor de la marcha convertida en desorden.

La agitación y los rencores crecieron y contaminaron el acto, y se produjo una explosión de rabias contenidas, envidias injustificadas y voces gruesas. Se tiñó de sangre, la marcha de antorchas. Hubo enfrentamientos y violencia. Mi Israel, el más grandecito de los Trascamocho, se metió entre los marchantes en medio de las teas encendidas, y aprovechó un instante en que todos tomaban aire para de nuevo lanzar sus arengas. Imprudente, gritó: «¡Viva mi reina, Paola Matilde!». De inmediato, uno de los marchantes le acercó inmisericorde su antorcha encendida a la boca, y estuvo a punto de quemarle. El muchacho logró escabullirse, pero muchos vieron el intento de agresión y lo censuraron por grave y peligroso. Hasta en un noticiero lo dijeron, y le pidieron excusas a mi muchachito en nombre de todas las personas de bien.

El desorden que se desató en la marcha marcó el inicio de un destino desafortunado para la competencia festiva, y recordó que el mal siempre suele estar presente, aunque pase inadvertido. Se cambió, en definitiva, el rumbo del concurso, y se fueron a la basura las propuestas de un certamen limpio y organizado. De ahí en adelante sería Troya.

Señor, que viene de tierras muy distantes, ¿sabe usted lo que es Troya?

El periódico más importante de la ciudad, en primera página, destacó lo que usted ya sabe. En las horas de la tarde de ese día cayó una ligera llovizna, y en un solemne acto público, de entrada gratuita y al aire libre, fue proclamada Yamila I en los balcones de la oficina del Real Tribunal de los Diputados. Por la noche, y antes de que acabara ese evento, otra candidata lanzó a voz en cuello la solicitud de apoyo a su candidatura, mientras sus súbditos lazaban llamadas a la adhesión.

Desafortunadamente, el programa tuvo que ser suspendido porque unas voces no invitadas, vociferando obscenidades y soltando improperios, mancharon la ocasión. Fue el primer evento que se tuvo que finalizar anticipadamente por los desórdenes. No se podía tapar lo que se avecinaba, y la preocupación crecía, aunque se intentaba continuar con el feliz revuelo de locos que unos pocos estudiantes iniciaron, y que supieron contagiar a otros.

Muchos se creían nobles como nosotros, pero el único y verdadero palacio real era el de la calle Segunda de Zapatillo, que a todas horas era visitado por súbditos de esta comunidad, así como de las vecinas. Además, era el único palacio con una condesa ilustrada, con título vitalicio e intransferible.

Observe uno de estos álbumes que han sobrevivido a los años. Vea la gran cantidad de mensajes que logré recolectar, porque siempre estuve esperando los días en que llegaran forasteros con la pregunta que usted me ha hecho. Sabía que vendrían a escudriñar la esencia monárquica del reinado, por la importancia y el alcance que obtuvo, por lo que ha durado, y por ser mi reina la más querida. En aquellos días, los muros estaban empapelados con fotografías de mi soberana; algunas incluso salían en los periódicos, en las proclamas, en las hojas volantes, en las invitaciones a votar, en los carteles...

¿Sabe cuál era mi preferida? Déjeme buscarla por aquí, en este álbum afectado por el tiempo. Aquí está. Hermosísima; mírela, pero no la toque. Hace bien al quitarse la boina; es señal de buenos modales. Contemple todo el tiempo que quiera la fotografía.

Acabo de recordar que una vez vino un visitante que era experto en arte, y me dijo:

—Observe con detalle, Rosalía, la belleza de la tonalidad de los grises, el contraste entre claridad y oscuridad, el juego de la luz sobre el rostro de la soberana, la presencia de las sombras y la penumbra. Hasta Dios debe de estar escondido entre esta belleza. Es una obra de arte del fotógrafo, pero sin duda la modelo es creación divina.

Seguro que fue el mejor fotógrafo de ese siglo quien dejó esta obra de arte. Y mire, mire aquí: tiene un sello en el borde inferior que certifica que fue tomada en Foto Imperial. Recuerdo el día que fuimos a hacer esta fotografía: hicieron falta muchas pruebas hasta seleccionar la mejor. Incluso para ella, era su foto preferida. Observe palmo a palmo la belleza; preste atención a la dulzura de su sonrisa. Esta foto la he tenido aquí, y se la he mostrado a los forasteros que han venido a preguntarme cosas.

En la mañana del jueves siete de julio, nos fuimos en comitiva al colegio donde estudiaban las futuras profesoras, la Escuela Normal de Señoritas, donde mi reina fue recibida con atronadores aplausos. Pronunció un discurso Wilfrido Trascamocho, el hermano de Israel. Mi reina, con cortas frases, anunció que el triunfo estaba asegurado y con él, la restauración del buen nombre de los estudiantes cartaviejeros. Tras los discursos de rigor, mi reina se reunió durante mucho rato con sus partidarios.

Más tarde, ya en el palacio, a los diferentes comités de apoyo de los colegios se les explicó cómo debían seguir la campaña de agitación, y cómo alejarse de los tumultos. Y les pidió que nunca

hiciéramos eco a los insultos, pues quedaban prohibidos los agravios y las faltas de respeto. Quiero hacer notar la gran capacidad de trabajo y de alegría de mi reina: en todo momento estaba en contacto con los comités, dando instrucciones y recibiendo informes. Muy entusiasta, mi Paola Matilde. ¿Usted también es entusiasta, señor?

Por la tarde, nos fuimos en masa al estadio, al juego de béisbol entre las novenas Águilas de san Felipe y los Tigres Manchados. Asistieron todas las candidatas y el encuentro estuvo animado. En las graderías de sombra, los fanáticos animaban sin parar a sus equipos. Por fortuna, no hubo ataques ni agresiones, aunque no estaba el palo para cucharas. Al finalizar el partido nos fuimos a la calle del Sargento Descabezado, a las instalaciones de Emisoras del Altiplano, donde se desarrolló un programa con oraciones líricas a cargo de Jorge Urabá, Eliseo Membrillal y José Vicente del Parnaso. Los tres hicieron elogio a las virtudes que adornan a Su Majestad, y enumeraron uno a uno los motivos por los cuales el estudiantado debía llevarla al trono.

De allí, nos fuimos muy de prisa y acompañados por una larga fila de seguidores, estrictamente ordenados en fila de a cuatro, organizados por la siempre presente Carmiña Perfecta del Sóleo. Fuimos a las instalaciones de otra emisora, Voces de la Costanera, que gentilmente había cedido sus ondas como medio de propaganda. En el radio-teatro, el estudiante del colegio San Bautista Educador, de nombre Feliciano Andaluz de los Benedictinos, anunció: «Paola Matilde I ceñiría en sus inmaculadas sienes la diadema que nuestros corazones le han forjado, porque su nombre es símbolo de triunfo. Y no del de un grupo de estudiantes, sino del estudiantado de toda la comarca».

Inmediatamente después tomó la palabra Alex Betancourt, quien la designó reina absoluta de los hijos de Hipócrates. Un grupo de profesores de la escuela de Medicina le entregó un ramo

de flores de terciopelo, y le prendió del cuello de la blusa un colgante de oro con la figura de un caduceo. Luego, Julián Marcelino Mina, en frases de acendrado sabor, habló sobre el movimiento que la llevaba al solio de las reinas del estudiantado.

En la página octava de uno de los periódicos capitalinos del siete de julio, se anotaba que para el día diez tendrían lugar las elecciones. Decía el periodista:

Las candidatas cuentan con buen volumen de opinión en los círculos estudiantiles. Yamila, Paola Matilde, Adela, Avelina y Carolina, estimulan y presiden sus fiestas y eventos. Las calles se ven frecuentemente colmadas de estudiantes que, en manifestaciones públicas, exaltan las virtudes de sus respectivas candidatas. La propaganda ha superado incluso la que se hace en los debates políticos. Las radiodifusoras, la prensa, las pantallas de cine, las carteleras, la plaza pública y los salones de baile, todos han sido absorbidos por la muchachada de las aulas para llevar a cabo sus frenéticas campañas.

Otro periódico, en la misma fecha, indicó que: «Con entusiasmo, se adelanta la elección de la reina de los estudiantes». El texto fue leído en el palacio real y nos llenó a todos de emoción, ya que decía:

Se viene adelantando, con el más grande entusiasmo, un plebiscito social de candidaturas para elegir a la reina, en el cual juegan los nombres de algunas de las más esclarecidas damas de la sociedad. Los cartaviejeros, abriendo un paréntesis en sus faenas escolares, se han entregado al juvenil goce de las fiestas. Entre cordiales vítores a las candidatas, viven con expectativa los futuros acontecimientos. También los profesionales han querido

sumarse al regocijo de la juventud, y con un movimiento de grandes fuerzas se han sumado a la lucha apoyando a las candidatas, las cuales tienen posibilidades de victoria, ya que no faltan en ellas atributos para apoderarse del solio estudiantil.

Paola Matilde, la gentil candidata de los estudiantes de profesión, no es solamente una dama graciosa y bella, sino la fusión de todas las virtudes que adornan a la mujer caribeña. No obstante, resulta difícil pronosticar cuáles podrían ser los resultados de un concurso en el que juega un papel importante la belleza femenina. Ni aun estando solo de por medio el juvenil y vigoroso entusiasmo de las multitudes, podríamos asegurar nada con relación al plebiscito. Pero, en tanto que entre las damas que figuran como presuntas reinas, está Paola Matilde... los defensores de su candidatura tienen altas probabilidades de conquistar la corona.

Y es que no son en este caso sus propiciadores los que triunfan, sino ella misma. Desde ahora, cuenta con las simpatías de un poderoso núcleo de admiradores, dispuesto a subir a la palestra con el mayor entusiasmo. Tiene ganados los corazones de miles y miles de votantes que, el día de la elección, sabrán demostrar cómo se elige a una reina, cuando la candidata hace honor a su pueblo.

¿Lo vio, señor que vino a preguntar? ¿Vio por dónde el pítcher le tiró esa bola al bateador? Por la cara de desubicado que ha puesto, veo que no sabe nada, nadita, del rey de los deportes, del béisbol, el deporte preferido de este reino. Bueno, no importa; acomódese y dese por enterado de una buena vez, de que mi reina lograba la preferencia en la prensa importante de la capital.

Todos hablaban en voz alta de ella, y la emoción y la felicidad andaban sueltas por el palacio. Por la noche, estuvo reunido el Comité Paolista con su reina. Se redactaron dos marconigramas de agradecimiento, que yo misma llevé a las oficinas de la

Empresa de Correos y Radiocomunicaciones. Uno decía: «Doña Mercedes Polanía de Herrera. Periódico el Milenio. Agradecidísima deferencia hizo página social Milenio. Ruego continuar colaboración conocemos valor publicación suya». El otro rezaba: «Señor Álvaro de León. Periódico el Liberal. No podíamos esperar otra cosa. Favor seguir colaborando con belleza cultura. Agradeciendo. Comité Paolista».

Avanzada la noche, poco antes de que todos se retiraran del palacio, la reina se fue a sus aposentos. Llegó entonces la copia de una carta que el doctor Vicentico del Pórtico y de los Martelos, profesional adepto a la candidatura de mi señora e influyente persona, había enviado al gerente de la empresa de aviación. Así decía:

Doctor Jorge Patricio Polluelo, mi querido amigo: siento gran placer en escribirte estas líneas, pues voy a tratar algo que me llena de satisfacción. Es la candidatura de la bella muchacha Paola Matilde al reinado estudiantil de la comarca, obteniendo ella el triunfo más alto hasta ahora. Por tratarse de la candidata de los profesionales y de los amigos como nosotros, estamos dispuestos a llevarla al trono, ya que su belleza, cultura e inteligencia la harán acreedora de ello. Gentilmente, te envía una foto. Al admirarla, verás qué clase de candidata tienes. Me han pedido que colabore contigo para que la contribución que le han pedido a tu aerolínea esté a la altura. Sin protocolo de ninguna clase, te hago partícipe de que, desde ahora, quedas invitado al día de la coronación. Muchos recuerdos para Marta. Un abrazo de tu siempre fiel amigo, Vicentico del Pórtico y de los Martelos.

Con todas estas buenas nuevas, reconociéndose en la lejana capital la prestancia y la alcurnia de mi dama, se acabó la jornada de aquel jueves siete de julio de mil novecientos cuarenta y nueve.

Cientos de mensajes y de cartas llegaban al palacio. Por aquellos días, muchas personas tenían algo que escribir y que enviar al número 95 de la calle Segunda de Zapatillo. Llamó muchísimo la atención la cantidad de sonetos de jóvenes que, creyendo poseer vena poética, compusieron en honor a la candidata. Sus autores querían traducir en versos la profunda admiración que había despertado en ellos.

El viernes, muy tempranito, un joven entregó un sobre lacrado con un sello de armas no conocido por nosotros, que contenía un poema fechado el siete de julio, y que iba firmado por Enrique Marín del Pinto. Ese poema lo leí muchísimas veces, y se lo he repetido casi a diario a Paola Matilde I. Desde el primer día me lo aprendí, y va a ver usted lo hermoso que es. Se lo voy a recitar lento, pausado, para que lo guarde en su cabeza. No hay afares, señor que viene a preguntar. Ya le dije que nada de lo que le muestro se lo puede llevar. Este poema, sí, pero en la memoria. Veamos qué tan buen estudiante es:

*Agita el viento en las playas las palmeras,
rugen las olas del mar cual fiera hiena,
miro el brillo de sus ojos en las horas placenteras
y en ellos lo que noto es el sol de una imaginaria Viena.*

*Gran admirador de su belleza y cultura soy
mas si trata de negarme su candor y hermosura,
buscaré en su alma lo que en versos doy,
porque en ella está toda la gracia, la fluidez y su ternura.*

*Mi lacio corazón cantar y cantar quisiera,
A usted, Paola Matilde, muy encantadora aunque llueva,
aunque moje el cuerpo, el alma, la tierra y lo que quiera
para decirte al oído lo que dijo Dios cuando miró a Eva.*

Bueno, así está bien. Puedo dar fe de que lo ha memorizado suficiente. Espero que lo repita por muchos lados, no importa que lo llamen cabeza de pepita. Sepa que, entre las composiciones que recibió mi reina, se destacó otro soneto escrito por Feliciano Andalúz de los Benedictinos, el joven estudiante de Bachillerato que yo señalaba como el benjamín del comité.

También llegó la famosa letra y el pentagrama de un bolero compuesto por Eliseo Membrillal. Las orquestas de los bailes siempre lo tocaban tres o cuatro veces, cantado por su propio autor. La más bonita interpretación que hizo fue en el cierre del baile de coronación. A esas horas de la madrugada, muchas jovencitas le gritaron al finalizar: «¡Eliseo, Eliseo, uno para mí, Eliseo!». Mi muchacho se puso colorado como un tomate; no sabía dónde meterse, acorralado como estaba por las muchachas. Distintos periodistas dijeron que el bolero sería grabado para difundirlo. La verdad, señor, es que nunca fue grabado; la letra no la recuerdo ni está en esos documentos, pero si usted es terco y quiere saber más de ese dichoso bolero, llame a Eliseo Membrillal a Calima para que le responda.

El sábado nueve de julio se puede señalar como el momento en el cual se produjo la intromisión de la sucia política en el certamen. En primera página, uno de los periódicos dijo que el Gobierno de la comarca creaba conflicto en torno a la fiesta estudiantil.

El periodista expuso:

El torneo, que se venía desarrollando de manera normal en medio del entusiasmo y la despreocupación de los estudiantes, cambió ayer de rumbo con la intervención de altos funcionarios, quienes, de manera extraña y apelando a expedientes que no son de uso en estos casos, ya que no existen antecedentes con los que

se pueda respaldar su actitud, tomaron medidas que los jóvenes rechazaron desde el primer momento.

Estimado forastero, imagínese usted lo que se cocinaba. Por medio de un comunicado oficial, se anuló el Comité General Organizador y se anunció el nombramiento de uno nuevo. Al parecer, personas con altas influencias habían presionado para que se exigieran cambios, para tener ellos más presencia e influenciar en los resultados de las votaciones. Esto desató la reacción inmediata de los estudiantes. Varios señalaron en los programas de radio que no admitirían ningún tipo de presión. Incluso, escúchelo bien, miembros de un grupo que apoyaba a una de las candidatas hicieron saber que el presidente de la región, el doctor Mariano Espina y Cóndores, había sido informado sobre las anómalas pretensiones. Y mire, hombre andante, que puedo asegurarle que por siempre en estos territorios que vivimos, va a existir el riesgo de que la sucia política se mezcle con la diversión.

En horas de la noche se celebró el tercer baile de mi soberana, cuya boletería se había agotado dos días antes. Antes de las ocho, el salón estaba repleto. De bote en bote, se decía en esa época. También se acostumbraba a decir que el recinto estaba hasta la bandera. Una de las mejores agrupaciones fue la encargada de amenizar el baile, y abrió la fiesta con uno de esos *porros* hermosos de Luchito del Carmen, mi compositor predilecto. La pieza energizó a los asistentes, quienes se lanzaron sin miramientos a la pista de baile. Obviamente, yo también me deslicé envuelta por la muchachada.

El festejo fue de elevada factura. Se prolongó hasta el amanecer. El *whisky* y el ron blanco corrieron a mares, pero la que puso la nota alta en consumo fue la cerveza negra Madrigal, que prácticamente se agotó. Muchos jóvenes y adultos gozaron de la velada, y mi reina estuvo presta a complacer a sus súbditos y

nobles venidos de otros lugares. Hasta vi al rey soberano y magnánimo de Montezuela entre los bailadores.

De mis muchachos, hubo uno que no se sentó en ninguna pieza: bailó y bailó sin cansarse. Mi señor, puedo asegurarle que lo hizo con las muchachas más hermosas que asistieron, porque lo vi con estos ojos. ¿Sabe de quién hablo? De Manolo-III Bermúdez, a quien bauticé como el muchachito bailarín del palacio real. Se gozaba con sabrosura las piezas y parecía una carreta rodando por la pista de baile; se emocionaba con los *porros*, fandangos, merengues y cumbias. Cómo te extraño, mi muchachito bailarín.

En las huestes y en el palacio real no hubo descanso en esa época, ni siquiera para el domingo después de la monumental fiesta de la noche anterior. Cerca del mediodía del diez de julio, se reunieron los miembros del Comité Promotor de la candidatura para pasar a limpio la lista de los profesionales que habían asegurado su respaldo a mi reina. Los nombres de los que decidieron agregarse aparecieron en un folleto que fue ampliamente repartido. Ellos mismos, dichosos, se autoproclamaron «profesionales paolistas»; iban a las emisoras y daban discursos, e incluso un par de marchas por las calles. Regresaron a su juventud, estos señores serios y doctores.

Nunca se averiguó quién inventó una tarjeta de cartulina negra que decía: «Soy profesional paolista». Las veíamos en consultorios y en oficinas importantes, y lo más granado de los médicos, contadores, abogados, farmaceutas y odontólogos de la ciudad hicieron parte del vacilón. Fue extensa la lista, y parte la he olvidado con el paso del tiempo. No me mire así, que no estoy vieja ni tampoco perdiendo facultades. Es que para las listas sí que he tenido siempre dificultades. No le voy a leer esta enumeración de sesenta y tantas personas, tal vez usted se fastidie. Ellos se hicieron partícipes, y gozaron felices de nuestro jolgorio como si fuesen niños.

Solo sepa que se inventaron una arenga que repetían cuando los locutores los entrevistaban, o cuando iban caminando por las calles. Póngase en pie, vamos, que yo también lo estoy. Ahora, arriba las manos y grite conmigo: «¡Con Paola Matilde I como bandera, triunfaremos! Paola Matilde I, reina de la inteligencia, la cultura y la belleza. ¡Votad por ella!». Repitamos. Otra vez. Otra vez. Ay, qué bellos tiempos.

También se creó una hoja volante que llevaba la foto de mi reina. Debajo, una frase señalaba:

Señores estudiantes, con las fuerzas de mi alma espero que os mostréis superiores a los pronósticos desfavorables. Por el mayor esplendor de vuestra fiesta, espero que dejéis impreso el mejor de los textos que sobre cultura caballeresca se haya escrito jamás. ¡Vivan las candidatas al reinado estudiantil! ¡Viva el carnaval estudiantil! ¡Vivan los estudiantes!

Para recaudar fondos suficientes, eran muchas las actividades y los planes que desarrollaban mis inquietos muchachos. Organizaron la rifa de una novilla, la cual debía realizarse el lunes diez de julio, pero con tanto ajetreo y compromisos no se habían colocado todos los números; por eso, entrada la tarde del sábado, se decidió realizar el aplazamiento de la rifa y publicar un anuncio en todos los periódicos del domingo. El Comité Paolista hizo saber a los estudiantes que había aplazado para el lunes dieciocho la rifa, e invitaron a la comunidad para que aprovecharse esta oportunidad de hacerse con un bello ejemplar de las afamadas dehesas.

El lunes llegó una carta con membrete de la Gobernación de la comarca, respaldada por la Dirección de Educación Pública, que decía:

Señorita Paola Matilde. La Dirección de Educación Pública, sección de Educación Física, tiene el gusto de nombrarla reina del atletismo. Esperamos que nos honre con su presencia en todos los actos que para la semana deportiva se han programado, y que entregue los trofeos a los ganadores.

Estos reconocimientos causaban euforia entre los nobles de palacio, y sin duda entre la servidumbre, quienes veíamos cómo la reina se volvía cada vez más presente en la vida de la ciudad.

También aquel once de julio, casi de noche, llegó una carta ajustada a las normas que se enseñaban en esa época en las clases de mecanografía y correspondencia. Preste atención; póngase sereno porque esto es histórico. Ah, olvidaba decirle que Fermín Victoriano tiene en su poder la carta original. Yo misma se la regalé hace muchos, muchos años; después me arrepentí, pero bueno, la ha cuidado muy bien.

La voy a recitar de memoria: «Señores del Comité Promotor de la candidatura. Reciban un cordial saludo. Como mi ausencia de las deliberaciones llevadas a cabo se puede prestar a malas interpretaciones, ya que no puedo asistir por imposibilidad física, me permito poner en sus manos la decisión de retirarme de ese comité, sin otro motivo que el impedimento que constituyen mis labores habituales. Aprovecho esta oportunidad para ratificar mi adhesión a la candidatura que ese comité representa, y para ponerme a sus órdenes en todo lo que me sea posible en calidad de devoto partidario. Fraternalmente, Agapito del Real».

Y es que mi muchachito era un entregado paolista, pero no asistía por su trabajo de periodista. Después de la lectura, Jorge Urabá le pasó la carta a Huguito Maganguey, que certificó con testimonio de notario público la autenticidad de la firma, luego de compararla con la que tenía impresa en un papel que conservaba siempre en el bolsillo del pantalón como si fuera una joya. Y

es que era, y sigue siendo, una joya. Ningún ilustrado del mundo la ha visto o tocado, y muy pocos intelectuales la conocen. Era un pedazo de papel doblado en cuatro, que el joven Agapito le había obsequiado con un hermoso poema de su autoría.

Huguito destacaba en la declamación de poesía; lo hacía con seriedad y profunda concentración. Tenía un gusto especial por los poemas, muchacho estudioso, serio y apasionado. Ese día se puso de pie frente a nosotros, miró a la reina, respiró profundo, y con una inspiración que le salía de lo más hondo declamó. Hubo aplausos y gestos emocionados que todavía deben de retumbar en el palacio real. Yo me emocioné mucho con aquellos versos, y todos los días, cuando Huguito venía a las reuniones, le decía: «Huguito, hijo mío, ven; recítame esos versos del joven Agapito del Real». Él me complacía y los recitaba de pie. Ya le he dicho, y no me canso de repetir, que él decía que todas las cosas importantes de la vida se hacen siempre de pie y con serenidad.

El martes doce de julio, en uno de los periódicos, venía publicada una extensa nota dirigida a las candidatas, la cual fue leída y escuchada con detenimiento en la reunión de la noche. El periodista afirmaba:

Con simpatía, porque esos eventos llevan a los corazones juveniles grandes reservas de ilusión, de esa que es tan difícil de encontrar en el resto de la vida. La rutina del estudiante se centra en los libros, los profesores y las pensiones. La vida del hombre necesita urgentemente sentirse animada por algo bello y grato en todas las etapas de su paso por el mundo, pero en la época de la juventud lo reclama con urgencia inusitada. Ni en los libros, ni en los profesores ni en las pensiones han de encontrar los estudiantes esas tres condiciones vitales ya señaladas. La mujer, para eso la creó Dios, puede iluminar la vida de los hombres; es bella niña de los sueños estudiantiles, se hace reina en torneos galan-

tes, y llega a ser dulce compañera de la ruta escabrosa de la vida. Y también es remanso de recuerdos para las horas grises del ocaso.

Las candidatas a reina del estudiantado personifican reinas de hecho y por derecho, en los corazones de su grupo de simpatizantes. La gloria más íntima que puede gozar una mujer es saberse reina de un corazón que le pertenece, en sus ensueños y en sus estremecidos momentos de entusiasmo. Cuál no ha de ser la dicha de una mujer que se siente, y se sabe, reina de tantos corazones. Al igual que los célebres principados de la Europa del siglo XVIII, donde los príncipes lograron hacer de sus cortes emporios que llegaron a nublar el esplendor de las pomposas cortes del mundo, así las candidatas tendrán un *chance* para hacer de sus principados verdaderos reinos de esplendor y alegría.

No es solamente la reina coronada la que tiene en sus manos el poder. Las princesas poseen el corazón de sus súbditos, de los que depositaron en ellas la estrella del triunfo, y a quienes no pueden dejar disgregados, sino unificar, exaltar y acompañar en esas horas en que es necesaria la sed de belleza. Logran que busquen en ellas la personificación de esos atributos para conferir a la vida la orientación cariñosa de lo bueno y lo justo; para dejarles sentir lo que necesita un hombre, y que solamente la mujer pensante lo tiene para él.

Es lógico que la juventud aspire a un triunfo rotundo y completo. Mas, no consiguiéndolo por obra de la suerte, es preciso valorizar el cetro de princesa, ceñir la corona de reina de los corazones, y festejar el torneo. Es bueno no dejar que se pierda el tesoro que hay en estos corazones; es preciso conservarlo para que se orienten, para ofrecerles esa ayuda espiritual que solo una mujer buena puede dar, y cada una hacer de su principado un reinado estudiantil efectivo: un campo de actuación dulce, de benévola compañía, de remanso, de consejo para el amigo. Hacer un mundo de cada principado; dar vida propia a cada uno

y alegría colectiva al conjunto, para respetar los dictados de la suerte y holgarse en la alegría general.

Resulta muy fácil ser la triunfadora: es fácil gozar de la gloria. Es difícil vivir el desencanto de adquirirla si se cree equivocada. El triunfo está en haber sido la reina de las mentes y los corazones de sus súbditos. La gloria está en saberse admirada, amada y apoyada en brazos seguros, por quienes hicieron todos los esfuerzos para llevarla a la cumbre. Las candidatas poseen atributos de excelencia verdaderamente notables. Todas son bellas; todas poseen una vivaz inteligencia; todas tienen derecho a empuñar un cetro de soberana. Quiero decirles a esas muchachas que tienen el interés y la atención de los pobladores y visitantes. Entreguen a estos días hermosos de sus vidas todo el encanto, todo el esfuerzo de bondad que requieren, para formar un as precioso de remembranzas futuras. Quiero sugerirles que le confieran solemnidad a este movimiento, pues en sus manos está embellecerlo.

Esta nota es otra prueba de los triunfos logrados por el estudiantado. Hasta las personas intelectuales, que se encargaban de otras cosas, sacaron tiempo para hablar del certamen estudiantil que comenzó como un juego vacacional de la muchachada. El texto cayó muy bien; fueron buenas las exclamaciones de los visitantes al palacio, y en la reunión del Comité Paolista se respaldaron las palabras del periodista.

El comité presentó, para su conocimiento y aprobación, un nuevo boletín dirigido a los estudiantes. Hubo algunas discusiones. El escrito fue revisado varias veces hasta que el texto final quedó aprobado. Tome, mi señor, llévese como consuelo una copia que tengo preparada. Lea en el papel mientras yo leo en la memoria:

Una disposición selecta del espíritu nos coloca en esta tribuna del pensamiento para implorar claridad a las frases, que van henchidas de un sentimiento profundo, sincero, súbdito y esclavo de una dama cuyas cualidades la hacen sentirse soberana de nuestros actos. Junto a ella, la victoria es un hecho patente, porque Paola Matilde I es el símbolo idealista que nos anima, escapulario sagrado que llevamos ceñido como demostración de franca confianza. Es una fuente inagotable a donde los sedientos acuden a tomar el néctar de la inspiración.

Resulta placentero que estos certámenes se realicen en la más perfecta tranquilidad, porque son impulsados por hombres que son la base y el sostén del porvenir. Somos dignos herederos de una raza fuerte que llegó de Ultramar; somos hijos del primitivo indio que en sus tiempos de piedra y flechas inundó el triángulo invertido que forma el nuevo continente. Somos descendientes del negro que nos legara una inclinación hacia el trabajo. Somos, en fin, la maravillosa conjunción étnica de tres razas que al fusionarse desembocó en un producto de selección insuperable. La única forma de rendirle pleitesía a la magna trinidad racial de la que formamos parte es siendo más cultos de lo que somos, para poder vivir en un ambiente saturado de libros y respirar el aire civilizado de la urbe.

Este movimiento que tiene por bandera a Paola Matilde I no podrá ser eclipsado por las patrañas que merman nuestros pulcros ideales; porque somos luchadores de envergadura, capaces de elevar al trono a una de las más bellas candidatas de este torneo. Llegará ese amanecer feliz, con repiques de campanas y salvas de cañones, que anunciará la llegada de la reina de los estudiantes. Ella, desde su trono de nácar y terciopelo, nos verá cansados pero no rendidos; satisfechos por haber cumplido el juramento que nos impusimos. Paola Matilde, serás reina porque nosotros pensamos en esta reina, luchamos por esta reina, y a esta reina la vamos a coronar.

Se iba acercando la hora de la verdad: el miércoles trece de julio se anunció que la fecha para la votación sería el viernes quince. Había mucha ansiedad; habían tenido lugar más encontronazos y malestares, y se respiraba mucha inconformidad. Se hablaba de componendas, presiones sucias e influencias diversas para favorecer a determinadas candidatas. Cada día más, la oportunidad de una elección transparente parecía lejana o imposible.

Los desórdenes de la marcha de las antorchas presagiaban malos momentos. En algunos lugares no se gritaban vivas a las candidatas de su preferencia, sino insultos en contra de las otras. Aquella noche llegaron adeptos de la reina y se reunieron en círculo a conversar en uno de los salones. No hubo una temática precisa, ya que no se propusieron temas que debatir. Fernandito Segundo Infantes, el rígido tesorero, creó una partida presupuestaria para las atenciones de la noche con las golosinas de moda. Fue así como la reina, los visitantes, la nobleza, el Comité Promotor de la candidatura y la servidumbre, pudieron degustar y repetir a voluntad el Popsicle, la Cremasicle y el Chocsicle.

Uno de los presentes, Ascencio Olivar, fue anotando en las hojas de un cuaderno rayado los detalles de esa reunión informal. Luego, pasó a limpiar sus notas con la máquina de escribir, y me las entregó. En aquel texto expresaba:

Era una noche ociosa; todo parecía vestido de carbón mojado. Estaba oscuro por la falta de energía eléctrica, cuando de pronto se hizo la luz, y alguien dijo: «He renacido porque estaba en las tinieblas y en la soledad». El balcón de la casa de nuestra candidata estaba bien engalanado, y muchos hombres conversaban animadamente. Al llegar la claridad al recibidor, lo invadimos y departimos sobre el significado de la palabra beso. El primero en ser interrogado fue nuestro querido Quinto Nicolás, quien contestó: «No hay mejor beso que aquel que se

da con el acento rojo de los labios, porque ese color, al igual que la fruta sazónada, es siempre apetitoso». Una sonrisa de complacencia afloró en el grupo, que fue asaltado con la frase del joven Alex Betancourt, muchachito puro y elegante: «Yo nunca he besado ni me he dejado besar por una mujer que tenga los labios pintados». ¡Ay!, no vino la sonrisa maliciosa de los concurrentes sino el candor de la paloma, que en esos momentos anidaba en el semblante de José Vicente del Parnaso, el cual fue requerido para que definiera el beso.

Su respuesta fue: «El beso no es más que un dulce intercambio de microbios». ¡Uy!, qué muchacho más materialista, y qué dulzura tan fatal la de la higiene. Las niñas se ruborizaron mientras varios jóvenes repudiaban esa bacteriológica declaración. Manolo-III Bermúdez salió al paso y dijo: «Es bueno pensar en la inmunidad de los gérmenes saprofitos que pululan en la cavidad bucal y que jamás se hacen presentes en la curva labial, así que no sea pesimista, doctor». Hubo muchas risas por aquellas palabras que pocos entendían. Entonces, fue interrogada nuestra candidata, quien, suave y dulce como su voz, dijo: «Para mí, tiene distintos significados. Depende de a quién se le dé, o quién los dé. Por ejemplo: cuando se lo dan a una suegra es hipocresía; cuando se lo dan a una tía que tiene plata es interés; cuando se besa a la hermana es cariño, y cuando se besa al novio es amor».

Así las cosas, se trabaron en una discusión Quinto Nicolás y nuestra reina. Aquel decía que esa definición no le gustaba, y ella lo desafiaba para que diera una mejor. Al final, Quinto Nicolás dijo: «En sentido material, es una voluntad de parte de la novia, y en sentido espiritual una demostración. En todo caso, si hay un suspiro que penetra en el corazón del amante, es que hay verdadero afecto». Todos se miraron y concluyeron que Quinto Nicolás salió mal librado: su definición eran palabras sin

sentido, pues solo él supo lo que dijo, y nadie más que él. Ascencio Olivar añadió para apagar los ánimos divididos: «El beso en boca ajena es la tilde roja con la que se acentúa la palabra amor».

Y ese fue el punto final, porque Lucrecio Albaricoque se levantó de su asiento como impulsado por un resorte, y dijo que ya estaba harto. Hubo muchas risas, y muchos no entendieron la rabieta. Yo me imaginé las razones, ya que no se me escapaba nada, por eso soy la que soy. Entonces fue cuando uno de los heraldos anunció que en el zaguán estaban presentes los fotógrafos de Foto Imperio, que deseaban retratar a la reina junto con el Comité Paolista.

Ellos se acicalaron, y se acomodaron en el salón principal para la toma de aquella histórica foto.

Los periódicos del jueves catorce de julio informaron que el Comité Central Organizador invitaba a participar en el evento, y avisaba a los estudiantes de que las elecciones se efectuarían el viernes desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Igualmente, informaba a los comités de las distintas candidatas que para participar era necesario amoldarse a los puntos tratados en una circular previamente enviada.

En uno de aquellos periódicos apareció un escrito que señalaba: «Las elecciones para reina de los estudiantes se verificarán mañana». Y, además, planteaba una pregunta: «¿Qué planteles participarán en el torneo?». El periodista anotó que, debido a que en los últimos días habían ocurrido desórdenes, algunos colegios privados se abstendrían de participar. Entregaba un listado donde estaban los colegios participantes, e informaba que aquellos que no intervendrían era por decisión de sus rectores. Para algunos estudiantes, esto no era aceptable y causaba mucha extrañeza. Consideraban inexplicable que a los jóvenes de esos centros

se les impidiera manifestar su libre opinión en las elecciones. La acción iba en contra de los derechos de la muchachada.

Otro de los periódicos trató específicamente lo sucedido con el rector de la academia de Artes y Comercio, quien el día anterior había anunciado que, por decisión de su institución, sus estudiantes no intervendrían en el certamen, y denegó la entrada a las instalaciones a las candidatas y a sus comitivas. No obstante, por medio de una carta que envió al Comité General Organizador, anunció que sus estudiantes sí iban a continuar con el debate, y que apoyarían solamente la candidatura de la reina Adela. El Comité no estuvo de acuerdo con la presión, y decidió presentar una nota de protesta por medio de una emisora, considerando que era una imposición desde la rectoría a la votación que libremente debía realizar el estudiantado.

Hubo gritos, insultos y descalificaciones estando los micrófonos abiertos. Saliéndose de sus casillas, uno de los miembros, de manera no aceptable y con palabras inadecuadas en medio de un agrio debate, determinó unilateralmente que ningún estudiante de esa institución podría intervenir en las elecciones. Esta decisión inconsulta exaltó los ánimos de los estudiantes de la academia de Artes y Comercio, quienes, entre gritos de protesta, recorrieron desafiantes las calles, llegaron a la casa de la candidata Avelina, les prendieron fuego a varias de sus banderas, y protagonizaron desórdenes que involucraron a la policía. Se estaba armando un tremendo barullo, un *bololó* impensable. Menos mal que no estaba usted presente; si no, hubiese sido necesario que el demonio lo cogiera confesado.

Los ciudadanos se preguntaban si la política sucia se estaba infiltrando en el ambiente del reinado. En algunos lugares, los estudiantes señalaban que unos movimientos turbios estaban jugando un papel principal, cosa que no estaban dispuestos a

aceptar porque los reinados estudiantiles deben ser torneos en los que solo se exteriorice la voluntad de los estudiantes, sin que tenga que apelarse a sentimientos políticos. Sobre todo, porque la mayoría de los estudiantes eran menores de edad, y no sería justo hacerlos decidir cuando todavía no tenían capacidad suficiente.

En todo caso, muchos pedían a los jóvenes que no se dejaran influenciar por corrientes extrañas a sus convicciones y a la naturaleza del festival. Al pan, pan, y al vino, vino. La misma Gobernación fue la que inició el embrollo. De ello hay pruebas: un periódico, en su primera página del sábado ocho de julio, señaló que la Gobernación había creado el conflicto al dictar un decreto que desconocía el Comité General Organizador, y tomó medidas que los estudiantes consideraron extrañas. El torneo, que como ha podido observar se había venido desarrollando con emoción en medio de la felicidad de los jóvenes, se desmigajaba. Su rumbo fue alterado por la intervención de los funcionarios oficiales.

Nadie entendía por qué se cambiaban las cosas, si el cinco de julio las candidatas y sus delegados se reunieron en el despacho del director de educación y, siguiendo las formalidades acostumbradas y por medio del voto secreto, se eligió con beneplácito el Comité General Organizador de las festividades. Se rumoraba que tal vez dicho comité había quedado conformado por personas que no eran del agrado de algunos elementos estudiantiles muy allegados a las esferas oficiales.

Las cosas llegaron a mayores: los estudiantes decían que la situación buscaba ahogar el voto estudiantil. Estallaron protestas callejeras cuando se supo que, por orden gubernamental, las urnas debían ser llevadas a esas dependencias y, en secreto, efectuarse los escrutinios. Los jóvenes decidieron dirigirse al ministro de educación regional, y hasta al señor presidente, dándole cuenta del paso insólito. Señalaron estar dispuestos a decretar una huelga general de estudiantes como protesta.

Amenazaron con marchar en una manifestación de rechazo presidida por las candidatas. Todo se estaba convirtiendo en la caldera del diablo, y desde lugares diversos, algunos interesados avivaban el fuego. Un ejemplo fue lo que pasó con la declaración en radio que hizo el miembro de la Vieja Guardia Alberto de la Carrera, apodado Rabieta Roja porque se enfurecía muy fácilmente. Él dijo: «Nunca imaginé que el Gobierno fuera capaz de dictar un decreto nombrando un nuevo Comité General Organizador, con tan ostensible criterio político. Es una mala jugada que se le ha hecho al estudiantado, por lo cual yo protesto de manera enfática y categórica, e invito a que de igual manera lo hagan los estudiantes de los partidos políticos, tanto del Partido Derechista como del Partido Político Integral que apoyan a Yamila I, y a todos los estudiantes de los mismos partidos que respaldan a otras candidaturas. Pertenezco a la Vieja Guardia estudiantil y soy estudiante, pero antes que nada, soy miembro del Partido Político Integral. Que viva el PPI».

Esto pasó de verdad. Esa entrevista empeoró las cosas, y mostró las espinas que habían sido sembradas en el nuevo camino a transitar. Las candidatas manifestaron su inconformismo ante lo que estaba sucediendo. Le doy permiso para que se entristezca, señor; sé cómo se siente. El ambiente estaba enrarecido. Mucha inestabilidad, temores e inseguridad. Se escuchaban comentarios sobre que algunas personas adineradas estarían dispuestas a entregar fuertes sumas de dinero para asegurar votos. ¿Sería que pensaban comprar votos? ¿A quién? Vaya usted a saber.

Mientras tanto, en el palacio real, en la antesala de la votación, se realizó un listado de los estudiantes que se habían adherido y que permanecían fieles a la candidatura de mi reina. Era algo así como hacer un censo de los muchachos paolistas.

Mientras se iniciaba la tarea, llegó un grupo de bellas jóvenes que querían vincularse a la candidatura. Solicitaron papel, la dis-

ponibilidad de uno de los escribientes, y en hojas oficiales redactaron con una máquina de escribir Remington lo siguiente:

Nosotras, alumnas de Enfermería, hacemos constar por medio de la presente nuestra irrevocable adhesión de simpatía al nombre de Paola Matilde I, para que sea la reina de los estudiantes, la soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza. Por ser nuestro espíritu amante de las manifestaciones relacionadas con la cultura y la decencia, es por lo que respaldamos con estas firmas la anterior decisión. Además, porque ella representa nuestro único ideal.

Depositaron dieciséis firmas, incluida la de mi Carmiña Perfecta, mi más querida estudiante de Enfermería. Para su conocimiento, señor, Su Majestad en persona tomó la nota, la leyó, agradeció el gesto, y ordenó que a las jóvenes les fuese entregado un detalle de admiración. Les acerqué una cesta de mimbre con una de las dulzuras del momento, y les permití tomar varias si era su deseo. Las futuras enfermeras se sintieron felices con los chicles Pinocho de menta que les habíamos obsequiado.

Otros estudiantes, sabedores de que una lista se estaba preparando, se personaron allí. Tomaron papel con membrete del comité y escribieron sus nombres. Un alumno de la escuela de Odontología escribió: «Estamos de acuerdo con que la señorita Paola Matilde I ostente el título de reina de los profesionales y soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza». También los futuros dentistas degustaron los chicles Pinocho, cuya propaganda en los periódicos decía: «Chicles Pinocho, sabores a menta y a fruta. Tan sabrosos como los mejores, pero más baratos».

Muy rápido corrió la voz de que en el palacio se estaba realizando un censo. La fila se extendía por varias calles. Estudiantes de todos los colegios y de todas las profesiones aparecieron en

masa, y entraron en tropel desordenando las alfombras, los velos y las sedas de las cortinas. Subían la escalera hasta llegar al segundo piso, donde estaba el sitio asignado para enlistarse. Alguien difundió que era el censo de los paolistas, para saber con cuántos votos contaban desde antes de realizar las votaciones, para hacer las conjeturas necesarias, y para que, en el momento apropiado, pudieran identificar si un *chocorazo* se había ejecutado. ¿Está bien informado para saber qué es un *chocorazo*? ¿Sabe cómo se evita? ¿Ha hecho *chocorazos* usted, señor? No me mire así, como un tío mirando a su sobrino. Es que esos muchachos míos, aunque estudiaran para médicos, ya sabían dónde ponían las garzas los huevos que tenían que ver con las campañas y las elecciones. Mi forastero bendito, un *chocorazo* es una alteración de los resultados de las votaciones. Vea usted, los caminos que tomó el reinado estudiantil...

Al mismo tiempo que los muchachos rellenaban, bajo mi estricta vigilancia, las hojas colocadas en el recibidor del segundo piso, se acrecentaron los rumores y la bulla, como presagios de cosas nada buenas para el certamen estudiantil. De nuevo, algunos atropellos se habían sucedido en las calles. Unos manifestantes avanzaban gritando vivas y promoviendo la candidatura de la joven de su preferencia, cuando se toparon con jóvenes de otra comitiva. Los primeros se abalanzaron contra los segundos con agresiones verbales y físicas. Llovieron piedras contra las puertas de las viviendas y los comercios. Los trofeos no eran cartelones desprendidos en travesuras: eran banderas quemadas, camisetas arrancadas, gorras pisoteadas, heridas, contrincantes aporreados y más, muchos más, los desmanes y los despropósitos.

Estos hechos bochornosos ensombrecieron definitivamente el concurso. Con las horas, se vieron aspectos oscuros y hasta tenebrosos de un conglomerado que hasta hacía pocos días había disfrutado de las fiestas. Qué horror. Solo una mala hora permi-

tió que la oscuridad se metiese entre la felicidad de los jóvenes estudiantes, y les cambió los pensamientos y las actuaciones.

Cuando se conocieron los detalles de los hechos, los estudiantes manifestaron su rechazo, y algún inocente dijo que los implicados estaban sintiendo los estragos de la derrota. No era así. A medida que fue avanzando la tarde, se escucharon comentarios y amenazas que se lanzaban entre candidaturas. Alguien llegó corriendo y dijo que en las calles vecinas a la catedral de Santa Lucía del Torcuato se estaban haciendo propuestas para lanzar frases soeces que invitaran a la venganza. Algunos estudiantes decían que la quema de la bandera era una afrenta grave, y que eso no se podía quedar así. «Solo con sangre se puede lavar la quema de una bandera», gritaban algunos exaltados.

Ay, dioses buenos del Olimpo, ayudad. Ay, virgencita del perpetuo y permanente socorro, ven. Fuera, fuera los demonios del Inframundo que corrían por las calles y plazas gritando improprios y trayéndonos el mal olor de la guerra. Los profesionales y los jóvenes no vinculados a las trifulcas corrían a sus casas, huyendo llenos de temor. Ares, el dios olímpico de la guerra, personificación de la brutalidad, el tumulto, la confusión y los horrores del batallar, desembarcó en las playas de Boca-canoa desde ochenta goletas; envió cientos de diablitos por los playones de los Calamares y por los caños de las Zaragocillas, y nos cogió por sorpresa. Pensábamos que en mal momento había llegado el horror: la ciudad sobreviviente a piratas, asaltantes desalmados, sitios y saqueos, hambrunas, pestes y epidemias, era víctima de nuevo de la perversidad.

Una nube negra se había posado definitivamente sobre el carnaval. Una bandera de muerte estaba izada en lo alto de la colina que dominaba la ciudad. Recuerdo que me fui a un rincón y, mientras lloraba, me coloqué así. Hágalo usted también. Sea solidario conmigo, por favor. Puse las manos en la cabeza y

dije: «Israel, mijito, tú dijiste que todo era para siempre. Israel Maximiliano Trascamocho, cariño, repítemelo aquí al oído; no quiero ser de nuevo la negra doméstica que atendía a jóvenes en la pensión. Quiero seguir siendo una condesa. No te olvides de mí, Israel».

Salí de mi dormitorio y pude observar que en el palacio reinaba la confusión. Algunos estudiantes se apretujaban en los aposentos del segundo piso, otros cuchicheaban en círculo en el patio interior o estaban sentados en la escalera. Varios se asomaban al balcón para ver la cara de los peatones, y para preguntar sobre hechos recientes. Contaban cosas desagradables. Me parecía imposible lo que estaba sucediendo. Solo faltaban el vandalismo y los saqueos para afirmar que habían llegado las tribus bárbaras. No obstante, mandé reforzar las puertas, y unos guardias fueron apostados en las garitas.

El Comité Paolista envió a varios integrantes para observar la situación, hablar con otras candidaturas y con los gobernantes. Al final de la tarde se nos citó a una reunión urgente y extraordinaria. Los acomodé a todos en la exclusiva sala de los Nobles Caballeros, que solo se abría para situaciones de riesgo. En esa sala había una escultura ecuestre en oro puro del conde de Zapattillo, en cuya memoria y para el recuerdo perenne, estaba bautizada la calle.

Como se había filtrado la noticia de la reunión extraordinaria, y ante lo oscuro de los acontecimientos, muchos adeptos a Su Majestad se acercaron interesados en recibir órdenes. Se fueron agolpando en pasillos, aposentos, en el patio interior, el zaguán y en la calle.

Mi reina sudaba a mares. Esa noche fue excesivamente calurosa; los sucesos habían aumentado la temperatura más de lo usual. Yo lo noté, y le acerqué unos pañuelos de hilo que se habían adquirido en los almacenes Hilos y Encajes. Se inició la discusión: ellos

examinaron con detenimiento los hechos y tuvieron en cuenta el curso que estaba tomando el certamen. Poco a poco, fueron llegando a las primeras conclusiones. Rechazaron los actos de incultura presentados y la forma como algunos vándalos habían actuado. Consideraron que lo ocurrido se oponía a la razón de ser de los estudiantes cultos, y que ya no estaban las condiciones como para continuar con una campaña que buscaba dejar en la sociedad un ejemplo de lo que debía ser el comportamiento de la juventud.

Opinaron que era la oportunidad de sentar un buen ejemplo para los actuales y futuros jóvenes. Acordaron hacer una acción de rechazo que fuera igual de impactante que el bochorno que causaron los desconocidos. No eran todavía las nueve de la noche cuando la decisión se consideró tomada. De inmediato, se escribieron tres comunicados que se enviaron a los periódicos y a las emisoras, para que fuesen divulgados con prontitud. Julián Marcelino Mina y Saúl Álvarez fueron los encargados de hacer la entrega formal ante el Comité Central Organizador.

Había tanta gente presente en el palacio que tuve que agruparla en dos partes: una en los pasillos del segundo piso, y otra en el patio interior. Me aproximé al balcón de balaustrada de donde colgaban los helechos más hermosos, y les informé a todos de las decisiones tomadas. Los paolistas estaban en total silencio, algunos pálidos y temblorosos como lo está usted. Me dio miedo, ya que muchos me miraban con los ojos vacíos. Escuche, amigo, lo que les leí a nuestros estudiantes adherentes. En el primer comunicado se dijo:

El Comité Promotor de la candidatura protesta públicamente sobre la manera irreverente como un grupo de estudiantes empleó sistemas contrarios a la caballeridad y la

cultura. Especialmente, condena la quema de la bandera perteneciente a la distinguida señorita Avelina I.

Lo firmaron el presidente Evelino Montes, el vicepresidente Jorgito Urabá y el secretario Wilfrido Trascamocho.

El segundo, informó:

El Comité Promotor de la candidatura, en sesión extraordinaria, y teniendo en cuenta que, en horas de la tarde, mientras se celebraba una sesión del Comité Central Organizador de los carnavales, ocurrieron incidentes desagradables que ponen en peligro la armonía, resuelve retirar de ese órgano a sus tres delegados. Además, pone en conocimiento la retirada de nuestra candidata del certamen, para coronarla separadamente como reina de las escuelas y soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza. De tal manera que, desde ahora, invitamos a los estudiantes caballerosos y al público culto a los actos de coronación que oportunamente se anunciarán.

También firmaron Evelino Montes, Jorgito Urabá y Wilfrido Trascamocho.

El tercer comunicado señaló:

Los suscritos, teniendo en cuenta que es imposible organizar en pocos días unas votaciones que sean ejemplo de civismo, resuelven, por autorización expresa del Comité Promotor de la candidatura de Paola Matilde I, al cual representamos, retirarnos del Comité Central Organizador. Además, consideramos lesivo para la buena reputación del estudiantado presidir unas elecciones en donde se muestre el deseo de provocar incidentes desagradables.

Firmaron Manolo-III Bermúdez, Alex Betancourt y Ascencio Olivar.

Creo que en ese momento se incrementó el calor. Las caras de todos estaban lánguidas y la nota sobresaliente fue el silencio. La muchachada permanecía junta y a todas luces triste. Evelino Montes se acercó al balcón y, ceremonioso como siempre, pidió irse a casa, descansar y esperar los acontecimientos del día siguiente.

«Mañana será otro día: vendrá cargado con otras cosas, y seguro que tendremos buenas noticias. Lo juro». Lo dijo gritando desde la segunda planta y con total convencimiento, con el rostro brillando de emoción, pero no alcanzó a contagiar a nadie. Tomó de la mano a mi reina, y juntos fueron hasta la puerta del palacio para despedir a los seguidores, intentando con palabras, sonrisas y golpecitos en los hombros, subirles el ánimo. Aunque, la verdad sea dicha, muchos se marcharon con el sabor amargo de la derrota.

Caballeroso visitante: usted no lo conoció, pero yo sí. Evelino Montes era un hombre excepcional. Nunca lo vi caer en el desánimo, y fue quien hizo la propuesta de coronar por separado a Su Majestad. Nato Evelino Montes le decían sus amigos. Resultaron fundamentales su presencia, su mirada, sus abrazos, sus besos y sus palabras, para que sobreviviéramos a aquella noche del catorce de julio de mil novecientos cuarenta y nueve. Si no hubiese sido por lo que le voy a contar, esa fecha habría sido luctuosa en nuestras vidas. Una noche histórica en la que mencionar a un pobre reino que desapareció arrastrado por la turbulencia de los vándalos. Todo estaría en el olvido. No existirían estos álbumes. Nunca habrían venido forasteros a preguntar. Usted no existiría, ni yo tampoco.

Al día siguiente, el desconcierto era total. La desbandada se presentaba en las candidaturas; no obstante, una cosa mala se acompañaba de otra buena, y si bien ese fue el día del caos, también fue el día en que explotó el amor. Las noticias de prensa eran definitivamente preocupantes; yo me preguntaba si era así como empezaban las guerras. Estuve a punto de preguntarle a mi reina qué debíamos hacer si venía la guerra, pero no me atreví.

Mi reina se levantó desde bien temprano. Antes de las siete de la mañana llegaron los miembros del comité de su candidatura, y a primera hora estábamos todos reunidos en el segundo piso. La prensa y los noticieros de radio tenían como tema central el retiro definitivo de los delegados del Comité Central Organizador. Cayó como un cubo de agua fría; llegaron cientos de solicitudes para que cambiaran la decisión, pero los muchachos se mantuvieron firmes. Fue su manera de protestar por los hechos, de brindar solidaridad a las personas agraviadas y rechazar las manos oscuras que se habían metido dentro del certamen. Decían que había que marcar diferencias y ser trascendentes. Coronar a su reina por separado era la manera de ser ejemplarizantes, aunque la medida no fuera usual y, si se quiere, hasta bastante curiosa.

En el boletín de la mañana de Emisoras del Altiplano dijeron: «Para este día estaba anunciada la elección de la reina de los estudiantes. Existe inquietud hacia el porvenir de nuestra cultura, ya que se han cometido en los últimos días unos actos que están reñidos con los principios que en todo el mundo moderan a la juventud. Y no es bueno creer que son atribuibles a los propios estudiantes». En Voces de la Costanera se enzarzaron en una discusión sobre los perjuicios que causaba la inadecuada intervención de la política en un reinado estudiantil. En un periódico señalaron: «En mitad de un ambiente caldeado, se elegirá hoy a la reina estudiantil», mientras que en otro, acusaron al rector y

a los estudiantes de la academia de Artes y Comercio de ser los generadores de los obstáculos dentro del debate.

Un periódico pequeño llamado *Mi Terruño* reprodujo las cartas de protesta y el retiro definitivo de los delegados de mi reina. El *Magazín de la Caligrafía* lamentó la decisión de hacer por nuestra cuenta el acto de coronación, y anotó: «En terribles condiciones se presentarán hoy los jóvenes a un debate, en el cual debía reinar un ambiente muy distinto. Porque de lo que se trata es de realizar una demostración de cultura y de señalar cómo habrán de comportarse mañana en actividades de otro orden». A su vez, el *Semanario Ilustrado* trajo una nota titulada «Disturbios estudiantiles».

Dígame si aún está triste. Dígame si quiere leerla, porque conservo un recorte guardado en este pequeño álbum. Esto es lo que el periodista escribió: «Anoche, el movimiento rompió las barreras del orden. Por diferencias internas que no vamos a considerar, se rompió el ritmo casi fraternal en que había transcurrido la campaña y se traspasó el meridiano de las hostilidades. Desde el mismo día en que se habló de un carnaval estudiantil, expusimos nuestro temor de que el movimiento, si no se llevaba a cabo con armonía y colaboración, podría degenerar en desórdenes. Anoche aparecieron brotes de violencia que vienen a confirmar nuestros temores. Este semanario ha venido colaborando con imparcialidad con las distintas corrientes estudiantiles. Por el mismo interés que tenemos en esta fiesta, que tan simpática y agradable resulta cuando no se recurre a extremos de violencia, hemos recomendado corrección y orden en los preparativos del debate. No es posible que a última hora algunos estudiantes —que, hablando en términos generales, han venido organizando un alegre pero correcto festival—, vayan a salirnos con la triste nueva de que tienen más vocación de rufianes que de electores ponderados».

El desconcierto era tal, que los hechos fueron el principal motivo de diálogos y comentarios en las esquinas. En los corrillos se hablaba del mal rumbo que había tomado el reinado estudiantil. Se puede imaginar cómo estaba yo en esos momentos, mujer de cuna noble, versada en muchos libros y en enciclopedias, con las malas noticias que se estaban discutiendo. Para el mediodía, bien caluroso, Evelino Montes fue comisionado para salir del palacio y buscar información sobre nuevos hechos. Pocos minutos después, ya había realizado varias llamadas telefónicas y comunicado lo que cada una de las huestes estudiantiles y sus candidatas habían decidido.

Los seguidores de Avelina la declararon reina de la gracia y la simpatía, mientras que los de Carolina la invistieron reina de la cultura, la inteligencia y la gracia. Ambas candidaturas dieron todo por acabado, y punto final. No recuerdo qué decidieron los seguidores de Adela I; me parece que no hicieron anuncios, y ¡sanseacabó!

Nosotros nos mantuvimos en nuestra decisión de coronar a Paola como reina de las escuelas y soberana de la inteligencia, de la cultura y la belleza. Los partidarios de Yamila I declararon que no pensaban coronarla, ya que no había habido elecciones. Uno de sus integrantes, autorizado o no, dijo de manera grosera por radio que ninguna aspirante podía ser declarada reina; que era un atrevimiento, y proponía que tenían que celebrarse elecciones y hacerse en el próximo mes de agosto.

En definitiva, que pese a estas y otras alharacas, no hubo elecciones. En el boletín del mediodía de Voces de la Costanera dijeron: «Es digno señalar las posturas que han asumido los muchachos paolistas: han demostrado madurez y ponderación, sin dejarse llevar por el arrebato. Seguro que en medio de estas frustradas fiestas les ha quedado una valiosa enseñanza: ni el acto más sencillo de la vida puede quedar al margen de los odios. Anun-

cian que van a seguir con su coronación. Estaremos observándola desde esta estación radial».

El reloj de péndulo del recibidor nos movió dando tres campanadas, y pese a que nos manteníamos en la decisión de coronar por separado, estábamos descorazonados, cabizbajos y tristes. Rompiendo el silencio, un estudiante de Odontología dijo que el reinado de Paola Matilde I se estaba extinguiendo, negándoles a los estudiantes el derecho a un festejo digno de sus tradiciones.

Inmediatamente, yo, la asesora de Su Majestad, salté de mi puesto a la derecha de la reina e, hirviéndome la sangre, le dije gritando:

—¡Está totalmente equivocado, jovencito! No, señor: lo que se está extinguiendo es un concurso estudiantil por culpa de los desmanes. El reinado de Paola Matilde I es de verdad y para siempre. Por lo tanto, hay que organizar la ceremonia de coronación con todos los puntos que el protocolo indica. Que venga Carmiña Perfecta y ayude. Estudiantes presentes: a la carga, a la cabeza con fuerza, mis valientes muchachos paolistas. Con prontitud, guardianes a sus puestos, porque a mí me advirtieron que este reinado sería para siempre. Nada ni nadie puede evitar que Su Majestad, la de todos ustedes, sostenga sobre sus sienes la corona inmortal de piedras preciosas, porque está dicho y escrito.

Perdón, mi señor; perdón por haberlo asustado de esta manera. No sea desconsiderado, carajo, y ayúdeme a sentarme de nuevo. Voy a preguntarle algo al oído: ¿está usted de acuerdo en que estoy muy gorda?

Regresando a aquella tarde, el burbujeo caliente de mi sangre fue la varita mágica capaz de traer de regreso a los muchachos. Con mis palabras, el entusiasmo y la emoción regresaron, así como por encanto. La luz se hizo muy brillante; los miembros del Comité Promotor de la candidatura sonrieron de nuevo; los aplausos crecieron; aprobaron mis palabras; sonaron las trompe-

tas reales del palacio y, como si no hubiese pasado nada, el mundo volvió a ser maravilloso.

Como certera jugada del Destino, se tocó la aldaba del portón, se escucharon los timbres de las bicicletas de los carteros, y uno de los heraldos anunció la llegada de correspondencia. Trajo dos sobres: el primero era una tarjeta de Emisoras del Altiplano que decía:

Señorita Paola Matilde I, esta emisora está organizado para el próximo lunes, a las siete de la tarde, un suntuoso programa en homenaje a usted con la participación de destacados artistas de la radio, incluyendo la actuación del cantante de boleros Chucho Sanjuanelo Gil, y de Eliseo Membrillal. Sentiríamos suma complacencia si usted nos honrara con su presencia.

La segunda era una carta que llegó con un rótulo urgente en tinta roja que me asustó al principio, pero que después hizo que me desternillara de la risa. Leí en voz alta para todos:

Mi reina, mis más profundos respetos a su persona. Un saludo anticipado a la respetable reina madre y al monarca de vuestra casa. En esta corta misiva va mi genuflexión ante el imperioso mandato de los ojazos de nuestra soberana. También inclinación reglamentaria ante sus juguetonas hermanas: Angiemón, Candelaria Isabel, Heidylú, Anita del Rosario y Silvia Segunda, las cinco bellas niñas que no tuvo nunca trono francés ni bizantino. Todo este protocolo es para encomendarle que, con el portador de esta carta, puedan enviarme el vestido que ha quedado depositado en vuestro inigualable palacio real, hecho que me honra. Ustedes sabrán perdonar todos los deslices de lengua y las molestias que siempre les ha proporcionado el más humilde súbdito

de Su Majestad. Gracias, Evelino Montes. Nota: dentro de dos minutos y medio estaré llegando ante ustedes.

Allí estaba pintado el zopenco de Evelino Montes, el querido Ñato, recibiendo aplausos. La llegada de esta segunda carta completó y fortaleció el crecimiento fantástico. Se fueron borrando el desconcierto, los temores, la inestabilidad, la indecisión y la tristeza. Retornó el verdor a los helechos; el olor dulce de los crisantemos de nuevo se regó por la casa; en las macetas brotaron nuevos hijos; nuevas flores surgieron en los heliotropos; más espinas brotaron en los cactus. Cientos de abejas y avispas llegaron volando atraídas por el aroma azucarado que se desprendía del palacio.

El monarca y la reina madre corrían dichosos de un lado para otro. Las princesas sonreían y brincaban felices, especialmente las dos mayores, Angiemón y Heidylú. Los nobles acicalaron sus ropas y retomaron pronto sus labores. La servidumbre se preparó para los trajines, y ordené que trajeran bandejas llenas de piñuelas amarillas y peritas fucsia. Los seis caballos relincharon en los establos; de nuevo sonaron las trompetas reales, y las campanas redoblaron y repicaron con emoción.

Señor que viene a preguntar, mire cómo me brilla la mirada. Observe cómo se me dilató la pupila en ese instante feliz, justo cuando pude tener certeza de que el esplendor había regresado. Es el mismo brillo que hoy en día persiste. Una luz que no se acaba. Mire, señor, si quiere ver el palacio real de la calle Segunda de Zapatillo, vaya allá y lo verá en toda su riqueza; no importa que estemos en el año tres mil diez. Encontrará la casa radiante, a los porteros en la puerta, al heraldo en mitad del zaguán y a los cocheros *chambaculeros* en las caballerizas, todos ataviados a la usanza de la época. Si esta rodilla no me tuviera tan postrada, lo acompañaría para pasearlo por los aposentos reales.

No importa que yo no pueda llevarlo; vaya usted, gócese el palacio. Tenga presente que los números de las casas han cambiado, cosas del modernismo. No obstante, por dentro todo continúa intacto.

Regresando a los hechos, aquel día hubo reunión hasta avanzada la noche, y se definieron planes para los días siguientes. Mi reina escribió a mano un marconigrama con su letra cursiva, el cual pronto me enviaron a colocar en la estafeta de correos. Por el camino lo leí, y me llenó de emoción el siguiente texto:

Doctor Jorge Patricio Polluelo, gerente empresa de aviación.
Recuerdo gentil contribución aerolínea para mi coronación diecinueve de julio. Lo invito cordialmente a asistir. Paola Matilde I.

Mire, dulce cabeza de coco: como le he tomado cariño, y hoy estoy más feliz que otros días, le voy a contar un secreto. Perdóname de nuevo, Metis, pero conoces mis debilidades de lengua y, después de todo, para qué pedirte permiso si ya es hora de contar estas cosillas. Mire aquí, señor, tome esta tarjeta. Se la voy a dejar tocar, pero límpiense primero las manos para que retire el sudor y la suciedad del camino. Esta tarjeta solo la he tocado yo, en mil sesenta y un años. La escribió Jorgito Urabá. Cuando me la entregó, me dijo que era el santo y seña; indicaba que todo estaba organizado. Me encomendó entregársela a Lucrecio Albaricoque, asegurando que él entendería. Cuando lo hice, cerca de las seis de la tarde, la leyó, me sonrió, encontró en mis ojos la pregunta y me dio la respuesta que esperaba... acompañada por una petición de silencio.

—Hoy es el día o, mejor dicho, la noche —me dijo con un temblor en las manos—. Guárdala por si se vuelve histórica, o tírala cuando te parezca papel viejo. —Y se marchó. Antes de subir la escalera, se volvió y me miró. No habló, pero supe que me

había dicho que me escondiera entre las cortinas. Tenía permiso para espiar, y comprendí que también era su noble de confianza.

Esa noche, todos sabrían con certeza lo que algunos creían, lo que yo había sospechado desde aquella tarde de toros en la Plaza, y de lo que estaba segura desde la arenga de la noche del veintinueve de junio.

A las ocho, tal como indicaba la tarjeta, siete de los muchachos, incluido Feliciano Andaluz de los Benedictinos, se reunieron para disfrutar de unas horas de alegre regocijo en una de las tabernas de la calle Santos de Piedra. Cuando el reloj marcaba cerca de las once, llamaron a su mesa a unos guitarristas, los cuales, con un par de boleros, les subieron los ánimos.

A esa misma hora, yo estaba envuelta en las cortinas de una de las habitaciones, esperando la sorpresa. El mismo Jorgito propuso que se entonase una serenata para mi señora. Se dispusieron a cumplir la gesta musical como tributo abnegado hacia la reina de sus preferencias. Los músicos ejecutarían tres canciones, y después, un orador expresaría unas palabras en nombre de los súbditos que, llenos de licor, se atrevían a romper el silencio de la noche.

Antes de que Jorgito propusiera a Lucrecio Albaricoque como orador —lo cual habían acordado a escondidas entre ellos—, Julián Marcelino se adelantó y propuso su orador sin que los primeros tuvieran tiempo de reaccionar. Mire, muchacho: cuando el sol brilla para uno, no hay nube que lo tape. Por fortuna, el orador propuesto por Juliancito, tan dadivoso, fue el mismo Lucrecio. Los amigos suspiraron aliviados. Los otros compañeros tardaron años en enterarse de que la bohemia de esa noche fue una confabulación para propiciar una expresión de amor. Es que esos muchachos míos movían el mundo a su antojo.

En la taberna, ninguno de los compañeros, a diferencia de Lucrecio y Jorge Urabá, sabían que lo que iba a pronunciar el orador lo habían preparado a escondidas esos dos fraternos amigos. Ese día sellaron por siempre su amistad, y mutuamente se llamaron compadres, lo cual elevaron a los altares cristianos más adelante en sus vidas.

Contrataron tres carruajes tirados por caballos negros, acomodaron a los guitarristas, y avanzaron felices por callejuelas envueltas en penumbra. Desde mi escondite, vi tres carruajes llegar y quedarse detenidos a un lado del parque. Tuve la sospecha de que eran ellos. Los coches avanzaron en silencio, con lentitud, y se detuvieron frente al balcón de la recámara real de Paola Matilde. Todas las luces estaban apagadas, como me había pedido Lucrecio. El silencio era total.

Los músicos se acercaron a la fachada del palacio, pulsaron sus instrumentos y entonaron tres boleros de ensueño. La primera canción apenas iba por la mitad cuando mi reina encendió la luz, abrió la contraventana y salió al balcón, para recibir en su corazón los acordes de los boleros. Se veía bella en la escasa claridad, y bajo el fulgor de una luna en cuarto menguante poco brillante, mientras sonreía de emoción.

Las princesas-hermanas salieron al balcón y disfrutaron entre risas de las melodías. La reina madre y el monarca se sumaron cuando se iniciaba la tercera canción. Era una de esas noches que fascinan, como describió el poeta. Justo en el centro de la calle, Lucrecio Albaricoque acomodó una caja de madera tomada quién sabe dónde, y se subió encima cuando los aplausos despedían a los músicos. Con su timbrada voz, empezó una brillante oración de corte romántico, como inspirado por las musas, señalando los atributos físicos y espirituales de Paola Matilde. A través de sus labios hablaron poetas, decimeros y juglares, sobre el valor de los sentimientos y el amor.

Juró que la acompañaría toda la vida, la invitó a que pronto escucharan juntos la epístola de san Pablo, y se atrevió a asegurar que disfrutarían una larga vida conyugal que no finalizaría ni cuando la muerte los separase. Sus sentimientos de hombre enamorado fueron exteriorizados con una declaración poco usual y cargada de osadía, por lo pública, pues las declaraciones de amor suelen hacerse en privado. Fue una declaración apasionada, cargada de lírica, que salió del centro del corazón, llena de las palabras precisas para galantear a una dama.

Dijo que se sentía rey al lado de Paola Matilde I, lo cual fue bien recibido, ya que su sentido de responsabilidad era bien conocido por sus compañeros. Hubo aplausos de los amigos en la calle; después, aplausos en el balcón donde estaba la familia real.

Apenada, salí al balcón. Al principio, no supe qué decir, hasta que grité para que todos me escucharan: «En honor a la verdad, y a la gracia del Olimpo, del rey es la bella reina». Ellos aplaudieron mientras yo respiraba aliviada.

El sábado, desde temprano, nos volcamos en la prensa para ver qué noticias traía. Según el *Magazín de la Caligrafía*: «Los estudiantes no hicieron ayer elecciones para reina. Los antagonismos y los actos de incultura lo impidieron. Hay propuestas para el aplazamiento». Continuaban los problemas, las inconformidades, los señalamientos y los tumultos en las calles. El ambiente seguía enrarecido, y pululaban el desconcierto y la confusión.

En el noticiero matutino de *Voces de la Costanera*, el director dijo que en las calles había estudiantes de profesión y de colegio protestando porque Paola Matilde estuviera siendo considerada reina, si no había sido realizado el concurso. Esto puso nerviosos a algunos de los muchachos. No obstante, se decidió no dejar pasar

las horas: era importante actuar. Se invitó a los líderes de los estudiantes al palacio, con la intención formal de dejar las cosas claras.

Le concedieron la palabra a Ascencio Olivar, quien, delante de los asistentes, expuso: «La reina se ha retirado por completo del certamen. No tenemos interés en averiguar qué pasa con ese concurso y con unas votaciones que se presagiaban torcidas o dudosas. Dentro de nuestra independencia como ciudadanos, estamos organizando una programación grande y autónoma, la cual pronto anunciaremos. Nuestros planes son totalmente propios, ajenos a los hechos vergonzosos».

Los miembros del Comité Paolista se armaron de papel y lápiz, y prepararon una carta que yo personalmente me encargué de llevar a las instalaciones de la emisora: «Dieciséis de julio de mil novecientos cuarenta y nueve. Señor director: por su muy sintonizado noticiero, supimos que un reducido número de estudiantes protestaban por el hecho de que la señorita Paola Matilde I cuente con el apoyo del estudiantado. Ha sido nuestro deseo alejarnos de un certamen que ha acabado no representando el nivel del estudiantado culto, sea masculino o femenino. Hemos decidido coronarla por nuestra cuenta con el título de reina de las escuelas y soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza. Los ciudadanos deben saber que jóvenes como los que abajo firmamos, respaldamos y felicitamos al Comité Promotor de la candidatura, cuyo acierto es tal que nos sobrecoge el ánimo por la elección de una reina que es símbolo del estudiantado». Más de sesenta firmas respaldaban la decisión.

La actividad había renacido con fuerza. Se quería llevar a cabo una ceremonia de coronación suntuosa y llena de brillo, haciendo énfasis en que Paola Matilde pertenecía exclusivamente a los estudiantes cultos. Se decidió retrasar unos días la fecha para organizar un evento memorable. En vez del diecinueve de julio previamente escogido, se seleccionó el sábado veintitrés del mismo mes. Para

generar un ambiente de regreso al disfrute sano, se acordó organizar un baile para la noche de ese mismo sábado. Imagínese la fortaleza de mis muchachos. Inmediatamente, regaron la bola e iniciaron la venta de la boletería aún no timbrada, sin orquesta y sin salón contratado. Y ya verá cómo cumplieron, pues mis muchachos sí que eran unos jóvenes valientes y lanzados. Por eso, cuando llegaron a mayores, ocuparon sitios importantes. Pero de eso hablaremos más tarde, no se desespere.

El valor de la boleta fue de tres pesos. Por iniciativa de Eliseo Membrillal, se llamó a varios músicos y denominaron a la agrupación «orquesta Paola Matilde Primera», teniendo al mismo Eliseo como cantante. Una locura que resultó fenomenal, como todas las andanzas de esa veintena de muchachos alocados.

En la litografía Cartelones y Talonarios del Espinal timbraron las tarjetas con premura, y a las cinco de la tarde ya las estaban repartiendo. La tarjeta rezaba:

El Comité Promotor de la candidatura invita al suntuoso baile de precoronación que tendrá lugar en el hotel Morros de la Costanera, en honor a S.M.G.M. doña Paola Matilde, reina de las escuelas y soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza. Una orquesta se encargará de amenizar el evento. Hora de inicio: nueve de la noche.

Mírela, aquí está. Mis muchachos montaron la fiesta en medio día y, con su habitual empuje, lo hicieron con maestría. Fue masiva la asistencia del público, y el salón se llenó desde temprano. Abundaron las frases de elogio a los organizadores; se destacó su labor ejemplarizante, y la reina fue felicitada por muchas personalidades. No hubo ninguna nota discordante, aunque estábamos temerosos. Pasada la medianoche, estábamos relajados y gozando de la locura festiva hasta el amanecer.

En una carta perfumada que liberaba esencia de lirios, llegó en la mañana del domingo un poema anónimo que se titulaba *Paola*. No tenía firma, tan solo decía: «Tu súbdito de amor». Se lo voy a declamar de memoria y en pie:

*De Aryona, Paola, la orquesta te trajo un canto
eres flor de primavera, flor de bien y flor de encanto.
Paola Matilde, con tu belleza obediente y sin dobleces
de pasión por tu realeza, al estudiante enloqueces.*

*Tus ojos son dos lanceros que en la rosa
de tu casa van marcando los senderos de amor, mi Paola
primorosa.*

*El cielo ha querido, Paola, por tus gracias y tus dones
hacer que al son de la lira te aclamen los corazones.
Paola es la más hermosa, la más dichosa y genial
es que Paola es una diosa, Paola es un ideal.*

Aquel domingo fue de mucha calma y tranquilidad. Eran necesarias, después de los afanes y correndillas de los días anteriores. Algunos estudiantes vinieron en busca de información sobre la ceremonia. La reina reposó en sus habitaciones gran parte de la mañana. Al mediodía estuve en sus aposentos, y le dije que notaba su piel un poco tostada por el sol recibido en los días anteriores. Le aconsejé que se aplicara una crema refrescante.

Para suavizar y satinar la piel de la cara, de las piernas y las partes expuestas al sol, le apliqué abundante crema Juno, que era distribuida por Pastor Teofrasto en su negocio de la calle del Espíritu Malo. Hice que viniera la peluquera para que le recortase las puntitas y le aplicase nutrientes para el cabello. Solicité que le hicieran masajes en las manos y en los pies.

Fue un día dedicado al cuidado de la apariencia de nuestra señora. Por la tarde, ya estaba otra vez hermosa y resplandeciente. Llamé al señor Fidelino, el de Fotografía Montealegre, para que le tomase unas fotos delante del tocador. Con ese día de reposo y de cuidados, mi dama se llenó de energía para afrontar con emoción la semana.

Por primera vez en muchas jornadas, ordené que las puertas principales del palacio se cerrasen temprano para que los residentes, tanto nobles como servidumbre, nos diésemos un respiro y nos preparásemos para la ceremonia.

El lunes dieciocho de julio, el Comité Paolista se reunió desde temprano y decidió lanzar una masiva campaña publicitaria. Se reactivaron las visitas a comerciantes, profesionales y emisoras de radio para elevar los ánimos. Observamos que había abundante receptividad; eso nos llenó de emoción, de modo que acordamos que nos íbamos a esforzar en hacer una ceremonia de gran altura. Mientras tanto, continuaba llegando correspondencia a todas horas: los carteros de la mañana entregaron una nota de la jefatura de redacción del periódico estudiantil *El Farol*, que decía: «Dignísima señorita, la presente tiene por objeto poner en su conocimiento que el portador, señor Jurado Rodríguez, nuestro reportero oficial, está autorizado a hacerle entrega del sobre que contiene la primera edición de *El Farol*, y recoger de su señoría las declaraciones que tenga para el estudiantado».

En ese periódico estaba publicada la oración que Julián Marcelino Mina pronunció en la ceremonia de proclamación. Cogí un ejemplar y me lo guardé.

Por la tarde, tuvo lugar la reunión con Fernandito Segundo Infantes, el tesorero, para conocer cómo estaban los fondos y definir lo que se podía llevar a cabo para la ceremonia. Queríamos algo grandioso, algo impactante que opacara el desagradable final

del concurso. Estando en plena reunión, recibí varios marconigramas. Uno de ellos llamó mi atención, y le di prioridad:

Vía Marconi, FX 249, de fecha dieciocho de julio, y emitido desde la capital. Doña Paola Matilde I. Pido excusas por tardanza en contestarle punto estoy dando instrucciones a nuestro jefe oficina esa ciudad para entregar contribución de empresa aviación, con motivo su coronación, a la que desearía asistir atendiendo su honrosa invitación, pero necesidad inaplazable permanecer acá en estos momentos me priva de ese placer.

Salí corriendo. ¿Ha visto alguna vez a una condesa corriendo? Seguro que no. De tres trancos subí las escaleras, y como una exhalación ingresé en el recinto donde tenía lugar la reunión. Algunos muchachos se asustaron. Yo solo atiné a entregar el papel, y no pude ni hablar. El mismo Fernandito Segundo Infantes lo tomó y leyó el contenido. Hubo tiempo para los abrazos y las risas. «Nosotros buscando el burro, y montados en el burro», dijo Quinto Nicolás.

Evelino Montes, juguetón y extrovertido, gritó en medio de las carcajadas: «Mesoneros, traed pronto las cervezas, vinos espumosos y licores añejos. Vayan donde don Henry Tercero Corredorzuela, y que me mande doce botellas de vino tinto de la mejor calidad, de ese que él mismo fabrica con uvas y frutos de los indios maracabúes. Brindemos todos y no se afanen, que yo pago».

Con este apoyo de la empresa de aviación, la ceremonia y el baile serían representativos de la grandeza de mi reina. Cuando recobré la respiración, dije para que todos me escucharan:

—Parroquianos, prepárense a asistir a la ceremonia más esplendorosa de toda la historia de esta población: la coronación que toda reina ansía para ella. Ahora sí que su nombre quedará

escrito para la posteridad. La ceremonia debe tener lugar en el teatro Rialto de los Mares, el más elegante y afamado.

Esto fue aprobado. Entonces, levantando las manos como si rezase una oración católica, exclamé:

—Paola Matilde I, mi reina estudiantil, mi reina de ahora y por los siglos de los siglos, amén.

Entre los estudiantes y los pobladores continuaba el revuelo, estimado y servicial compañero de relatos. Yamila, la candidata de los estudiantes de provincia, apoyada por la Vieja Guardia y los nuevos capitanes, fue entrevistada en todas las emisoras el martes. La señorita, con un lenguaje chocante, dijo que, en vista del giro que había tomado el carnaval, le habían ofrecido coronarla como reina, pero ella lo rechazó. Propuso que la elección se aplazara hasta agosto, pero el daño ya estaba hecho: no había ambiente para elecciones, el período vacacional estaba llegando al final, y en agosto los chicos estarían de nuevo enterrados de cabeza en los libros.

Esto se lo repitió varias veces un periodista de Radio Colonial, ante lo cual, a regañadientes, dijo: «Propongo que Marilourdes I, quien el año anterior fue llevada a la victoria por la Vieja Guardia estudiantil, siga siendo la reina de los estudiantes durante todo este tiempo, hasta que se realice un nuevo evento». Eso era inaceptable. Marilourdes, pese a ser un amor, no era eterna. Cuando se acabó el programa, le dije a mi servidumbre:

—Oscuras manos dañaron y acabaron con el festival. En este palacio real, la decisión está tomada y el tren para la coronación está en marcha. Intentemos llevar a cabo el acto más espléndido y brillante de todas las épocas.

Andando por el patio interior, me encontré con una docena de estudiantes tomando café. Al pasar, les dije:

—Prepárense, porque el acto de coronación de Su Majestad va a ser recordado *forever*. Perdón, jovencitos: eternamente.

Las calles se fueron llenando de nuevo de ruido festivo. Se les explicaba a los peatones los nuevos caminos tomados tras los endemoniados desórdenes. Se los invitaba a participar y a disfrutar del jolgorio de los estudiantes cultos y caballerosos. El público escuchaba con atención, y la emoción poco a poco fue regresando.

Desde las emisoras, arengábamos a la audiencia para que se vinculara a la celebración. Los boletines de prensa, cartas, banderas y cartas de invitación salían del palacio hacia diversos rincones. El Magazín de la Caligrafía difundió uno de los boletines: «El Gabinete Ministerial de Paola Matilde I anuncia que el sábado veintitrés del presente mes de julio será coronada, con pompa y solemnidad, como reina de las escuelas. El destacado artista Fernando Vergara Sierra-Lima está arreglando con todo lujo de detalles el trono que habrá de ocupar la agraciada, en el escenario del teatro Rialto de los Mares».

Mi divino caballero, mi hermoso visitante, mi *mocho* de tierras lejanas: en los pasillos y andenes, en las tertulias de las barberías, en las cafeterías y en las tabernas, así como en los salones de té o de belleza de las mujeres, solo se hablaba de lo que sería el acto de coronación de mi señora. Soy testigo de cómo mis muchachos hicieron que se silenciaran las voces de rechazo a las actividades festivas. Mis paolistas consiguieron que fuesen olvidados los desórdenes, los abusos, los gritos insultantes, la provocación irrespetuosa y el barullo. El ambiente de carnaval colmaba el entorno, y ellos, con satisfacción, se dieron cuenta de que lo habían logrado.

Jorgito Urabá y Evelino Montes acordaron enviar a todas las oficinas y a los almacenes tarjetas que anunciaran la ceremonia, acompañadas por banderitas en miniatura. Una vez más, en la litografía Cartelones y Talonarios, alcahuetas de mis jóvenes, trabajaron día y noche a ritmo acelerado, sacando cientos y cientos de tarjetas. Respecto a las banderitas en miniatura, tengo una por aquí: mire esta preciosura, idéntica a las grandes. Contéste-

me, señor forastero: ¿quién entregó con sus propias manos todas las tarjetas y sus banderitas? Usted sí que es hábil, mi señor. Es el primero de todos los forasteros que se lo ha imaginado correctamente: fue Carmiña Perfecta del Sóleo, la estudiante de Enfermería. Ella fue quien propuso hacer las miniaturas, y las realizó acompañada por un grupo de amigas, tan linda y divina, hermosa como una astillita de canela. ¿Quiere ver una de esas tarjetas? Tal vez sea la única que existe, o quizá haya otras en álbumes, baúles o museos.

Por la tarde, mi señora y muchos de sus seguidores bajaron a la calle a invitar a la gente a la ceremonia. Ella saludaba con la mano. Resultaba emocionante ver a nuestra reina y a su pueblo: le dedicaban frases cariñosas y le expresaban su respaldo. Con el transcurso de las actividades, los temores hacia los actos de sabotaje se iban diluyendo; nadie hizo un solo movimiento o pronunció una frase en contra de la soberana.

Se aceleraron los preparativos, y el jueves estuvo lleno de correndillas. Se redactaron cartas, se inició la venta de boletas para el baile, se colocaron telegramas invitando a gente de otros reinos, y fueron hechas partícipe importantes personalidades de la capital. También fue el día de la prueba de la vestimenta: toda la tarde se la pasó Nardela con la reina y con sus princesas-hermanas. Tomó pinzas, dobladillos, colocó cintas y lentejuelas. Además, estableció los accesorios que debían utilizar.

Casi al anochecer, trajeron de una joyería la corona que había sido tallada en plata, con brillantes y piedras preciosas. Eran las siete cuando trajeron de la zapatería seis pares de zapatos, de diferentes tamaños y colores, para que mi reina escogiera los más adecuados. A esa hora, la convencí para que se vistiera por completo, tal cual lo estaría en la coronación. Aceptó con la condición de que solo sus hermanas y yo estuviésemos presentes. Tuve el privilegio de ser de las primeras en verla brillar en todo su esplendor,

envuelta en el manto real y con la cabeza adornada por la corona. Si la diosa Palas Atenea por una rendija la mirará, de seguro la envidia y la rabieta se le desatara.

Todavía recuerdo con precisión aquella noche de julio del cuarenta y nueve, y todavía se me eriza la piel por la emoción. Usted no alcanza a imaginarse lo maravillada que estaba. Deseé que las horas corrieran veloces para que toda la región admirase su exuberante belleza estudiantil. Ella ha sido la reina más divina, casi una diosa. Recuerde que se lo estoy asegurando porque estuve allí, estoy acá, y estoy en lo cierto.

El viernes se inició la venta de las boletas. Se elaboró el programa para la ceremonia en el teatro, y se firmó el contrato con la orquesta para que amenizase el baile. También con la floristería, para que decorase ambos lugares, y con Foto Mercurio, del maestro Pipe Angulo, realmente conocido como Barriga de Cerveza. Él tomaría las fotografías en el desfile, el teatro y el hotel Morros de la Costanera. Evelino Montes propuso que solo hubiera *whisky* fino. Los varones debían asistir de chaqueta y corbata, mientras que las mujeres lucirían trajes largos de fiesta.

Los muchachos del comité, exhaustos pero felices, estaban libres de temores por los hechos que enturbiaron el concurso. La rápida venta de las entradas anunciaba lo exitoso de la concurrencia, y el elevado nivel de civismo que tendría. Por el equipaje se conoce al pasajero, dicen en estas tierras, mi querido visitante. Muéstreme su equipaje, y así sabré si es profesor de universidades o malandrín que viene por mis reliquias. Observo por aquí, registro por allá... Deje que me ría de sus cosas, pues ni lo uno ni lo otro: ni profesor ni facineroso, qué risa me da.

Pero bueno, la realidad es que mi reina estaba cada vez más ansiosa con el paso de las horas. El monarca y la reina madre afirmaban estar entusiasmados y felices. Parecían unos niños;

disfrutaban de la ventolera de los muchachos. Por su parte, las princesas-hermanas se veían orgullosas, y se comían las uñas.

La servidumbre andaba de un lado para otro organizando, atendiendo a propios y extraños, poniendo en orden pasillos y recintos. Las puertas se cerraron cercana la medianoche; las horas para la ceremonia estaban contadas. Antes de dormir, dije hablando sola, con las luces apagadas y frente al espejo de mi dormitorio: «Paola Matilde, pronto estarás sentada en el trono del majestuoso teatro. Tus súbditos estarán prestos a servirte, y yo, conocedora e ilustrada, estaré lista a tu derecha, como siempre».

Periódicos locales y de las poblaciones vecinas, e incluso de la distante capital, anunciaron la ceremonia. Tuve que salir a realizar unas compras, y pude observar las calles bellamente vestidas con guirnaldas y banderines de papeles multicolores. Las paredes estaban delicadamente cubiertas por cartelones donde se destacaba una inmensa foto de medio cuerpo de Su Majestad. Todo estaba tan lindo que me parecían hojas arrancadas de un libro de cuento de hadas. Esto lo consiguieron mis muchachitos, Fernandito Segundo Infantes y José María Cardenal de la Tarulla: como empapeladores reales, habían realizado una labor de titanes. Aunque algunos no lo compartieran, fue bella su labor, y esa fue su recompensa. Además, muchos muros estaban cubiertos de grandes carteles que detallaban el programa.

Me paré en la calle San Agustín Chiquita y me mezclé con los transeúntes que se aglomeraban para leer el programa. El gigantesco cartel en papel de periódico invitaba a la velada. Escuche, amigo, el programa que se preparó: «Primero, homenaje a los símbolos patrios a cargo de la banda de guerra del condado. Segundo, recital poético a cargo de doña Saribellys Maldonado de los Guardianes. Tercero, solo de violín por la señorita Arelis Santiaguera Munzón. Cuarto, concierto de piano por la señora Estrellita Escobar del Casamiento. Quinto, danzas y gaitas de los

indios farotos. Sexto, elogio lírico por el señor Samuelín Díaz del Pajarero. Séptimo, desfile de moda típico. Octavo, danza de los negros pescadores. Noveno, protocolo de coronación con discurso del doctor Alberto Semacarith y Porteño; imposición de la corona y palabras de la reina. Décimo, ballet clásico por las alumnas del colegio Santo Jesús Crucificado, dirigidas por doña Amelia de los Carboneles. Y undécimo, pieza musical folclórica de despedida por los niños de la coral infantil Riachuelos de Paz».

Ante dicho cartel, los presentes lanzaban frases de júbilo por lo selecto del programa, y exaltaban la grandiosidad y la labor de los muchachos paolistas, que habían superado las adversidades. El generoso tamaño del mural lo propuso Ascencio Olivar, que pidió que se hiciese un cartel tan grande para que lo vieran más allá del mar, y que lo pudiesen leer desde los aviones. Es que esos muchachos míos tenían unas ocurrencias... Por eso, siempre dije: «Grandes serán, como sus locuras».

No se ría, mi señor, porque pruebas tengo. Pero eso lo dejaremos para otra ocasión.

Mientras me apretujaban frente al cartel, alguien dijo: «Será el evento más hermoso por siempre. El teatro Rialto de los Mares va a ser engalanado como nunca, y de ello se hablará y se comentará por todos lados». Me volví hacia donde salieron las palabras y vi, entre el vapor que se desprendía de las piedras calientes de la calle, a un joven delgado, trigueño, de pelo liso, de cuello largo como una jirafa y poblado bigote. Le pregunté su nombre y me reveló que era Fermín Victoriano.

Era la segunda vez que lo veía. La primera fue en el acto de proclamación de mi reina: estaba sentado en la primera fila al lado de Agapito del Real. Tiempo después, nos hicimos muy amigos. Siempre hablábamos de este reinado, y lo veía a cada rato.

Regresé feliz al palacio para rematar las labores, revisar y esperar con ansia el final de la tarde. Al llegar, le dije a la servidumbre que la ciudad estaba bellamente empapelada de pies a cabeza con arengas, fotos y frases de nuestra señora. Ella era el epicentro. Banderas paolistas flameaban izadas en las esquinas y en muchos balcones. De ahí fue que se instauró la costumbre de colocar banderas en los balcones, durante las fiestas patrias.

Las calles se veían hermosísimas, para nada sucias ni empañadas. Pero siempre hay personas incómodas que se molestan por todo. En una ocasión, un periodista se quejó de las propagandas en los muros y paredes dentro de la campaña. Imagínese qué diría ahora, que los empapeladores habían realizado una cobertura mayor y sin parangón. A este respecto, un periodista había escrito:

Cuidado con la propaganda. Desde esta columna, hemos venido prestando todo nuestro apoyo para que el reinado estudiantil disfrute del mayor de los éxitos, y se celebre con el mayor esplendor. Pero tampoco debemos dejar de criticar los distintos medios de propaganda que se están empleando, como el de empapelar paredes y pisos en casi todos los establecimientos comerciales. Este sistema no hace favor alguno a la campaña del reinado estudiantil; por contra, le va creando un ambiente de resistencia entre la ciudadanía, y desdice también de la cultura y el civismo de las gentes del aula, en quienes la sociedad tiene justamente fundadas sus esperanzas para el porvenir.

Estos métodos de publicidad no son aceptables, y menos ahora, cuando estamos empeñados en una campaña de limpieza de las calles. Bien está que los estudiantes realicen su reinado, porque más que una fiesta es un paréntesis de alegría. Pero, para no desvirtuar la esencia del certamen, debemos orientarlos por los cauces más puros de la elegancia espiritual. Esperamos que

los estudiantes no interpreten estos reproches como una censura hacia sus actividades, sino como un saludable consejo que debe ser puesto en práctica inmediatamente.

Sin embargo, para muchas otras personas, las calles lucían engalanadas con tanta propaganda. Debo anotar que una docena de personas estaban contratadas para que el domingo después de la coronación, a medianoche, todos los cartelones fuesen retirados dejándolo todo impecable, para que con las primeras luces del lunes la ciudad tuviese el aspecto habitual. Eso fue propuesto, aceptado y cumplido, como ejemplo cívico de cultura y decencia.

Desde las seis de la tarde de ese sábado memorable, se fueron acercando damas y caballeros elegantemente trajeados. A la hora indicada se abrieron las puertas del teatro, y muy pronto todas las butacas de platea y de luneta, así como los espacios de las galerías, fueron ocupadas por los asistentes. La reina y su comitiva, mientras tanto, se aprestaba a salir en caravana desde el palacio.

Las trompetas anunciaron la apertura de la puerta. Pero no fue el portero quien se encargó de la apertura, sino Lucrecio Albaricoque: él había solicitado ese honor. Salió caminando con gracia y majestuosidad, como lo hacen los toreros cuando se dirigen al centro de la plaza. Se detuvo justo a mitad de la calle Segunda de Zapatillo y giró el cuerpo hasta quedar frente al zaguán, con la cabeza mirando el balcón principal. Puso las manos como simulando una bocina, y gritó con todas sus fuerzas lo mismo que había gritado más de mil veces en ese mismo sitio: «¡Viva Paola Matilde!».

La gente agolpada en la calle y los vecinos apretujados en los balcones lo acompañaron, repitiendo lo mismo en un coro perfecto, aunque nunca fue ensayado ni programado. En diciembre, cuando sopla el viento de las seis de la tarde, si usted se detiene en

la calle Segunda de Zapatillo, esquina con Monedero, sin mucho esfuerzo podrá escuchar el eco del coro perfecto. En ese mismo lugar también verá a cientos de personas en fila, los veintitrés de julio de cada año, que llegan para escuchar el eco con la concha de un caracol marino, suspendiendo la respiración por tres minutos y pagando unas monedas a los descendientes de Evelino Montes.

Nadie sabe de dónde lo sacaron; nadie sabe por qué el fenómeno solo funciona con esa concha de caracol. Le contarán muchas historias sobre el coro perfecto, la mayoría falsas; le venderán libritos, réplicas de caracoles o piedras marinas, y muchas cosas más. Los descendientes del Ñato son celosos de su concha, y tienen el mismo problema de mis chicos con sus libros de estudio, el mismo que yo con mis reliquias.

Retomando la historia de la salida, las trompetas tocaron la fanfarria más prolongada, monumental y gloriosa de la Cartavieja de las Indias Caribeñas. Alcé el brazo derecho, apunté al portón, y el desfile se puso en marcha. En cabeza iba un vehículo tirado por un caballo negro percherón, que nos prestó para la ocasión un tal Gaspar, con una docena de cayenas de color zanahoria en la testa. Lo guiaba un negro cimarrón *chambaculero*, vestido a la usanza de los carruajeros de inicios del siglo veinte.

En ese carruaje íbamos únicamente mi reina y esta, su permanente servidora. Cuando estuvimos en la calle, estallaron en la tierra los aplausos de los presentes, y en el cielo brillaron las decenas de voladores y la pólvora pirotécnica. Se llenó de luces el cielo gris de la caída de la tarde. El gentío apostado era inimaginable; los gritos y los vítores hacían hervir la sangre y aguaban los ojos. Detrás del carruaje real, más de una veintena de coches tirados por caballos o mulos transportaban a los nobles de palacio, a los invitados especiales y a los miembros del comité. Avanzamos por la calle Segunda de Zapatillo, pasamos junto al parque de los Ilustres Capitanes de Altamar, y doblamos a la izquierda pasando

por la iglesia del Santo Toribio, santo protector de los ataques e invasiones. Es la misma iglesia donde, un año después, mi reina se uniría en matrimonio con su amor eterno. Pero de esa boda hablaremos más adelante, que aún queda mucho por degustar.

El cortejo fue avanzando por la calle de honor que formaban los súbditos, a un lado y a otro. Por delante, trescientos cincuenta niños menores de diez años, tomados de la mano como si fueran una cadena humana y disfrazados de heraldos, lucían gorras rojas rematadas con una pluma multicolor de pavo real; camisa de manga larga rosa; chaquetilla y pantalón púrpura; fajón de terciopelo amarillo y zapatos negros de charol. Tras ellos, los adultos, que batían al aire pañuelos y banderitas paolistas, intercalaban gritos de «¡viva, viva y viva Paola Matilde!». Alex Betancourt, José Vicente del Parnaso, Efraín Paniza y Saúl Alvares fueron los encargados de organizar a los súbditos participantes. Al llegar a la esquina de la calle del Sargento Descabezado, pude observar a Sebastián del Portal y Arizal, el comentarista de radio, quien desde la puerta del edificio transmitía en directo y con emoción.

Una vez rebasada la esquina, cuando el desfile alcanzó la calle del Estaquillo, donde abundaban las tiendas de rones y vinos, de súbito, mi señor, sin que nadie lo esperase y como si fuera una explosión, nos cayó encima el aguacero más hermoso de todos los tiempos. Desde los balcones de las treinta y tres casas de esa calle fueron arrojados cubos de pétalos de flores. Después supe que más de cuatro millones de pétalos fueron lanzados durante los minutos más largos de la historia.

Puedo asegurarle, señor que viene a preguntar, que aquellas flores multicolores impregnaron el ambiente de un olor que todavía recuerdo. Es más: aunque han pasado mil sesenta y un años desde aquel glorioso sábado, todavía se siente en las tardes calurosas de julio o agosto un penetrante olor a esencias florales. Si no me cree, vaya y transite por ella; vague sin apremios sobre

las cuatro de la tarde, después de un día sofocante, y sentirá el aroma a flor fresca. Y si de veras está convencido de que el reinado de Paola Matilde I era permanente, quizá hasta pueda ver caer pétalos de nomeolvides.

La calle quedó tapizada por una alfombra multicolor. No habíamos acabado de transitarla cuando supuse, sin equivocarme, qué manos estuvieron involucradas en ese invento. Lo orquestaron en secreto Lucrecio Albaricoque, Jorge Urabá, Julián Marcelino Mina, Perro Flaco y Evelino Montes. Ellos, en actos de complicidad, idearon muchas de las cosas que sucedieron en la candidatura de mi reina.

Mi ilustre visitante: cuando vuelva a su casa, tiene que señalar especialmente a Lucrecio y a Evelino, valiosos oradores, líderes, intelectuales, compañeros, amigos, locos y cómplices, que fueron los culpables de envolver en sus planes a muchos estudiantes, que los ayudaron a montar este festival espléndido y monumental.

Con el corazón latiendo a mil y las lágrimas fuera de control, llegamos a la esquina. Allá, en la otra acera, se levantaban a la derecha el teatro y a la izquierda el hotel. Avanzamos por la calle de las Santísimas Mercedes hasta situarnos al nivel de la entrada del teatro. Allí nos esperaban cuatro musas convertidas en personas. Se colocaron de a dos para hacerle calle de honor a mi soberana, en su descenso del carruaje. A la diestra de la reina se colocaron Terpsícore, musa de la danza y del canto coral, y Polimnia, inspiradora de la poesía, la retórica y la elocuencia. En la siniestra, Calíope, encarnación de la poesía épica y la elocuencia, y también Melpómene, musa de la tragedia.

Así, en procesión, mi majestad entre las musas y yo tras ellas, avanzamos por el atrio. En el recibidor, al principio de la escalinata de mármol, las musas se detuvieron y se despidieron con una sonrisa. El séquito de nobles y nosotras continuábamos en-

trando al edificio. Las musas regresaron a la fachada y, otra vez, se convirtieron en mármol brillante y pulido. Todavía están allí hoy en día; usted puede ir y verlas, inmortalizadas en preciosa piedra. Los vecinos le dirán que allí han estado desde el inicio de los tiempos, y que solo descendieron de sus pedestales por unos minutos para hacerle calle de honor a Paola Matilde I.

El teatro estaba abarrotado. Los aplausos de un público delirante acompañaron la entrada triunfal. Ella, con donaire y feminidad, se sentó en el trono que había sido especialmente diseñado y decorado. Se la veía angelical con el vestido blanco compuesto por varias capas de fino velo, y el par de guantes que daban realce a sus antebrazos. De sus hombros caía una capa de armiño adornada con un sobrevuelo de color bermellón. Los colores de la tela hacían más luminosa su sonrisa; el brillo de su mirada brotaba de aquellas pupilas dilatadas por la emoción.

Su corazón latía deprisa, pero bajo control, mientras sus manos relajadas descansaban sobre el vientre. Varias veces, se me antojó que parecían palomas *guarumeras*. A sus pies, tres tiernas e infantiles damitas de compañía permanecieron agarradas al vestido durante el acto, aunque frecuentemente hacían risas y travesuras.

El maestro de ceremonias, vestido con corbatín negro y traje de paño inglés, portando en todo momento un báculo de caoba, fue dando curso a los puntos del programa. Recuerdo con detalle aquellos instantes, mi caballero andante: Paola Matilde, en todo lo alto del escenario, esplendorosa y sentada en su trono; a su lado, diez duquesas de coronación, sonrientes, ataviadas con trajes largos. Entre ellas estaban situadas las princesas-hermanas, Angiemón, Candelaria Isabel, Heidylú, Anita del Rosario y Silvia Segunda.

También había diez caballeros, empapados hasta el cogote en agua de colonia, con su estricto uniforme de gala, corbatín negro y fina chaqueta de lino. Esos trajes fueron realizados a las

volandas por modistos de la sastrería del mulato Zorobabelio Stremor, la más importante de por aquí. Los muchachos tenían el cabello bien corto y untado con brillantina, como resultado del trabajo realizado con arte y estilo por el señor Saria del Portobelo, el popular peluquero.

Igualmente ataviados, uno al lado del otro en milimétrica línea recta, los integrantes del Comité Paolista estaban al fondo del escenario. Sonrientes, dichosos y triunfantes, hicieron que la gente viera su inmenso ideal. Al respecto, en Radio Colonial, el locutor decía: «Los muchachos del fondo del escenario, miembros del Comité Promotor de la candidatura, han sabido llevar el nombre de Su Alteza hasta el mismo Olimpo, para que fuese reconocida por los Dioses». Ellos estaban, en definitiva, a la cabeza de todos los paolistas.

Las tres emisoras retransmitieron el acto, y las presentaciones quedaron enmarcadas por el bullicio feliz de los presentes. Más temprano que tarde, pero con emoción, llegamos al punto deseado: el número nueve. Tras las palabras del coronador invitado, y en un silencio emotivo que antecedió a un griterío atronador, las sienes de mi señora recibieron para siempre de manos del doctor Alberto Semacarith y Porteño, la corona plateada bordada con piedras preciosas, joya que aún conservo y que tengo a buen recaudo en un lugar secreto. Observe estas fotografías de la ceremonia: en esta, la verá a ella de perfil; recréese y disfrute de su sonrisa. No ha habido joven más hermosa que ella en este reino ni en los vecinos, en todos estos años. Estaba feliz y radiante; dese cuenta de cuánto se le nota la felicidad en la fotografía.

Con la corona en la cabeza, Paola Matilde se acercó al borde del escenario y se dirigió a sus súbditos, mostrando amor, ternura y grandeza de mujer soberana. No se equivocaba Evelino Montes cuando la seleccionó para que fuese la reina, cuando se acercó a ella y la convenció para que brindase su nombre. Tampoco los

estudiantes de profesión, ni los adolescentes de distintos colegios, ni los adultos que gritaban su nombre en los recintos públicos o privados, y que, sin temores, se hacían llamar paolistas.

El papel que tengo en las manos fue el mismo que leyó mi reina, escrito de su puño y letra dos días antes. Léalo en voz alta y de pie, por favor, que yo, recostada en esta mecedora, lo leeré soñando en voz muy baja. Si cree en lo sobrenatural, se sentirá transportado al lugar; no escuchará su voz ni tampoco la mía, sino la de mi reina, con la misma tonalidad que utilizó aquella noche:

—Doctor Alberto Semacarith y Porteño. Señores estudiantes. Damas y caballeros. Mi léxico de mujer sencilla y entusiasmada por esta mágica ceremonia, carece de palabras adecuadas que manifiesten el esplendor de mi juventud y la alegría de mi espíritu. Tendría que abrir mi corazón como una prueba gráfica para demostrar que, cual flor de emoción ardiente y vivaz, delata mi exacta y sincera gratitud. Así lo siento, y así lo expreso, y así lo guardaré en mi recuerdo.

»Fiel a mi corazón, y como fulgurante memoria de este grandioso homenaje, trocaría mi título de reina por el de señora del agradecimiento. A los estudiantes, esas fuerzas vivas de gran poderío, quienes desde el minuto inicial supieron estimularme, que hicieron de mi nombre su bandera y de mi persona su símbolo, les tengo preparada para el mañana próximo una amistad sin titubeos, una deferencia sin escondites, una distinción sin preámbulos, un aprecio sin temores y un corazón guardián y consejero en las sorpresas del estudio y en los misterios de la vida. Equitativamente meritorios son mis sentimientos. Después de esta noche de fiesta e imperio, no seré más la reina Paola Matilde I, sino Paola Matilde la compañera.

»A la sociedad; a las personas que, de buen grado y con mejor voluntad, se encuentran en este acto; a las amigas que me ayudan con su presencia... mis sinceras gracias y mis respetos francos. A la

mujer representativa, soberana de la belleza unas veces, patrona de los aires hoy, dama de los mares ayer, mis más ardorosos anhelos de un gran porvenir. Para el joven abogado, señor del verbo y de la pluma, gran letrado como el que más, doctor Alberto Semacarith y Porteño, muchas gracias por su amabilidad. Conservaré en mi pecho la indeleble huella de mis simpatizantes. Al público, le entrego la millonaria alcancía de mis gratitudes, conforme a mi divisa de fiesta y de orden.

»He aquí mi última aspiración: que el término de esta coronación sirva de nacimiento a una noche de fiesta y júbilos estudiantiles, donde los requisitos sean la caballerosidad, la distinción, la galantería, el comportamiento y el don de gentes... Todas ellas, cualidades respetables del estudiante de la comarca. He dicho.

Los aplausos llegaron hasta el mar, y se perdieron entre las olas encrespadas que se agitaban frente al teatro. Los hurras a Paola Matilde I brotaban, aunque las gargantas de los paolistas estuvieran resentidas después de casi treinta días de manifestaciones. Siéntese, señor visitante; siéntese y disfrute de lo que le voy a seguir contando.

Cuando el undécimo punto finalizó, desde el fondo del escenario salió, pomposamente ataviado, uno de los heraldos del palacio. Llevaba un largo papel en la mano. El trompetero mayor hizo sonar la fanfarria que precedía a la lectura de los decretos.

El heraldo leyó lentamente, dejando espacio para los aplausos y la algarabía:

—Yo, Paola Matilde I, reina de las escuelas y soberana de la inteligencia, cultura y belleza, por voluntad de mis súbditos, ordeno y mando: nómbrase el siguiente Gabinete de Gobierno. Premier: doctor Ascencio Olivar, especialista en paz y bienestar poblacional. Ministro de Educación Cultural: doctor Agapito

del Real, ilustre y renombrado exponente de las letras de los periódicos. Ministro de Relaciones Públicas: doctor Alex Betancourt, muy laureado diplomático. Ministro de la Marina: doctor José María Cardenal de la Taruya, veinte veces diestro marinero y navegante. Ministro de las Haciendas Reales: doctor Fernandito Segundo Infantes, alto exponente de las finanzas. Ministro de las Carnes: doctor José Vicente del Parnaso, el más grande vaquero de esta época.

»Ministro de Trueques: doctor Israel Maximiliano Trascamocho, experto en comercios. Ministro de Refinerías: doctor Efraín Paniza, destacado formulista de hidrocarburos, parafinas y antraceno. Ministro de Leyes: doctor Jorge Urabá, experto creador de artículos y párrafos. Ministro de Minas Siderúrgicas: doctor Quinto Nicolás, maestro en riquezas terrestres. Ministro de Química: doctor Wilfrido Emerital Trascamocho, experto creador de fórmulas magistrales. Ministro de Telégrafos: doctor Huguito Maganguey, especialista en comunicaciones interplanetarias. Ministro de Movilidad: doctor Feliciano Andalúz de los Benedictinos, diplomado en tarifas y retenes. Ministro de Agricultura: doctor Saúl Álvarez, doctor en sembrados y cultivos. Ministra de la Medicina: doctora Carmiña Perfecta del Sóleo, diplomada en salud y enfermedades. Edecanes: doctor Julián Marcelino Mina y doctor Evelino Montes, obligados a acompañarme a todos los actos oficiales. Secretario Privado: doctor Lucrecio Albaricoque. Cúmplase, julio veintitrés de mil novecientos cuarenta y nueve.

Enseguida hubo fanfarrias, aplausos, felicitaciones, abrazos, *bullaranga*, risa y alegría. Las trompetas no se escuchaban por el griterío. Los ministros recién nombrados anunciaban sus primeras acciones y, mano en alto, brindaban con copas imagina-

rias jurando hacer cumplir sus compromisos. Disfrutaban del momento tanto los de tarima como los de las butacas.

Recuerdo con vergüenza que me senté al borde de mi silla de primera fila, teniendo a mi derecha a Fermín Victoriano, y me pregunté si todo aquel vacilón iba en serio o en broma. Si era verdad, o un juego de traviesos muchachos sintiéndose niños. Habían creado un reino imaginario; con sus fantasías, desbordaban la realidad. Tenían un aroma mágico, maravilloso.

Miré en diferentes direcciones buscando al mago y su varita de la locura, o al genio de la lámpara, para pedir explicaciones. Pero no los vi. Creo que no existían. La reina, las duquesas, los edecanes, los ministros, las encopetadas personalidades, la servidumbre, los acompañantes, los amigos, los asistentes y los locutores bailaban, danzaban, reían y aplaudían. Al fondo y en lo más alto de los palcos, en las sillas destinadas al presidente de la región, dos hadas batían sin parar sus satinadas alas: eran Alegría y Dicha.

Pensé en que una veintena de jóvenes, para gozar de sus vacaciones estudiantiles, arrastraron sin distinción a todos los habitantes a un juego impresionante; volvieron loca y mil veces loca a la ciudad, que los siguió extasiada. Ah, pedazo de *pelaos*, son unos jodidos de mierda: esto no es más que un desorden y un juego. Pendeja yo, que les creí el cuento y me dejé embobar. Mañana seguro que esto estará acabado, y yo tendré que atender en la casa de los pensionados y trapear los pisos para secar la lluvia.

Pero entonces, zumbaron en mi mente las palabras impositivas de Israel Maximiliano, cuando me aseguró que este «será un reinado de verdad, que se recordará a diario. Paola Matilde es nuestra reina desde ahora y para siempre».

Miré a Fermín Victoriano. Tenía un periódico abierto en las manos. Con decisión, asintió con la cabeza: me había leído el pensamiento. El recuerdo de aquellas palabras trajo también un tono de reprimenda. Fue la primera y última vez, la única en mi

vida que tuve y tendré dudas sobre la seriedad de este reinado que es eterno. Merezco miles de perdones. Pedro negó tres veces a su maestro, y yo he negado una vez a mi reina.

Así que, aclarada la cosa, de inmediato me sumé al barullo y a la danza, a la celebración, al goce, y a vivir la realidad de la ocurrencia de estos chicos tan espabilados, que a pesar de las dificultades hicieron una gran fiesta.

La salida del teatro sí que fue un tumulto, como si fuéramos una revuelta de indios, una danza de *chapetones* o una turbulencia de negros.

De la forma alocada y precipitada como fue aquella salida, nacerían los cabildos festivos recientes cuando se recuerda la época de los negros cimarrones que vivieron extramuros. Al pasar frente al teatro, sonreí a dos de las musas de la izquierda, que miraban con complicidad a los que iban saliendo. Entre gritos y emoción desbordada, casi salvaje, andamos la corta calle de las Santísimas Mercedes hasta el hotel, que quedaba a la vuelta.

A la entrada nos aguardaba otra sorpresa, preparada por Efraín Paniza: varios mesoneros entregaban a la concurrencia, en copas de cristal, vino dulce de maracuyá con pepino y espíritu añejado de jengibre.

Cuando al fin alcanzamos el interior del hotel, una nueva sorpresa, y parecía mentira: la orquesta estaba tocando un *porro* que hacía las veces de sintonía en el radio-teatro de Emisoras del Altiplano, nada más y nada menos. Déjeme frotarme las manos, y mire cómo aún se me eriza el vello: era la orquesta primerísima del maestro Mandeliano Torrenavarra, la que todos querían en su fiesta y muy poquitos lograban. Óigalo bien, señor: lo más exclusivo en música, lo último en guarachas. La mejor agrupación musical de aquella época.

Las personas que ingresaban se dividían hacia las mesas o hacia la pista de baile. Al llegar las doce, la orquesta detuvo la música y pidió total silencio para que escuchásemos claritas las campanadas desde el campanario mayor de la catedral de Santa Lucía del Torcuato. Entonces sonaron las notas de un célebre vals, y las diez duquesas, tomadas de la mano por sus caballeros, salieron a la pista ejecutando una danza fenomenal, que me hizo recordar unas fotografías que había visto en una enciclopedia sobre bailes en jardines imperiales.

Los asistentes mirábamos extasiados. Tras largos minutos de danza, súbita y lentamente, las luces se fueron apagando hasta sumirnos en una oscuridad absoluta; la música se detuvo, nadie gritó, pero sí cundió el temor. Los músculos se pusieron tensos y nos esperamos lo peor. Una luz redonda de color rojo iluminó el fondo del salón, y colocó como en altorrelieve la figura de nuestra reina. A su espalda, diecisiete figuras humanas emergían de la oscuridad: los diecisiete integrantes del Comité Paolista, los fundadores del reino.

Todos se acercaron a la pista de baile, guiados por la luz. Por el camino, dieciséis señoritas con vestidos idénticos a los de la reina fueron saliendo del público y se sumaron al transitar. Cuando llegaron a la pista, la luz se disolvió y la orquesta inició la interpretación del vals *la Soberana del Imperio*. Hubo más de un minuto de oscuridad y de compases lentos, enternecedores; de pronto, nueve reflectores iluminaron la pista, tras ellos nueve azules, y finalmente nueve rojos, para mostrarnos en multicolor a las diecisiete parejas de baile.

De verdad parecía que hubiera diecisiete. Uno a uno, fueron bajando desde el techo más de treinta espejos gigantes que quedaron colgados alrededor de la pista. El efecto fue extraordinario. Parecía que los danzantes se multiplicaran y se hicieran incontables. Fue entonces cuando nadie se pudo contener: brotaron

lágrimas y vinieron los aplausos. Fueron casi cinco minutos de éxtasis. Los acordes llegaron al final, las luces se apagaron y regresó la oscuridad total.

Cuando sonaron nuevas notas, las del bolero creado por Eliseo Membrillal, regresó la luz. Los bailarines no estaban; nadie supo nunca quiénes fueron las dieciséis damitas que se prestaron a las locuras del Comité Paolista. En ese momento, llamaron al coreógrafo, un morenito vestido con camisa fosforescente de rayas y pantalón chocolate. Nativo del reino Sincerín de los Yucales, de nombre Paolo Gallinazo, quien a escondidas preparó y entrenó a los danzantes. Llegó hasta una de las esquinas de la pista de baile y fue largamente ovacionado.

En medio del orden y la cultura, como para dar ejemplo de lo educados que eran los asistentes, el baile se prolongó hasta los primeros minutos de la mañana. Las dos amplias pistas estuvieron siempre repletas. Ya sabe que el único licor que se tomó en esa fiesta inolvidable fue *whisky* de trece años, señor que viene a preguntar; es que mis muchachos jugaron por todo lo alto esa noche.

El Magazín de la Caligrafía y los otros del domingo veinticuatro de julio, trajeron en primera página la foto de mi reina, y contaron con todo lujo de detalles lo que sucedió en la coronación y en el baile. Los periodistas dijeron muchas frases hermosas y reconocieron que los actos fueron esplendorosos. Las fotografías estaban especialmente destacadas y en tamaño grande, mientras que el nombre de mi señora formaba parte de los titulares. He pronunciado muchas veces estas palabras, repítalas ahora, venga, no se haga el desinteresado: «Estos chicos lograron dar lo mejor de ellos, hacer lo mejor con lo jamás soñado, y dar a los habitantes de la población una gran lección de comportamiento. Estos son mis muchachos, sí, señor; estos son mis muchachos». ¿Vio que fue fácil? Es que así son las cosas, mi señor, con dedicación y confianza.

El palacio real estuvo cerrado todo el domingo. La reina y los nobles permanecieron en sus aposentos hasta bien entrada la tarde. El descanso, luego del ajetreo inmenso, era una necesidad del cuerpo y del espíritu. Decenas y decenas de cartas, telegramas y mensajes llegaron a manos del portero y me los entregaron al anochecer. Los dejé sobre el escritorio del recibidor para repartirlos al día siguiente. Para entonces, todo vestigio de carteles en los muros públicos había sido retirado de acuerdo a lo planeado.

La servidumbre también se retiró temprano a sus dormitorios. Una vez más, la última luz que se apagó fue la de mi habitación, la de Rosalía. Y le recuerdo que mi nombre es de origen latino, y para que usted no me olvide, soy la condesa de Gimaní.

Segunda parte

Si bien la ciudad amaneció ese lunes sumida en el vapor caliente de siempre, como si nada hubiese pasado en los últimos treinta días, dentro del palacio era diferente.

Llegó mucha correspondencia desde otras regiones e incluso de reinos lejanos. Igual sucedió en los días y semanas siguientes. También llegaron muchos periódicos. Uno de ellos decía en primera página:

Los reinados estudiantiles han sido siempre una maravillosa fluorescencia del espíritu juvenil. Esos enjambres locos que son los muchachos alegres de universidades y colegios desportillan su entusiasmo y salen a la lid caballerosa con las candidatas de sus simpatías, que sus espíritus quijotescos defienden a espada y cruz, como si fueran las dulcineas de sus ideales. Cuántas batallas brillantes libran con el ingenio de su inteligencia. Cuántos trovadores de esas candidatas dejan oír los florilegios de sus gargantas apolíneas. Cuántos aedos pulsan sus liras para cantar en su coronación solemne y fastuosa. Los estudiantes celebraron sus tradicionales fiestas de la inteligencia y la cultura, y eligieron como soberana a Paola Matilde: flor de armonía, bella

como nuestro horizonte y perteneciente a una estirpe de reinas y princesas.

En otro periódico, además de reseñar y aplaudir la gesta, se informó: «Fue suntuosa la coronación de la reina de los estudiantes». Y publicó una foto inmensa de mi reina sentada en el trono, sobre sus sienes la corona. En el Diario de la Tarde informaron que: «La señorita Paola Matilde, distinguido elemento de nuestro mundo intelectual, fue coronada en imponente ceremonia». El nombre de Su Majestad era pronunciado por aquí y por allá, y en las revistas y en los periódicos venían los detalles de su reinado.

Mire, hidalgo, mire las fotografías. Sea cuidadoso y observe con detalle las cadenas y los relicarios, muy femeninos, muy delicados, grandiosos como la persona que los ostentaba. De todo ello se habló en esos días. Es más, hasta se puso de moda usar esas joyas nada exuberantes y muy discretas, que daban un toque de finura y delicadeza. ¿Sabe quién fue la persona que le recomendó a Su Majestad que los usase en sus actividades públicas? Obviamente, la que está aquí, a su lado, contándole cosas mientras esa romería de gente llega al castillo.

No comprendo las razones por las cuales vienen cuando está cayendo tanta lluvia. Sí, de veras que sí, mi precioso forastero: fui yo, la condesa de Gimaní. Recuerde que se pronuncia Yiiii-iiimaní. Fui la que se lo sugirió, pero si usted no lo quiere decir, no lo diga, no me importa. Nunca ha sido mi afán que hablen de mí, y menos después de tantos años. Pero eso sí, vaya y grite lo siguiente... espere, que me pongo en pie para pronunciarlo.

Caballero de tierras lejanas, escuche bien: vaya y repita, no importa que se burlen de usted o lo llamen loco. Póngase firme, eleve una mano al cielo, tape el sol y grite: «El reino de Paola Matilde I continuará porque es para siempre, lo dijo el profeta

Israel». Haga un resoplido, respire profundo y vuelva a gritar a pleno pulmón: «En el palacio real de la calle Segunda de Zapattillo y en el castillo campestre de Aryona, del rey es su bella reina, y de la reina es el bello rey».

Disculpe. Cuando hablo así de alto se me corta la respiración y me agito. Por los dioses, semidioses y demás, no me compadezca ni me tenga lástima; es que ya tengo muchos años. Estas ruedas pesan bastante. Me voy a sentar de nuevo. Por favor, deme la mano. Qué rico, gracias; voy a decir que usted es todo un *mijito*. Le contaba que este reino será eterno, porque así me lo sentenciaron en un día de lluvia como el de hoy, en junio de mil novecientos cuarenta y nueve. Han pasado mil sesenta y un años, y mire usted: para hoy, quince de diciembre del año tres mil diez, el reino sigue victoriosamente igual. Está intacto, todo idéntico, hasta la lluvia.

Puedo ordenar que suenen las trompetas, llamar a los leales heraldos, hacer venir a la servidumbre para que prepare los caballos y las viandas, que vamos a salir en correrías por el reino. Que el rey y la reina se van una temporada al palacio real, y ello se cumple de inmediato.

Pero mejor regresemos, para contarle que en los primeros días de agosto de mil novecientos cuarenta y nueve, los muchachos estaban reintegrados a sus clases en la Universidad o en los colegios. Cuando las vacaciones llegaron al final, sentí algo de tristeza, porque a medida que los chicos fuesen retornando a sus estudios, el palacio se iría quedando sin visitantes.

Entonces sucedieron dos cosas, dos desapariciones. Escuche, caballero: dos desapariciones misteriosas, terroríficas. En el palacio, la vida transcurría con tranquilidad bajo el mandato de Paola Matilde cuando, súbitamente, ella desapareció. Yo fui la primera en notar su ausencia, y me dije que era de armas tomar:

seguro que estaba conquistando otros territorios, planeando invasiones o trayendo beneficios para sus súbditos. De verdad que no le di ninguna importancia. También supuse, malpensada yo y ridícula, que tal vez andaba metida en otras cosas. Pero fui discreta, intentando hacer honor a la diosa Metis. Tenía mis sospechas, que a fin de cuentas salieron ciertas, porque no me equivoco y soy como los papás que todo lo saben. Pero no dije absolutamente nada; solo respiré profundo, como me enseñó una vez Carmiña Perfecta cuando un día se me subió la presión.

Cuando en el palacio notaron la ausencia, surgieron las preocupaciones y los temores. La reina había salido hacía dos días, y aún no había regresado, ni se tenían noticias precisas. Caía la noche cuando llegaron corrillos que decían que la habían capturado, que habían llegado tribus bárbaras o soldados de otros reinos lejanos y se la habían llevado prisionera. Que unos inadaptados la tenían en su poder y habían anunciado que nunca la liberarían; que querían quitarle el reino, y por eso la habían tomado como rehén y no solicitarían rescate.

Ante tantas malas noticias, y por no tener informes ciertos de su paradero, estalló la desazón. El pánico se apoderó de los habitantes. Nobles y servidumbre corrían sin saber adónde; las princesas-hermanas lloraban; el monarca y la reina madre tenían las manos en la cabeza. Yo tampoco sabía muy bien qué hacer, no sabía cómo comportarme... pero, mire, por dentro tenía algo que me decía que estuviese tranquila. Que todas las cosas estaban bien, que todo iba a salir bien en el presente y en el futuro. Ahora, déjeme cambiar de tema y dígame: ¿toda la gente que está aquí, en la sala, vino con usted? Dígame la verdad sobre esas personas: qué hacen, qué dicen, qué buscan, qué quieren. Esa gente me da mala espina, me parece que no son de fiar.

Bueno, regresando al suceso de la desaparición: ya era casi de noche. El monarca se acercó a solicitarme orientación, y como la

noble más inteligente e ilustrada, indiqué que se citase con premuras a los miembros del Gabinete Ministerial de Su Majestad. A esa tarea nos entregamos de inmediato, con llamadas de teléfono, mensajeros a pie o en bicicleta. Intentábamos localizarlos. Varios llegaron pronto. Cerca de las ocho de la noche encontramos a José Vicente del Parnaso, y llegó corriendo para completar los integrantes, estando ausentes solamente Lucrecio Albaricoque y Evelino Montes, que no fueron hallados en sus casas.

Cuando escucharon lo relatado allí, fue la lloradera. Mi muchacho, el que dijo en la noche ociosa que un beso no era más que un intercambio de microbios, y que dentro del Gabinete Ministerial era el ministro de las carnes, reveló otra tragedia ante familiares, nobles y servidumbre:

—Hace dos días se iniciaron las clases en la escuela de Medicina. Como observamos la ausencia de Lucrecio Albaricoque, uno de nuestros compañeros más serios y puntuales, fuimos a preguntar por él a su pensión de residencia. La señora Clotilde Vergara nos dijo que no había vuelto de las vacaciones. Por lo tanto, fuimos a su casa en Aryona, pensando que después de tanta fiesta y tanto ron habría enfermado, pero allí nos dijeron que hacía dos días que se había marchado para el inicio de las clases.

»Ante la noticia, sus familiares se alarmaron y decidieron unirse a nosotros en la búsqueda. Lo hicimos hasta muy tarde en la noche, con resultados negativos. Hoy, en varios automóviles de la familia y de amigos, hemos estado realizando averiguaciones, pero nada ha aparecido.

Se volvieron más tristes los llantos. El monarca estaba pálido. La reina madre tenía la mirada extraviada y permanecía derrumbada sobre uno de los divanes, mientras las princesas-hermanas lloraban sin parar. Una de las nobles, creyendo que era el final de los tiempos, dijo: «Qué desgracia nos ha sobrevenido. Se han

llevado a Su Majestad y ha desaparecido el secretario privado. Tal vez ambos estén muertos. Es el fin de este reino».

Qué necesidad señalar que esto se iba a acabar. Salté como una tigresa desde donde estaba, levanté la voz y eso sí que fue un grito. Me han contado que se escuchó en toda Cartavieja.

La señalé con el índice y la regañé con todas mis fuerzas:

—No, mi señora. Perdóneme, pero mi reina será reina eternamente. Este es su palacio y es un reinado de verdad que existirá por siempre. Así me lo aseguró Israel, ministro de este gabinete. Por lo tanto, no puedo tolerar que se diga lo que usted dice. A mi reina nadie le va a quitar su corona ni su trono. Ella es soberana estudiantil, y debemos respaldarla. Que suenen pronto las trompetas, que vengan los heraldos y llamen a los súbditos de campos y ciudades. Que vengan los soldados, que se hagan presentes los escuderos, los negros y los indios. Que se vayan a los establos los cobardes y los que tienen nervios de gallina.

En ese instante, señor, me cogieron de los brazos y me sentaron. Carmiña Perfecta, allí presente, ordenó que me dieran agua fresca del tinajero principal con unas gotas de pasiflorina, mientras me abanicaban. Alguien llegó corriendo de la cocina con una taza grande de infusión caliente de yantén sin azúcar. Me dieron dos cucharadas soperas de un jarabe amargo que compraron donde Aristóbulo, el boticario. Recuerdo que tenía las orejas encendidas, y el corazón me saltaba como un caballo desbocado. Por momentos, fui como la mesa de centro de los problemas. Por lo tanto, me tranquilizaron con palabras de amor, me brindaron compañía y me pidieron estar calmada y tranquila.

Cuando faltaba poco para que el reloj anunciara las doce de la noche, estando silenciosos, la mayoría con los ojos cerrados o apagados por la tristeza y el cansancio, tuvimos otro sobresalto. Cinco fuertes aldabonazos fueron dados contra la puerta principal. Los corazones y la respiración se detuvieron; la sangre se

congeló en las venas; las caras palidecieron; los caballos relincharon; los gatos maullaron; los perros ladraron; las palomas volaron en la oscuridad. Algunas damas se desmayaron; los guardias tomaron sus armas; las trompetas llamaron a la guerra y la alarma fue total.

Otra vez se repitieron los cinco golpes. Por vez primera en años, las campanas fueron tocadas a rebato, indicando que estábamos en peligro. La defensa del palacio no daba tiempo para dudas: soldados y guardianes corrieron presurosos a sus puestos de combate. Tontos todos, mi señor; tontos y retontos que somos, pues olvidamos en ese instante que así, con ese estropicio de mil demonios, era como se anunciaba Evelino Montes, fuese la hora que fuese y estuviese con quien estuviese.

Se dio la orden de abrir las puertas, lo cual se cumplió con recelo, y en efecto entró Evelino, el edecán de la reina. Llegó sonriente y feliz como siempre, acompañado por un gigante de piel muy negra, de ojos grandes, mirada serena y escrutadora, labios gruesos y manos monumentales, que vestía prendas desconocidas y tenía la cabeza envuelta en un turbante con una flor de amapola. A todas luces, era forastero. El extranjero habló en otra lengua, pronunció unas palabras que nadie comprendió, y nadie supo si sabían a saludo, a buenas o a malas nuevas.

Sorpréndase, mi caballero, por lo que le voy a contar: por lo juguetón y alegre que estaba Evelino, parecía que desconociera los recientes hechos. El propio monarca le contó lo sucedido. Evelino escuchó en silencio con la respiración sostenida. De pronto, elevó ambas manos hacia arriba con las palmas mirando al cielo, abrió en exceso la boca y desorbitó los ojos como si fuese a sufrir una convulsión. Algunos se atemorizaron más, pero enseguida bajó los brazos con las manos al frente, las hizo flotar lentamente, así como se lo estoy mostrando. Lo hizo varias veces, muchas veces, como para devolver la calma al cuerpo a los asistentes. Dio varias

vueltas por el salón. Parecía hipnotizado o loco. Si no lo hubiese visto llegar despierto, pensaría que era un sonámbulo.

Se detuvo en uno de los rincones y habló. Escuche su voz, esto fue lo que dijo en voz baja, con este tono tranquilizador:

—Eximio rey padre. Muyrespetadísima reina madre. Hermosísimas princesas-hermanas: Angiemón, Candelaria Isabel, Heidylú, Anita del Rosario y Silvia Segunda. Distinguidísimos doctores miembros del Gabinete Ministerial de Paola Matilde I, aquí presentes. Respetables señores y señoras de la nobleza. Genuflexión para ustedes, en especial a la tan noble y servicial y siempre dispuesta condesa. Soy portador de noticias frescas y reconfortantes para el alma y el espíritu. Os digo, gentiles damas y caballeros, que traigo para ustedes importantes y cargadas palabras.

»Este gigante de piel oscura que me acompaña es el heraldo de una importante princesa, y viene conmigo desde el extranjero. Como han visto, se expresa en una lengua desconocida para nosotros. Con premura, hemos recorrido juntos muchos senderos, atravesado ríos, desiertos calurosos y selvas tupidas, para llegar aquí esta noche, antes del nacimiento del próximo astro rey.

Volvió a caminar en círculos, hablando y hablando. Estábamos embobados viendo su espectáculo, y cuando ya comenzábamos a desesperar, se detuvo, sonrió, miró a los asistentes a los ojos, y finalmente dijo:

—Déjenme contarles, referirles, anunciarles o informarles, que nuestra reina de las escuelas, soberana de la inteligencia, la cultura y la belleza, y Lucrecio Albaricoque, su secretario privado, se encuentran desde hace varios días en los territorios áridos de este gigante: en el principado del Santo Espíritu de la Bondad, donde gobierna la princesa Sofía. No están ni capturados, ni retenidos, ni raptados. Están allí por su expresa voluntad, haciendo

diligencias y acciones propias y privadas de este reino, que es mío y vuestro.

»Así que, señores y señoras, traed botellas y vasos de ron, copas de vino, botellas heladas de ese líquido amarillento que ustedes llaman cerveza, que es la sangre espumosa de la doncella más hermosa del planeta. Que no se preocupe nadie, que Evelino Montes, uno de los dos edecanes de la reina Paola Matilde I, con la obligación de acompañarla a todos los actos oficiales, os invita.

Ay, condenado muchacho. Que vengan de una vez las Carriátides a detenerlo. Diosa Venus, arrópalo y aplácalo. Neptuno, cuándo será el día en que va a dejar de hacer travesuras. Debí decirlo de una vez nada más llegar, sin hacer tantas monerías.

Había estallado la emoción. Las risas nerviosas devolvieron el color a la piel y alejaron los llantos inconsolables. Finalizaron el sudor frío y los temblores. Fue en ese el momento cuando recordé que había llegado a pensar que tal vez andaba en otras cosas; que era mujer de armas tomar y resuelta, y que tenía mis sospechas de que andaba metida en asuntos muy privados. Escuche aquí, en voz baja, para que nadie nos oiga: tal vez muy íntimos. Qué risa, señor, qué risa. A fin de cuentas, resultaron ciertas, porque yo nunca me equivoco.

Entonces, estando segura de que los muchachos se habían volado como parejas prematuras, pecando de imprudente una vez más y, como siempre, en voz alta, recuperada de los efectos del yantén, del jarabe amargo y de la pasiflorina, dije:

—Es que en estas tierras salvajes, del rey es la bella reina, y de la reina es el bello rey. —Lancé la frase llena de emoción y de alivio, pero casi me dio un desmayo cuando sentí muchos ojos posados sobre mí como diciéndome «cállate, imprudente», o sorprendidos, entendiendo la verdad. Las miradas eran escrutadoras como para sacarme las tripas, así como usted me está

mirando ahora, desconcertado por el hecho de que se hubiesen ido en pareja, los dos, y sin avisar.

Me va a tocar decirle lo mismo que les dije a los que me miraron de manera inquisitiva: «Yo no sé nada de eso. No sé de hilos, porque la que cose es Nardela». Además, no soy chismosa para nada; no sé de chismes, pero lo que es entretenerme, me entretienen. Por lo tanto, mandé que sonaran las trompetas heráldicas, que tocaran en do mayor los timbales anunciando que en el palacio real había buenas nuevas, y que el ambiente era festivo. Me habría gustado que José Ignacio y Miguel Ángel estuvieran presentes, para que dos docenas de voladores y muchos juegos pirotécnicos se hubieran lanzado en nombre de mis reyes. Pero ya llegará el día, y lo voy a relatar más adelante, pero sin tantas vueltas como daba Evelino Montes, ese Evelino Montes de todos los carajos.

Más tarde, con la barriga y el cerebro llenos de cerveza y vinillos, José Vicente del Parnaso, Fernandito Segundo Infantes, Evelino Montes y Ascencio Olivares se reunieron a escondidas, tramando algo. Yo, oculta tras una de las columnas cercanas al establo, escuché sus planes. Partieron presurosos, y no notaron que yo los iba siguiendo a corta distancia.

Evelino era quien indicaba el camino a seguir. Andaban a marchas forzadas. En un poblado a la vera del camino se acercaron a un grupo de personas, quienes de inmediato se sumaron a la caravana. Había que andar toda la noche con la intención de llegar antes del alba. Y lo conseguimos. Llegamos al pie del muro de piedra de un castillo inmenso, cercano a una iglesia de monjes de clausura. Me escondí detrás de un árbol para observar sin ser vista. Entre los primeros rayos de sol, vi cómo los diez marchantes que se habían sumado a la caminata sacaban unos objetos de unas bolsas y se cambiaban las prendas de vestir.

Me maravillé cuando los pude ver con claridad: los violines, las trompetas y los guitarrones fueron los elementos extraídos de las bolsas. Pronto, los sonidos llenaron el amanecer. Eran músicos, los que los muchachos habían traído para brindar una serenata a mi reina y a su secretario. Justo cuando iniciaron la segunda canción, a uno de los balcones de ese castillo de gigantes, donde eran huéspedes de honor y adonde habían venido en son de paz y de crecimiento, salieron los dos juntitos. Como si fueran cubiertos de mesa, parecían cuchillo y tenedor. Estaban felices, con los ojos emocionados, y agitaban las manos, dando las gracias por la atención.

Aplaudí emocionada, convertida en celestina, y fue entonces cuando me descubrieron. Dije que estaba allí porque era la persona de confianza. Para no dejar tiempo a reclamos, grité:

—Del rey es la bella reina, y de la reina es el bello rey. Además, yo no sé de hilos, porque la que cose es Nardela.

Los cuatro confidentes y amigos, en mi compañía, regresamos a palacio al finalizar la serenata, trayendo noticias refrescantes. Paola y su secretario volvieron a los pocos días, tomados de la mano. Y pronto, bajo el estruendo de las trompetas reales, anunciaron el formalismo del noviazgo y la proximidad del enlace matrimonial, bajo el rigor y la bendición de la iglesia católica.

En un acto hermoso, sobrecogedor y mágico, con nutrida concurrencia, inolvidable para los habitantes, se cumplió la boda en la iglesia del Santo Toribio, el primero de abril de mil novecientos cincuenta, muchos años antes de que la ciudad fuese atractiva para los forasteros. Cuando se hizo famosa a consecuencia del modernismo, los visitantes descubrieron que, en ese templo de arquitectura colonial, pequeñito y hermoso, se habían casado unos monarcas estudiantiles. Los extranjeros optaron por imitarlos en busca de la misma dicha y de la misma duradera bendi-

ción divina. Esa es la razón por la que gente de otros territorios, nobles e incluso lacayos, tomaron la costumbre que aún perdura de venirse a casar y utilizar los mismos carruajes para recorrer las calles.

El desfile después de la ceremonia fue diferente, pero igual de deslumbrante que el del día de la coronación. La gente repetía mi cantico, separado por dos fuertes golpes de las palmas de las manos: «¡Es que en estas tierras salvajes, del rey es la bella reina, y de la reina es el bello rey!».

Los miembros del Comité Paolista continuaron con sus estudios, y con los años se volvieron importantes profesionales. Fueron influyentes, y algunos hasta ocuparon distinguidos cargos en los gobiernos. El rey Lucrecio Albaricoque y la reina Paola Matilde, con los años, desearon cambiar de residencia y trasladaron su vivienda desde el palacio de la calle Segunda de Zapatillo a este castillo campestre de Aryona, donde han estado, estarán por siempre, y donde usted y yo estamos ahora. Con los años, les llegaron dieciocho hijos, que ya se han regado por el mundo trayendo cientos de nietos y media docena de bisnietos.

Mire usted, señor que viene a preguntar: también debe rendirle pleitesía a mi rey Lucrecio Albaricoque, no se vaya a olvidar. ¿Desea hablarle ahora? Puedo llamar a uno de los heraldos para que le reserve audiencia. ¿Será que esa gente abarrotada en el recibidor viene a hablar con los monarcas? Si es así, no terminarán en días. Y cuidadito, si me van a salir ahora con que vienen a mí a preguntarme cosas. Sería imposible contarle a cada uno por separado los detalles del reinado. Que no aparezca alguien como usted, que vino a preguntarme si yo recordaba algo de este reinado. ¡Vaya desfachatez, forastero! Han pasado mil sesenta y un años desde el inicio, años que yo he vivido y que sigo viendo a diario, con pasión y entrega.

Sepa que no tengo que realizar ningún esfuerzo para recordar: todo lo sé, lo he vivido a plenitud. Hijo mío, las personas y los hechos los tengo grabados aquí, en esta cabezota. Si tiene dudas, en estos álbumes de pasta roja que escondo en el fondo del baúl guardo las pruebas y los documentos de un reino que continúa igual que el primer día. Observe el esplendor del reino que me anunció Israel.

¿Ese que veo allí no es Feliciano Andalúz de los Benedictinos? ¿Qué hace el benjamín, el pajecito, el bachiller del Comité Pao-lista por estos lados, a estas horas y bajo esta lluvia? ¿Acaso esos papeles que lleva en la mano son un discurso? ¿Va a pronunciar algunas palabras? En asunto de qué, si la coronación fue hace tantos años. Dígame usted, señor forastero, ¿qué es lo que está diciéndome mi niñito, allá adelante, sentado en esa silla?

India Emelina, ven. Dime qué hace aquí tanta gente. ¿Cómo? ¡Es imposible! ¡Jamás! ¡Jamás de los jamases! India Emelina, ¿tú te piensas que yo, Rosalía, me voy a creer semejante historia? ¡Es una blasfemia! Te olvidas de lo que ellos han hecho por ti y por tu tribu. Solo a ti se te ocurre pensar que me voy a creer que esa gente ha venido porque Lucrecio Albaricoque ha muerto, y que están en el velatorio. Emelina, ignorante, ni el rey ni la reina se mueren cuando el reino es eterno. Así está escrito en los libros.

Quiero saber quiénes son los que me quieren volver loca con noticias de arrebato. Primero me dijeron, en marzo de este año, que había muerto mi reina, y ahora dicen que se murió mi rey. Eso es imposible, no lo creo. No puede ser. Los reinados como estos no se acaban nunca. Mis reyes estarán siempre presentes, dominando territorios y dirigiendo el destino de sus súbditos. Si no está convencido, pregúntele a José Vicente del Parnaso, médico del corazón, hombre letrado y recorrido del mundo, que se quedó tirado en el centro de Chicago. Señor, debe convertirse en mi compañero de batalla; hay que hacer algo, y pronto.

Ayúdeme, ayúdeme a levantarme. ¡Ay, carajo, la rodilla! No se quede mirándome como un bobo y llame a los guardias. Si no se inmuta, voy a gritar: «¡Guardias, guardias, venid pronto al llamado de Rosalía, la permanente compañera de Su Majestad! ¡Tráiganme con presteza mi bastón!».

Señor forastero, por favor, y por los dioses egipcios, avise a los guardias. Dígales a los porteros que esas personas han venido en manada a asaltar este reino, a tomarnos prisioneros y a esclavizarnos. Eso es, ya me he dado cuenta. Cómo no lo sospeché antes, si soy la noble más ilustrada e inteligente del reino. Seguro que se metieron usando la barriga de un caballo, como sucedió en Troya. Si usted no sabe lo que es Troya, lo siento, pero no tengo tiempo para clases.

Que suenen las trompetas y los redobles de tambor; avise para que se movilicen los ejércitos y los escuderos, y que vengan de inmediato los lanceros. Atención, nobles del castillo campestre: adviertan a los reyes para que estén prevenidos, y llamen a los miembros del Gabinete Ministerial.

¿Por qué será que no se mueven? ¿Qué sucede en estos tiempos modernos? Hay que gritar. Sosténgame, señor, y si me da un desmayo, que me traigan una bebida caliente de yerbabuena, apio, menta y toronjil, de las que hace la duquesa Zoila Margarita, la matrona de los castillos rupestres de los parques cívicos. Sosténgame de nuevo, que para movilizar a mi gente lo mejor es gritar:

—¡Acudan a la defensa, al ataque! ¡Evelino Montes, ven pronto y ponte al frente, no importa que tengas el cerebro lleno de cerveza, vinillos o rones! Los cobardes y aquellos con nervios de gallina que se vayan a los establos. José Vicente del Parnaso, trae a tus negros cimarrones y a los pardos macheteros de Maríalabaja, Maríalalta, Yanguma y Macayepo. India Emelina,

alista a tus huestes ancladas en otras costas; que vengan pronto tus hermanos yurbacos y caribeños.

»Trae también a las indias de Tubará, con sus flechas y lanzas envenenadas, así como a los hombres de los caños de las Garzas; son ágiles y tienen sangre verde de indios guerreros. Todos en pie para derribar a los enemigos, que no agredan a los reyes. Manolo-III Bermúdez, tú sabes dónde viven los descendientes de los soldados del Libertador; tráelos con prontitud. Me has dicho que son expertos fusileros y que se ocultan en las poblaciones ribereñas del río inmenso de la Virgen de la Magdalena, y entre los pobladores de las tierras del Cacique Falcar.

Grite conmigo, señor, grite que requiero su esfuerzo:

—¡Eliseo Membrillal, ayúdanos, *mijo*! Envíanos desde Calima a un grupo de valientes cortadores de caña. Ganadero Quinto Nicolás, no te quedes atrás: embarca desde tus haciendas a varias escuadras de fieros garrocheros. Vamos, Fermín Victoriano, busca en tus periódicos dónde hay más adeptos a tu reina, y que vengan, que este reino pasa por su peor momento. Las tribus bárbaras y los indígenas chillones están haciéndose los llorones, y están tomando el castillo de Aryona. Ay, Carmiña Perfecta del Sóleo, estudiante de profesión, enfermera, envíanos jeringas cargadas de veneno para aplicarles a los invasores. Ascencio Olivar, Wilfrido Trascamocho, Fernandito Segundo Infantes, Julián Marcelino Mina, Jorge Urabá: ahora es la hora, pero no de nuestra muerte, amén. Huguito, ven y recítame esos versos del joven Agapito del Real, y ándate, Israel Maximiliano Trascamocho, ven, que quieren tumbar nuestro reino.

Me siento agitada, oprimida en el pecho. Usted, señor forastero, si resultara que es espía de esos intrusos y que ha venido a preguntarme para enterarse de dónde están nuestros tesoros y nuestras reliquias, o a saquear y apoderarse de mis álbumes de

tapa roja... va a tener que someterse a las consecuencias. Tengo este bastón de cedro que lleva oculta en el mango una daga turca, y en el extremo inferior, una bayoneta de la Guerra de la Independencia. También tengo muchas flechas envenenadas que me regaló la Hidalga Agripina, amiga mía; se las entregaron los indios de las selvas de Paloalto, Canapote y los Sanjuaquines. Guardias, ayudadme a detener al forastero. Guardias, vengan, sosténgame, que voy en persona a alejar ese tumulto de gente.

Oiga, mi señor, aconseje que oculten al rey, que oculten a la reina, que no se dejen engañar. Y grite conmigo: «¡Vamos, adelante, que el grito es la victoria!». Esté alerta, con los ojos abiertos y mucho cuidado, que están tirando piedras incendiarias. Pregúntele al rey Lucrecio Albaricoque si llamamos a nuestros amigos los gigantes de piel de ébano, los de los territorios del Santo Espíritu de la Bondad, que una vez le dieron posada. Con las armas y con decisión, al ataque, a la victoria. La grandeza sea por siempre. Viva Paola Matilde, y viva Paola Matilde. Repitan, carajo, con fuerza: «¡Viva Paola Matilde!».

Bueno, bueno, ya sin violencia y sin brusquedad. Suéltense, que no me dejen respirar. No me agarren con tanta fuerza que me lastiman los brazos y hasta me los pueden fracturar. Miren que debo de tener los huesos débiles, pues además del reumatismo tengo osteoporosis. Tráiganme un vaso grande de agua de azúcar moreno con hielo, para relajarme. ¡Ay, mi rodilla! Pídanle a Alejandro Blanco que me preste su botella de ron compuesto para aplicarme unos emplastos.

Ha sido una de las batallas más fieras en la defensa de este reino. Ya regresó la calma, se alejó el peligro. Ganamos una batalla más y mis soberanos continuarán reinando. Téngale usted paciencia a esta condesita de privilegio de un reinado que es *forever*, definitivamente *forever*.

India Emelina, suéltame, que no estoy inválida. Yo me siento sola en la mecedora. Por tu culpa se me ha caído la peineta. Ay, no; perdón por acusarte sin razón. La verdad es que la perdí en la lucha cuerpo a cuerpo con varios de esos intrusos: a uno lo golpeé fuerte en las canillas con mi bastón, y se fue aullando como un perro cobarde. Acicálame, mira que frente a mí está este forastero varonil que ha venido a preguntarme cosas. ¿Qué dirá cuando se vaya por donde vino, si te comportas de esa manera? Estoy bien, ya respiro mejor. Déjame, india Emelina, déjame que ya estoy mejor.

Disculpe, señor, tantos aspavientos. Siéntese y dé gracias. ¿Su mamá no le enseñó a dar las gracias? Maleducado que es usted, mi señor. Es que me hierva la sangre, se me descomponen los días, me dan cólicos, zumbidos en los oídos y palpitaciones en el pecho, cuando escucho decir cosas contra este reino. Mire usted, semejante abuso y maldad, decir que estamos en el velatorio de mi rey Lucrecio. Nuevo atrevimiento, pues ya me habían dicho y hasta habían escrito en un libro que la reina estaba muerta.

Son personas insensibles e inconscientes... pero no se preocupe, no preste atención a esos comentarios y rumores desalmados, señor. Ahora sí, dígame al fin qué es lo que usted desea que le cuente, y no me pregunte si yo recuerdo algo, porque me molesto y no le cuento nada.

Acomódese para empezar a contarle. De nuevo estoy sentada en mi trono, en mi mecedora de mimbre. Aléjate, india Emelina, que estoy bien; vete por donde viniste, a ver si la puerca puso. A propósito, india Emelina, deja de decir por allá y por acá que estoy desmentizada por la vejez. No quieres aceptar que tengo una memoria prodigiosa. Lo que tienes es envidia de mis capacidades. Además, india ignorante, la palabra desmentizada no existe; lo digo yo, que soy ducha en libros y enciclopedias.

Mírame, no estoy para nada demente ni senil. Y cuidadito, que me vuelves a repetir que frente a mí no hay ningún señor, ningún forastero ni nadie; que aquí no hay romería de gente, que no hay reino, ni reina, ni rey, ni nada. Que no hay gigantes, ni heraldos, ni palacio real, y que no eres india. No me vuelvas a repetir que no estamos en un castillo campestre. No me digas otra vez que estoy delirando, porque me levanto de esta mecedora, grito de nuevo y te las verás con mi bastón. Te lo repito, india Emelina: sí eres india.

Perdone usted, divino y precioso señor; perdone el arranque de la india Emelina. Decirme aquí, en sus barbas, que usted no existe. Me ofende cuando me dice que estoy hablando sola, que grito y peleo a cada rato haciendo escándalos y sobresaltando a los vecinos. Que estoy así desde hace años, que llevo días y noches repitiendo sin descanso la misma historia, contando cosas a visitantes imaginarios sobre el reinado de Paola Matilde y Lucrecio, jóvenes que participaron en un reinado estudiantil y luego se casaron, hace años.

¡Qué insulto y qué despropósito! Ignorarlo así, sin más ni más, a usted, señor, que viene viajando desde territorios lejanos, atravesando senderos polvorientos, esquivando fieras y peligros, para preguntar sobre este reinado. Es para esconderse de la pena o tomar un bus e irse a las Europas o a las Italías. Se me cae la cara de vergüenza, estimado señor, porque lo haya tratado así esta india. La mandaré castigar, y veremos si un par de días de calabozo le quitan el atrevimiento y la grosería.

Lo cierto es que aún no se me va la ira. Me siento molesta y voy a gritar. Divino forastero, me voy a levantar otra vez de esta mecedora y gritaré bien fuerte, pero sin decir malas palabras como hacía la niñita Angiemón, una de las princesas-hermanas, cuando no le tenían a mano un postre de milhojas o se le acercaban mariposas, grillos o maríapalitos. Me va a dar una pataleta,

y me voy a revolcar en el suelo como hacía Heidylú, otra de las princesas-hermanas, por la rabia que tengo. Pero antes, escuchen los presentes en este famoso castillo campestre de Aryona: pido que me escuchen, que presten atención, y que suenen las trompetas de desagravio: «Ha sido una afrenta contra este educado forastero, bello y divino visitante, que la india Emelina le haya negado la existencia».

Señor que vino a preguntar, me inclino en reverencia ante usted, y le pido mil perdones. Venga, que le digo una cosa al oído. Acérquese sin temor; si lo hace, le puedo dejar tocar alguno de estos tesoros, pero nada le puedo entregar. Estoy segura de que ha oído hablar de esa enfermedad terrible que hace que la gente no distinga o no pueda ver con claridad a las personas importantes del mundo. De ello sufre la india Emelina.

Ahora respire, respire normal: ya no hay afrentas, no hay moros en la costa. Los bárbaros han huido, los chillones fueron destruidos. Póngase sereno y escuche bien, porque le voy a decir frases lindas sobre el reinado de Su Majestad. Tenga en cuenta que ese día los jóvenes brillaban diferentes, estaban felices y excesivamente contentos. Tome mi mano con delicadeza mientras coloco en mi espalda esta almohada de plumas de cisne de cuello negro, y le cuento que para esa época yo era la negra Cipriana Salgado Simarra, natural y procedente del Palenque de San Bartolo el Basilico, reconocida descendiente de esclavos traídos del África y tataranieta del famoso cimarrón Cassiani. Uno de los muchachos, mi Israel, mi adorado Israel Maximiliano Trascamocho, sin tantas vueltas me dijo un día: «Vamos a hacer un reinado. Será un reinado de verdad que se recordará forever... Perdón, niñita Cipriana, para siempre».

Ah, caramba, carambolas, ya es tarde. Se va acercando la noche. Siga por aquí, señor forastero; trae un bello sombrero de cuero y una camisa de cuadros azules y verdes, lo que me hace pensar

que es usted un diestro vaquero de reses de corral. Siéntese en esta mecedora de mimbre, y disfrute. Olvídese de los afanes y los apremios de todos los días, que tengo mucho que contar y bastantes cosas que mostrar. Guarde silencio y escuche no más, que todo comenzó en junio de mil novecientos cuarenta y nueve. En aquel entonces yo no era la que actualmente soy. No estoy segura exactamente de qué horas serían, pero sí que fue por la mañana y que estaba en la casona inmensa de los tres pisos. Sé que poco antes había finalizado el ritual diario de organizar el reguero de cosas que dejaban tiradas los muchachos que vivían en la pensión para estudiantes donde yo trabajaba como empleada doméstica, en la calle de la Dulce Espera, en Cartavieja de las Indias Caribeenas, la más importante ciudad de la comarca...

Índice

Primera parte	9
Segunda parte	169

Señor forastero que viene a preguntar, soy Rosalía, nombre de origen latino que significa: rosa pequeña. Soy la condesa de Gimaní. Se escribe Gimaní y se pronuncia Yiiiiiiimaní, como si fueran un poco de letras iiiiii pegaditas y en vez de <<Gi>> es <<Yi>>, la más ilustrada del palacio real de su Majestad Paola Matilde 1ª. Conozco todos los detalles de este reinado, puedo hablarle de la tarde en que cayó un aguacero de flores, de cómo eran los carruajes y las carretas de colores de su Majestad, de la suntuosa ceremonia de proclamación y coronación, bajo los fueron pirotécnicos de Miguel Ángel y José Ignacio. Pregúnteme sobre las Musas que se desprendieron del frontispicio del Teatro Rialto de los Mares, para hacerle genuflexión a mi Reina que es su Reina. Puedo explicarle detalles del palacio real de la calle Segunda de Zapatillo y del castillo campestre de Aryona. De una fuga secreta de amor hacia los Gigantes del Santo Espíritu de la Bondad y de todo lo que derivó. Venga usted, pregunte no más, que yo soy la única que todo le puedo contar. Y recuerde, soy Rosalía, la Condesa de Gimaní.

ÁLVARO MONTERROSA-CASTRO



Colombiano. Nació el 14 de febrero de 1957 en Cartagena de Indias. ha combinado el ejercicio de la medicina, la docencia y la administración universitaria, la investigación epidemiológica, la indagación histórico/documental y la escritura científica, con la literatura de ficción. Ha escrito dos libros de cuentos: *En el remolino de la fiesta y la catástrofe* y *Me diste lo más dulce del amor y lo más amargo del sufrimiento*. Varios cuentos, relatos, entrevistas y reseñas están publicados en páginas de prensa o en su blog personal. *La condesa de Gimaní* es su primera novela en ser publicada, es producto final de una investigación histórica, documental y testimonial, realizada al marco de su proyecto sobre historiografía médica en su ciudad natal. Tiene publicados mas de cien informes finales de investigación en revistas científicas especializadas.

ISBN: 978-958-48-6567-0

